

M.C. SARK

¿Aún
QUIERES
SABER *qué me*
HACE
REÍR?



¿Aún quieres saber qué me hace reír?

M.C. Sark

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones, son pura coincidencia.

© 2015 M.C. Sark.

1ª edición: julio de 2015.

Reedición, abril 2018. Nueva edición revisada y actualizada por el autor.

Imagen de cubierta CC0 Creative Commons – (Photo by Tatiana from Pexels).

Diseño de cubierta – M.C. Sark.

¿Aún quieres saber qué me hace reír?

PRÓLOGO

—1—

—2—

—3—

—4—

—5—

—6—

—7—

—8—

—9—

—10—

—11—

—12—

—13—

—14—

—15—

EPÍLOGO.

AGRADECIMIENTOS y NOTAS.

PRÓLOGO

Agosto de 2005

Es preciosa, absolutamente preciosa, y llevo una hora mirándola embobado desde la barra.

Su boca de labios llenos color coral y sonrisa de actriz de cine, no me ha dejado respirar con normalidad desde que la vi entrar al club. Pero no es solo su boca, tampoco puedo apartar los ojos del modo en el que enrolla un mechón de su pelo en el dedo índice mientras habla o del serpenteante movimiento de sus caderas al ritmo de la música. Me tiene fascinado.

Acaba de darse cuenta de que la estoy observando y se planta en mitad de la pista con los brazos en jarras mirándome con descaro. No sé dónde meterme y durante unos instantes consigo desviar mis ojos hacia otra parte, pero la atracción es tan natural como la de un imán y de nuevo una poderosa llamada me hace volverme y continuar contemplándola.

Ella sonrío y respiro aliviado.

No se ha enfadado por mi atrevimiento, al contrario, su rostro se mantiene risueño y a la vez, un tanto coqueto. Niega y con una bonita sonrisa en sus labios deja de retarme para volverse y hablar con sus amigos, pero no me ignora del todo. Aunque parece pasarlo bien —charla, da unos pocos pasos al son de la canción que suena en ese momento, se ríe...—, de vez en cuando comprueba por el rabillo del ojo si sigo aquí.

Y así es. Aquí sigo.

El local está abarrotado, la gente se arremolina a mi alrededor y tengo que levantar el brazo para llamar la atención del camarero. El sonido es atronador incluso aquí, en la barra, y pido la copa por señas, es eso o gritar más que el resto y la verdad, me da igual lo que me sirvan. Con el vaso en alto para no derramar la bebida me hago fuerte en una esquina desde donde puedo verla con claridad. Me apoyo en la pared y entonces ocurre. Ese ambiente del todo agobiante se transforma y poco a poco dejo de escuchar la música —que acabara por convertirse en un eco lejano—, y los movimientos de los bailarines se desaceleran para acabar balanceándose a cámara lenta. Hace rato que el ruido y los

empujones no me molestan, todo ha quedado en un segundo plano, solo la veo a ella.

Sumido en una especie de trance avanzo hacia su grupo mientras voy esquivando a la gente que encuentro a mi paso. No sé qué me ha empujado a llegar hasta allí, pero cuando estoy cerca de ella, justo detrás, algo, una sensación, una especie de advertencia invisible, me detiene. Justo en ese instante alguien me empuja al pasar y ese contacto inesperado me hace despertar.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

De golpe reparo en el calor sofocante que hay en el local y en los cuerpos que me rodean meciéndose al ritmo de la música y de la luz parpadeante. Mi frente está perlada en sudor y las gafas se me deslizan por el puente de la nariz. Llevo el índice hasta ellas y las subo. No quiero perderme ningún detalle y sin mis gruesos cristales no veo más allá de mis dedos.

Su amiga repara en mí, pero su mirada no pierde más de dos segundos en catalogarme y relegarme al cajón del olvido. No soy rival para la pareja de chicos que están intentando entablar conversación con ellas. Soy rubio y bastante alto, sí, pero delgado y desgarrado, y los dos guaperas que están ahí plantados parecen recién salidos del gimnasio.

«Ya estás aquí, ¿y ahora qué? ¿Vas a atreverte?».

«Sí».

Llevo mis dedos hasta su hombro y le rozo ligeramente la piel en un intento de llamar su atención. La mirada desdeñosa de su amiga vuelve a examinarme con más detenimiento, pero uno de los chicos la distrae y me olvida al instante. Ella se gira al notar mi contacto y me regala la sonrisa más hermosa que jamás han visto mis ojos.

Nervioso me presento con nombre y apellidos, muy formal, pero como era de esperar no habla ruso y apenas me entiende. Intento por señas decirle que lo que le digo es mi nombre, pero entre lo alto de la música y la dificultad en la pronunciación del idioma, no consigo que lo repita de manera aceptable. Entonces le enseñó mi copa y señalo la barra y, es un misterio, pero me sigue hasta allí.

Alucino. Ni en mis mejores sueños yo podría estar en compañía de una mujer como ella.

Al llegar junto a la barra nos miramos y sonreímos como tontos, como dos niños que han hecho una travesura y que saben que en cualquier momento van a descubrirles.

Sus ojos chispean y soy consciente de que lleva un par de copas encima. Es lógico, si estuviera sobria no me habría elegido a mí; con ese cuerpo y esa cara podría estar con cualquiera.

Me apoyo en un taburete y la observo. Aquí hay menos gente y puedo admirar su rostro con tranquilidad. Antes he dicho que era preciosa, ¿verdad? Pues ahora no tengo palabras y, en cierto modo, celebro no hablar casi nada de español porque si hay algo de lo que estoy seguro, es de que no atinaría a decir nada coherente.

Un borracho se pone a su lado para pedir una copa más y ella, de forma inconsciente y sin quitarle el ojo de encima, busca refugio junto a mí.

¡Por todos los dioses! Siento el calor de su pierna por encima de la tela de mis pantalones y mi corazón empieza a acelerarse. ¡Qué bien huele!

Siento la necesidad imperiosa de tenerla más cerca y a la vez de extender un halo de protección.

Llevo mi mano hasta su cintura y la detengo allí como si quisiera hacerla mía. Es algo estúpido, lo sé, yo no soy nada para ella y estoy seguro de que podría valerse por sí misma —tampoco es que el tipo la haya siguiera mirado—, pero ese instinto primario de protegerla es más fuerte que yo. Durante unos instantes me siento como el hombre de las cavernas, pero no puedo evitarlo.

Ella ni se da cuenta. Está más pendiente del borracho que de mis movimientos y no hace ningún amago de retirarse. Yo respiro hondo y dejo la mano quieta rezando para que se habitúe a mi contacto y no se aparte en el momento en que el hueco a nuestro lado en la barra vuelva a quedarse libre.

Cuando por fin el hombre se marcha, ella está apalancada junto a mí y no hace nada por separarse.

Le hablo. Sé que no me entiende, pero quiero que piense que soy simpático, cordial, como cualquiera de sus amigos. Ella me mira y me reconforta verla cómoda y tranquila, sonrío y al girarse para encararme uno de sus pies se desliza y mis dos manos tienen que volar hasta su cintura para evitar que se caiga.

Se carcajea y suena musical. La tengo frente a frente y me quedo perdido en sus ojos. Hace un rato en la pista me parecieron grises, pero debió de ser por la falta de luz. Ahora que está delante de mí y puedo contemplarla con calma, me admiro de sus tremendos ojos color esmeralda. Grandes, almendrados, expresivos...

Durante unos instantes nos hemos quedado mirando y, tras una sonrisa pícaro, me ha quitado las gafas de pasta. ¡Mierda! Ahora delante de mí tengo un hermoso borrón de mujer que me observa sin que yo pueda enfocarla.

Intento recuperarlas, pero, juguetona, las esconde tras su cuerpo para que no pueda alcanzarlas. La rodeo con mis brazos en el intento de llegar hasta ellas y con suavidad se cuelga de mi cuello y sus labios se pegan a los míos en un beso un tanto torpe, pero apasionado.

Me doy cuenta de que estoy temblando. Con mis manos dirijo sus movimientos y la acerco hasta que consigo situarla entre mis piernas, lo más cerca posible de mi cuerpo, mientras nuestras bocas se funden una con otra ajenas a todo lo que ocurre alrededor. Soy consciente de que es lo más dulce que he probado en mi vida y algo en mi interior se niega a que este beso termine. Jamás me había sentido igual.

Un empujón me hace regresar de golpe a la realidad.

Su amiga, la que minutos antes me miraba con desaprobación, me golpea ahora los brazos con el bolso de mano.

La belleza que está conmigo se separa tambaleante y su rostro parece desconcertado, mientras que el enemigo lucha tirando de su mano para alejarnos. Da dos pasos atrás, aunque no deja de mirarme. Deja mis gafas sobre la barra y el borrón que forma su imagen se aleja. Su amiga la arrastra hacia la pista, pero ella no se gira para seguirla y continúa caminando de espaldas.

Me recupero rápido y busco mis gafas porque no quiero perderme su expresión, pero cuando consigo tenerlas puestas, ha desaparecido entre la gente.

¿Alguna vez os ha venido a la memoria un primer beso? ¿La sonrisa de ese joven al que conocisteis una noche y no volvisteis a saber de él? ¿Pensáis con frecuencia en lo que pudo haber sido y no fue?

Malditos recuerdos. Unas veces vuelven para endulzarte la vida, otras para amargarte la existencia.

Mayo de 2012

—¿Quieres dejar de meter cosas en la maleta? ¡A este paso me dejarás sin nada que ponerme!

—¿He de recordarte que toda esa ropa es mía, hermanita?

Las dos muchachas rieron.

Lucía, la mayor, estaba intentando hacer el equipaje, al día siguiente tenía que tomar un vuelo dirección Milán. Tras terminar sus estudios en la Escuela de Arte y Diseño de la capital de su comunidad —en el Grado de Diseño de Moda— y presentar un magnífico trabajo de fin de carrera, había encontrado empleo fuera del país gracias a una de las amigas íntimas de su tía. Trabajar como asistente del departamento de compras de un grupo diseñador en la capital lombarda podía saber a poco tras seis años en la Escuela, pero a Lucía le pareció una oportunidad estupenda para conocer desde dentro los entresijos de una firma internacional. Esperaba tener la ocasión de mostrar su trabajo y darse a conocer; Milán era una plataforma perfecta para ello.

Revolviendo la ropa que tenían desparramada sobre el colchón, las dos muchachas discutían sobre lo que Lucía debía de llevarse y lo que no y, aunque el ambiente aparentaba ser distendido, sobre las dos había cierta desazón por la marcha, para al menos de unos cuantos meses, de la hermana mayor. La más joven intentaba que no se le notase, pero para Lucía, su hermana Carina era transparente y de vez en cuando la pillaba observando la maleta con aire triste.

—¡Vamos! No pongas esa cara. No me voy para siempre. Si sale mal, estaré de vuelta en seis meses. Y además, solo son tres horas y media de vuelo y cuarenta minutos de transbordo, así que podrás venir cuando quieras. Lo que tienes que hacer es aplicarte en tus estudios porque, si esto funciona, podrías venirte conmigo cuando termines el curso.

—No hablo italiano.

—Pues apúntate a la Escuela de Idiomas como hice yo.

Carina se enfurruñó, aquello no era en verdad un impedimento, tenía solución. Lo que le atormentaba era ser un lastre para su hermana.

—Lucía, yo no tengo tu talento.

—¡Chorradas, Carina! Sabes que sí, es solo que te cuesta ponerte a ello.

La regañada se tumbó en la cama y dejó que su mirada se perdiera en el techo. Vivir en Milán con su hermana estaría bien, mucho más que bien.

Siguiendo los pasos de Lucía, Carina se había matriculado en la misma escuela, aunque en el grado de Joyería y objeto y, si en un primer momento se apuntó por la inercia de hacer lo mismo que su hermana, aquello se había convertido en un reto apasionante. Nunca lo diría abiertamente —ella era la despreocupada de la casa y a la pregunta de que qué estudiaba, siempre respondía: «¿Yo? ¡Hago collares!»—. Dándole a su voz un tono insolente y rebelde como si fuera una *hippie* vendiendo en un puesto ambulante—, pero aparte de haberse convertido en una verdadera pasión, tanto era así que iba muy adelantada con las materias que se impartían, tenía una visión de negocio que era la envidia de muchos.

Lucía, Lucía... Dolía separarse de ella, aunque fuera algo temporal.

Giró sobre el colchón para poder observarla.

Cabellos largos y lisos con puntas onduladas de un tono rubio dorado y natural; rostro ovalado y femenino con pómulos marcados, unos ojos increíblemente expresivos, y una boca sensual de labios llenos y sonrisa traviesa. De estatura media y cuerpo de anuncio, su hermana siempre había atraído a hombres de todo tipo; era muy atractiva.

Tras admirarla, estiró el cuello para contemplar su reflejo en el espejo del tocador. Desde luego no podían negar la consanguinidad, rasgos y gestos tenían mil y una similitudes, pero qué diferentes eran.

Lucía tan solo tenía dos años más que Carina y desde muy niña siempre demostró que era la hermana prudente y juiciosa. Aunque solo en apariencia, la realidad era otra. Cuando eran dos micos, las dos se pasaban el día haciendo travesuras de aquí para allá, siempre juntas, pero de todas las trastadas siempre culpaban a la más joven y es que Lucía era el cerebro, Carina el brazo ejecutor. Al crecer, la mayor fue perdiendo la espontaneidad que da la niñez, y la sensatez y la formalidad ganaron la partida, al contrario que su hermana que se convirtió en un espíritu libre y soñador. Fantasiosa como pocas, Carina casi siempre estaba en las nubes y su atractivo provenía del desparpajo y la frescura con la que se enfrentaba a todos y a todo.

Carina dobló el codo y colocó la cabeza sobre su mano para observar como Lucía

estaba ordenando el interior de la maleta.

Lo que vio le hizo sonreír.

Sin darse cuenta, su hermana llevaba al extremo su afición por la moda y en vez de colocar a un lado los pantalones y en otro las camisetas o de poner aparte las prendas que más se arrugan como haría cualquiera, lo iba distribuyendo por colores y estilos de manera que podrías meter la mano en su equipaje y, sin mirar, sacar tres prendas seguidas perfectamente coordinadas.

Suspiró.

Cómo iba a echar de menos sus bobas discusiones sobre si aquella falda iba mejor con esta o aquella blusa. Claro que le gustaría irse a Milán con ella, eso sería genial. Tan solo pensarlo ya le producía un cosquilleo en el estómago difícil de catalogar.

En ese momento tomó la decisión: se aplicaría. Liquidaría lo pendiente, buscaría algún curso de italiano exprés y encontraría trabajo en la capital italiana.

Lucía no iba a librarse de ella con tanta facilidad.

Llegó el momento de partir y, aunque Lucía le había pedido a su familia que no salieran a darle un último adiós —ya bastante duro se le había hecho el discurso de su padre y los besos y abrazos de todos en la cena—, Carina no pudo contenerse y, al escuchar el cierre de la puerta, corrió hasta el balcón para contemplar como su hermana subía al taxi.

Ahora que no la veía nadie podía echar la lagrimilla a gusto. Iba a echarla mucho, muchísimo de menos, Milán estaba muy lejos. Para ser exactos, mil quinientos kilómetros lejos.

En el interior de aquel taxi Lucía no se sentía mejor y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mirar atrás. Si había insistido en ir sola al aeropuerto era, en parte, porque tenía miedo de desmoronarse y echarse a llorar como una cría. Sabía de sobra que aquello no era nada definitivo —no es que se fuera para no volver— y le hacía una ilusión bárbara lo que estaba por llegar, pero le costaba despegarse de su familia. Era la primera vez que se enfrentaba a algo así ella sola. Ojalá hubiese podido compartirlo con Carina.

Cuando vio a lo lejos las luces de la nueva terminal respiró hondo y para darse ánimos, empezó a enumerar todas las cosas buenas y emocionantes que estaba segura que le iban a suceder en las próximas semanas. Aunque, en seguida, su lado sensato frenó de golpe toda esa ilusión. Para no caer en el cuento de *La lechera* establecería metas cortas; primero llegaría a Barcelona y desde allí a Milán.

Sonrió.

«Allá voy».

Y sin más compañía que su maleta y su bolsa de mano —y hora y media antes de que saliera su avión—, entró por la puerta de la terminal.

A pesar de que no había amanecido el trajín en el aeropuerto era frenético y Lucía se quedó embobada con las luces y el ir y venir de la gente. Todo el mundo parecía tener muy claro hacia dónde ir o qué debía de hacer; todos menos ella, que se había quedado clavada justo al traspasar la puerta sintiéndose diminuta y perdida. Pero, aunque se encontraba un tanto desorientada se obligó a respirar profundamente, sujetó con fuerza el asa de la maleta y echó a andar.

«Pasos pequeños, pasos pequeños... Lo primero, facturar».

Estaba nerviosa y no era para menos. El vuelo, instalarse, meterse de lleno en un mundo que apenas conocía... En ese momento se sentía muy joven e inexperta y no solo tenía algo en el estómago que parecía que le estaba dando mordiscos desde dentro, también caminaba como si estuviera flotando entre las nubes. Y sí, puede que su hermana Carina dijera que ella era sensata y prudente, seria y juiciosa, pero mientras avanzaba hacia el mostrador tuvo que contenerse para no gritar ni dar saltitos de alegría.

Facturó y se liberó del equipaje.

Miró su reloj. Tenía tiempo. Tomaría un café y se daría una vuelta para ver los escaparates de las tiendas de la terminal. En pocas horas estaría en su destino y su vida daría un cambio radical, de estar siempre en casa con papá y mamá, a tomar decisiones por sí misma y vivir como una adulta.

Era genial.

A pesar del trasbordo en El Prat, la mañana pasó volando y llegó a Malpensa casi sin darse cuenta.

Una vez recogido el equipaje, acudió a un punto de información para preguntar cómo podía llegar al centro de Milán y las indicaciones le llevaron por el interior del mismo aeropuerto hasta un andén donde debía de tomar un tren de cercanías que conectaba con el metropolitano de la ciudad.

Le parecieron muy agradecidos los carteles que incrustados en el suelo señalizaban la ruta hasta el tren y, como una niña, fue recorriendo la senda que trazaban intentando pasar por encima de todos ellos. Era como seguir el camino de baldosas amarillas en Oz dirección hacia la ciudad Esmeralda.

Una vez en el cercanías se dirigió a la zona destinada al equipaje, al fondo del vagón. Enseguida un atento viajero le ayudó a colocar allí su maleta. Ella, sorprendida por su amabilidad, le correspondió con una franca sonrisa.

El carácter abierto de los italianos le hizo sentirse bienvenida. Milán prometía.

El vagón estaba dividido en pequeños compartimentos que enfrentaban dos parejas de asientos y como Lucía fue de los primeros viajeros en acceder tuvo opción de elegir, cosa que aprovechó para sentarse junto a la ventanilla decidida a disfrutar de los cuarenta minutos de trayecto. Para ser un tren de cercanías se veía moderno y funcional.

Pronto el vagón comenzó a llenarse y el bullicio remplazó la tranquilidad. A su lado se acomodó una mujer joven con traje de chaqueta y pantalón y aires de ejecutiva, que le dedicó una fría sonrisa a modo de saludo antes de abrir su portátil y comenzar a revisar su correo. Lucía observó de arriba abajo su indumentaria y, aunque le pareció algo clásica, comprobó que estaba cortada con un buen patrón y que el tejido era de excelente calidad. En seguida fantaseó sobre su trabajo y la imaginó tras una gran mesa en un despacho de una importante compañía.

El asiento que se ocupó a continuación fue justo el que estaba frente a ella.

Su vecino era un hombre joven de tez muy blanca y pelo rubio no excesivamente corto, que cubría su atractiva cara con unas gafas de pasta de gruesos cristales. Tras ellos, sus ojos azules se veían diminutos.

«¿Inglés?». Podría ser. Desde luego no parecía italiano.

Antes de colocar su mochila en la bandeja portaequipajes que había sobre sus cabezas, sacó un libro y sin mediar palabra ni mirar a sus acompañantes de viaje, se sentó.

Lucía continuó examinándole a conciencia.

Era alto y, aunque el espacio entre las butacas era más de lo que se podía esperar

en un transporte público, estaba sentado un tanto encogido. Hombros anchos, cuerpo atlético... Sus manos ejercían un fuerte contraste con su aspecto deportivo: eran grandes, con dedos largos, delicados y elegantes. Si imaginó a la mujer que tenía a su lado como a una ejecutiva, ese hombre le pareció un músico: violinista, pianista o algo parecido.

Él se sintió estudiado y clavó su gélida mirada en Lucía que, al verse pillada in fraganti, respondió automáticamente con una sonrisa. Le tenía justo delante, ¿dónde iba a mirar si no?

Tras unos segundos incómodos, el joven se centró de nuevo en su lectura y ella, con algo más de disimulo, siguió con su inspección. Vaqueros de marca, reloj caro, camiseta blanca y americana de sport. Desde luego tenía estilo y no era nada feo, aunque aquellas gafas escondieran la mitad de su cara.

Sus ojos volvieron al reloj.

Era raro que un hombre joven llevase un Bell & Ross de tipo militar, tenía entendido que eran bastante caros. Ese reloj le trajo recuerdos de Eduardo, su inseparable compañero de fatigas en la Escuela de Arte. Por su culpa conocía marcas que para la mayoría no existían; era un enamorado de ellos y pasaba las horas muertas mirando publicaciones sobre el tema.

Tras el reloj se fijó en el libro que estaba leyendo.

Ella lo había clasificado como inglés nada más verle, pero el libro que tenía entre manos estaba escrito en lo que parecía un idioma eslavo. Ruso, quizás.

Él volvió a mirarla con gesto desdeñoso y Lucía, que sonrió de nuevo, pensó para sus adentros que su vecino era un tanto estirado y desagradable. Tomó aire y aprovechó para sacar una revista de su bolso de mano decidida a no volver a prestarle ninguna atención.

Cuarenta minutos más tarde llegaron a la estación de Cadorna y Lucía, arrastrando su maleta, no se detuvo en ninguna cafetería —como lo hizo la mayoría de la gente que bajó del tren—, sino que se fue derecha a coger la línea de Metro que la llevaría a la estación de Porta Venezia. Ella había almorzado en el transbordo y, además de que no tenía hambre, estaba deseando llegar a su nueva casa, deshacer la maleta y dar una vuelta para inspeccionar los alrededores. Ya tomaría una buena merienda después.

Aunque había estado con su tía en la ciudad en marzo de ese mismo año para

asistir a la Milán Fashion Week, Lucía no conocía Milán demasiado bien —durante su anterior estancia habían ido del hotel a los desfiles y de los desfiles al hotel, sin tiempo para nada más— y la necesidad de que su futuro alojamiento estuviera cerca de la Via Broggi, donde estaba la sede principal de la empresa y su nuevo lugar de trabajo, se le antojó primordial. Aquel apartamento al que se dirigía había sido escogido un poco por eso, por evitar demasiados desplazamientos en una ciudad desconocida. El piso se lo había proporcionado una amiga de su tía que ya no vivía en la ciudad y que lo alquilaba por temporadas. Conocía a la mujer y sabía de antemano que sería todo un capricho, aunque no sabía qué se iba a encontrar. En fin, cómo no empezaba a trabajar hasta dentro quince días, tendría tiempo de conocer la zona y comprobar si tenía paradas de transporte público cercanas, si había algún mercado y localizaría sitios dónde comer cerca del trabajo. Solo si era necesario, buscaría otra casa.

¡Mira tú por dónde...! El antipático del asiento de enfrente había cogido el mismo metro que ella y estaba sentado al final del vagón. Lucía se dio la vuelta y deliberadamente se puso de espaldas. No tenía ganas de volver a ver su cara agría.

Cuando salió de la estación iba ocupada activando el GPS del móvil para llegar hasta su apartamento y no fue, hasta pasados unos segundos, que se dio cuenta de dónde estaba. Fue levantar la vista y ampliar la sonrisa; de golpe se sintió inmersa en la gran urbe. El bullicio, el tráfico, la gente... El pulso de una gran ciudad. Con descaro se quedó mirando a dos elegantes mujeres que muy serias pasaron a su lado por la acera. En segundos hizo un escáner de prendas y complementos y se sintió como si hubiera llegado a casa.

Milán era una de las capitales de la moda. Y prometía. Prometía mucho.

Arrastrando su maleta se dirigió calle arriba y mientras observaba los edificios al pasar, se hizo una promesa: iba a aprovechar aquellas dos semanas para conocer la ciudad. Sin perder de vista su camino, enumeró todos y cada uno de los monumentos que iba a visitar: la catedral, la Galleria Vittorio Emanuele II, el Teatro Alla Scala... Y tiendas, muchas tiendas.

No tardó en divisar el edificio donde estaba su apartamento. Y en el momento en que lo hizo, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta inconscientemente para comprobar si estaba allí el juego de llaves que había recibido por mensajería. —La dueña se las había enviado ya que no vivía en la actualidad en Milán—. El tintineo le hizo sonreír y apretar el paso, todo al mismo tiempo, y cruzó la calle casi a la carrera para llegar cuanto antes al portal. Nerviosa, sacó el manojito y probó varias antes de dar con la

correcta y justo cuando consiguió abrir la puerta, un vecino que llegaba en ese momento la ayudó, como todo un caballero, para que ella pudiera entrar la pesada maleta.

¡Qué atractivo era el italiano! De mediana edad, moreno y con una sonrisa cálida y espectacular. Se sonrieron y subieron al ascensor.

Él preguntó amablemente el piso y después pulsó el inmediato inferior. Al llegar al suyo, insistió en acompañarla para ayudarla con la maleta, pero, ante la negativa de Lucía, la saludó con la mano mientras se cerraban las puertas de metal.

La joven respiró en profundidad sin poder borrar la sonrisa de sus labios. Era la tercera vez que se decía aquello, pero es que era la pura verdad. Milán prometía. Mucho. Y esa sensación hizo que la ilusión desbordara por todos los poros de su piel.

Llegó por fin y se detuvo ante la puerta, metió la llave en la cerradura y tras el segundo intento, consiguió abrirla. Empujó y la emoción le hizo quedarse embobada, sin saber si entrar o no a la que sería durante los próximos meses su casa italiana.

La fabulosa sensación que recorrió su cuerpo al abrir la puerta del apartamento no duró mucho; un brusco empujón le hizo traspasar el umbral. Aunque, antes de que cayera de bruces fue agarrada con fuerza por la cintura al mismo tiempo que una mano enguantada le tapaba la boca.

De primeras intentó revolverse, pero el ruido que tantas veces hemos oído en las películas cuando amartillan un arma y la frase susurrada junto a su pelo: «Quieta o te pego un tiro», le metieron el miedo en el cuerpo consiguiendo que se detuviera en el acto.

No vio nada —todo había sucedido a sus espaldas—, pero a pesar del terror fue consciente de que dos hombres habían entrado junto a ella al piso y mientras que uno la tenía inmovilizada, el otro le clavaba en la sien el cañón de una pistola.

Su corazón se paró durante un segundo, para después comenzar a retumbar en su pecho a toda velocidad. Empezó a temblar y sintió como las fuerzas le abandonaban. Y de no haber sido por aquellos brazos que la mantuvieron pegada a un cuerpo grande y fuerte, se habría precipitado hacia el suelo; sus rodillas se doblaron y las piernas dejaron de sostenerla.

Al ver que Lucía colaboraba, el que empuñaba el arma contra su pelo la retiró y cerró la puerta con cuidado y sin hacer ningún ruido. Sacó un antifaz, de tejido suave pero compacto, del bolsillo de su chaqueta y cubrió por completo los ojos de la joven. Con cinta americana le taparon la boca.

A rastras la llevaron hasta el blanco sofá de cuero —la única pieza de mobiliario que Lucía había acertado a ver justo al abrir la puerta—, donde la obligaron a sentarse. Allí le pusieron lo que ella sintió como unas muñequeras anchas de toalla y escuchó el deslizar de unas bridas de plástico que le dejaron las manos unidas en el regazo.

Suavemente la empujaron hacía atrás para que se recostase en el respaldo.

«¡Oh, Dios! Esto no puede estar pasando».

Cuando el estado de *shock* empezó a remitir, Lucía intentó sin resultado insuflarse ánimos; aunque le pudo más la angustia y comenzó a llorar. Primero fue un llanto entrecortado, un sollozo que apenas se atrevía a salir. Minutos más tarde no podía parar, las lágrimas bañaban su rostro en silencio sin poder hacer nada por contenerlas. Estaba

asustada, más que asustada, aterrorizada, su cerebro no quería comprender lo que estaba sucediendo. ¿Qué querían? ¿Rescate? Su familia no era ni tan importante ni tan acaudalada. ¿Qué estaba pasando?

A pesar de estar sumida en sus pensamientos escuchó una voz preguntar la hora. La primera vez que escuchó la voz el miedo hizo que no se diera cuenta de nada, pero en ese momento sí prestó atención y se sorprendió al reconocerla, casi podría jurar que era la del tipo que había subido con ella en el ascensor. ¡Dios mío! Ella le había dejado entrar en el edificio inconscientemente pensando que era uno de sus vecinos. La respuesta la dejó petrificada. ¿Acento ruso? ¡Imposible! Tuvo un flash del joven del tren de cercanías. ¿Podría ser él? Le había visto en el mismo vagón de metro. ¿La estaban siguiendo?

No quiso precipitarse, pero la implicación de gente del este le daba una idea horrible de lo que podía significar su secuestro. Pocos días antes había visto en la televisión una película en la que una banda albanesa secuestraba a una chica para venderla, junto con otras muchas, a proxenetas. ¿Era eso lo que le estaba ocurriendo a ella? No. No podía ser, debía calmarse, aquello era del todo imposible.

Le dio miedo seguir esa línea de pensamiento —la de la trata de blancas— y para darse ánimos, quiso creer que era demasiado mayor. Ella acababa de cumplir los veintiséis años y esa gente buscaba siempre adolescentes. Chicas jóvenes que no tuvieran familia, que fueran vulnerables o que estuvieran desesperadas.

«No doy el perfil», se dijo, pero siguió sollozando en silencio. Esto iba de eso. La estaban secuestrando. De una forma tan absurda y sencilla que jamás la habría podido imaginar.

Pasaron las horas y la situación no cambió. Ni mejoró ni empeoró. Seguía allí sentada, escuchando a los dos los hombres que de vez en cuando conversaban en voz baja. Le dolía la cabeza por haber estado llorando y tenía hambre. Pidió ir al baño haciendo señas para llamar su atención y tras un exhaustivo registro del cuarto se lo concedieron. Eso sí, a tientas y sin poder cerrar la puerta del todo. Tuvo que conformarse con la sensación de que estaba sola, aunque le resultaba imposible saber si había alguien mirando.

Debía de ser ya de noche cuando comenzó el movimiento. La obligaron a ponerse en pie y la taparon, cabeza incluida, con una manta. Con la pistola apoyada en su

estómago y con la seria advertencia de: «No quiero tonterías, nena», la sacaron del piso. Escuchó al segundo secuestrador arrastrar su maleta y cerrar con llave la vivienda como si nunca hubiesen estado allí. Eso le aterró aún más. Cuando sus padres la buscasen al no recibir ninguna llamada, nadie sabría que había llegado. Perderían su pista mucho antes de empezar.

Con cautela, revisando cada descansillo de escalera para no toparse con ningún vecino, llegaron a la calle y allí la metieron en la parte trasera de una furgoneta. Y en el suelo del vehículo, sentada sobre una colchoneta, Lucía comenzó su largo viaje nocturno.

Desesperada, pensó en hacer ruido golpeando contra la chapa del furgón, intentando con ello llamar la atención de cualquiera que pudiera encontrarse a aquellas horas por la calle, pero se dio cuenta a tiempo de que no estaba sola. Uno de ellos se había sentado junto al conductor, al otro le tenía muy cerca.

Debieron tomaron autopistas durante casi todo el trayecto porque el viaje fue monótono, sin parones ni curvas pronunciadas o baches. Lucía, intentando mantener la calma, se fijó por sí podía intuir hacía dónde iban, pero solo se detuvieron un par de veces en gasolineras de carretera y lo debían de tener todo muy calculado porque en ambas, los servicios estaban en la parte de atrás y eran lugares silenciosos, probablemente muy lejos de núcleos de población. Tampoco podía medir lo que se estaban distanciando de la capital —el tiempo no parecía avanzar—, pero el cansancio, las piernas dormidas y los músculos entumecidos le hicieron pensar que el viaje estaba durando bastante.

También se encontraba algo mareada.

Le habían dado líquidos, por el sabor, algo parecido al Aquarius, pero nada sólido, y ella llevaba mucho sin comer. La última vez que se abrieron las puertas del vehículo —por la temperatura y la escarcha del ambiente—, calculó que ya debía de ser bien entrada la madrugada y eso significaba muchas horas con el estómago vacío.

Se encontraba al límite de sus fuerzas. La tensión, las lágrimas y el hambre la habían dejado agotada.

Cuando por fin llegaron a su destino notó los primeros rayos del sol sobre la piel de su rostro y, aunque seguía con los ojos vendados, los sonidos de pájaros y la tranquilidad que la envolvió, le indicaron que estaba en mitad del campo, además, habían viajado toda la noche, debían de estar muy lejos de Milán.

Durante el largo trayecto, mientras estuvo en el interior de aquella furgoneta, su ánimo pasó por distintos estados a pesar del miedo que la atenazaba. De sentirse furiosa

consigo misma por haber sido tan confiada, a estar decidida a escapar. Aunque, ahora que se daba cuenta de que habían llegado a un lugar apartado se hundió en la miseria. No habría gente a quien recurrir, nadie que pudiese verla y menos posibilidades de robar algún coche. ¿Cómo iba a salir de allí?

La animaron a bajar del furgón, pero tenía las piernas dormidas por la postura y al hacerlo perdió el equilibrio y resbaló, cayendo de medio lado sobre el hombre que la acompañaba. Él la sostuvo y ella se agarró a su brazo. Sus manos atadas resbalaron por la manga hasta su muñeca.

El reloj.

Lo llevaba en la derecha y era cuadrado y grande.

En ese momento estuvo segura; ese brazo era del hombre del cercanías. Recordaba con claridad aquel reloj, el Bell & Ross de tipo militar.

Una vez estabilizada y con los dos pies en el suelo, la fueron empujando para que caminase y Lucía obedeció hasta darse de bruces con otro secuestrador que, sin miramientos, la sujetó por el brazo.

Escuchó el intercambio de unas pocas frases en voz baja en lo que le pareció ruso, seguidas de las protestas del italiano que, por lo visto, al igual que ella, estaba al margen de la conversación.

El cuerpo del que la tenía sujeta emanaba calor, le tenía muy cerca. Intentó separarse balanceándose para apoyarse en la otra pierna, pero se lo impidieron. El agarre era feroz, aquellos dedos se percibieron duros como el metal y la mano era tan grande que sintió su brazo diminuto atrapado en ella. A pesar de todo, no le hizo daño; no hubo empujones bruscos, ni siquiera un fuerte tirón. Para que continuase caminando, el hombre se limitó a poner la otra mano sobre sus omoplatos con suavidad y así guiarla por un camino de tierra compactada.

Continuaba llevando el antifaz, pero la intensidad de luz cambió y dedujo que acababa de entrar al interior de una vivienda. Sí, estaba en lo cierto. La temperatura había bajado de forma perceptible y comenzaba a oler a humedad. Debía de ser un edificio viejo, cerrado desde hacía tiempo. Recorrieron lo que imaginó como un largo pasillo hasta que un nuevo tirón le hizo frenar. Escuchó cómo descorrían un par de cerrojos y cómo unas bisagras engrasadas se deslizaban para abrir una puerta.

Llegado a aquel punto su acompañante habló en un castellano académico y

gutural. Aquella profunda voz le hizo encogerse.

—Voy a soltarte, pero te lo advierto, no hagas ninguna tontería. No quisiera tener que pegarte un tiro. Asiente si me has entendido.

De forma mecánica Lucía asintió y la cinta que cubría sus labios fue retirada. No dolió. Se la habían pegado y despegado varias veces para darle de beber y, aunque el hombre que estaba ante ella se la retiró con cuidado, este último tirón ya no se sintió fuerte.

—Ahora escúchame —continuó—. Si te quitas el antifaz mientras yo esté en la habitación, tendré que matarte. Solo podrás ir sin él cuando estés sola. Cuando salga del cuarto daré tres golpes en la puerta y podrás retirarlo. Al entrar haré lo mismo, de esta forma te avisaré para que vuelvas a ponértelo, ¿entendido?

Lucía escuchó con atención sin pronunciar palabra. La voz era suave, profunda y pronunciaba lento, casi masticando las palabras. Su secuestrador hablaba perfectamente castellano, aunque su acento le delataba: ruso, bielorruso, ucraniano... No sabría decirlo, pero desde luego era de alguno de aquellos países del este.

—¿Entendido? —repitió él de nuevo.

Ella asintió sin mover sus labios, pero el hombre insistió:

—Quiero oírtelo decir.

—Sí.

—Escúchame con atención. Yo seré tu cuidador, te traeré comida y aquello que necesites. Como habrás imaginado estamos en un lugar apartado, así que no te servirá de nada gritar; nadie puede oírte. Si haces lo que te diga y te comportas, todo será más fácil.

Mientras hablaba, el hombre la empujó con suavidad por el cuarto, hasta que con sus rodillas Lucía topó con un colchón. La obligó a girar y sentarse y cortó las bridas que mantenían sus muñecas unidas. Por fin pudo relajar sus brazos y estirarse.

—¿Quiénes son ustedes?

—Nada de preguntas.

—Pero ¿qué quieren de mí?

—No me hagas enfadar. No te conviene.

No hubo más conversación. Tal y como le había adelantado, escuchó como se

cerraba la puerta y los tres golpes convenidos que indicaban que estaba sola y podía retirar la venda.

Lo hizo y, a pesar de que la fuente de luz del cuarto era un ventanuco alto situado en un rincón, le costó adaptarse; llevaba demasiado tiempo con los ojos tapados. Tuvo que parpadear y frotarse los ojos hasta habituarse a aquellas sombras para estudiar el lugar de su encierro, aterrada por lo que allí pudiera encontrar.

Sin embargo no encontró nada amenazante, la habitación apenas estaba amueblada. Tan solo una cama —en realidad un somier y un colchón viejo—, sobre la que estaba sentada, una mesilla de noche, una silla, que estaba colocada a unos centímetros de sus rodillas con el respaldo vuelto hacia ella (seguramente se había sentado allí el secuestrador), y una butaca descolorida y con la tapicería algo raída. La pintura de las paredes estaba desconchada en algunos sitios debido a la humedad, pero al menos, a pesar de lo espartano e inhóspito del cuarto, todo estaba muy limpio y no olía a moho como el resto de la casa.

Se miró las manos. Tal y como le había parecido llevaba unas muñequeras de toalla, con toda seguridad para que las bridas con las que la habían maniatado no marcasen la piel de sus muñecas.

Respiró profundamente.

Al menos la querían en perfecto estado. No le habían golpeado, ni drogado, ni forzado a nada.

Se levantó y se acercó a la puerta para comprobar con cierta desazón que era nueva y acorazada. El único anacronismo con el aspecto anticuado de la habitación. Desde luego, por ahí no iba a poder salir sin permiso. Decepcionada y arrastrando los pies se dirigió de nuevo hacia la cama, se sentó y se deslizó sobre ella hasta apoyar la espalda en la pared.

Intentó hacer memoria de todo lo ocurrido. No le iba a ser fácil escapar, aunque, si lo conseguía, tener en su mente un relato detallado de lo que había pasado podría ayudarla a identificar a alguno de sus secuestradores.

Casi estaba segura de que el hombre de acento italiano se trataba del mismo que había subido con ella en el ascensor. Aquella voz... Cuando le sujetó la puerta de la calle debió de bloquearla con algo para que entrase el segundo secuestrador.

Sencillo y aterrador.

Y sí con seguridad el primero era el «supuesto» vecino, el hombre que la había ayudado a bajar del furgón tenía muchas papeletas de ser el ruso con gafas con el que había compartido vagón en el tren de cercanías.

Respiró despacio para calmarse.

Probablemente la seguían desde el aeropuerto. Hasta era posible que hubiesen volado con ella.

Había un conductor, pero de momento no tenía ninguna información sobre él, ni le había tenido cerca ni le había escuchado. Y después estaba el cuarto hombre. El que les había recibido en la casa de campo. El de las manos grandes y voz grave.

Tres golpes en la puerta interrumpieron sus reflexiones y con los nervios a flor de piel, buscó el antifaz a toda velocidad.

—¡Un momento! —rogó.

Se lo puso a la carrera, de cualquier manera, y se giró para quedar de espaldas a la puerta.

—¡Ya!

Escuchó el leve rodar de las bisagras y a continuación unos pasos acercarse.

Por instinto, aunque no podía ver nada, Lucía agachó la cabeza y permaneció quieta, pero el suave aroma a café le hizo girarse y aspirar profundamente. Intentó retener el olor, cómo si eso le bastase y no tuviese la necesidad de beberlo.

El secuestrador se le acercó y con cierta delicadeza, procedió a colocarle bien el antifaz. Con las prisas debía de estar bastante retorcido por detrás, lo sentía muy tirante. Su proximidad era tal, que Lucía casi pudo asegurar, por un corte brusco en su respiración, que había sonreído.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí —respondió ella tan bajo que casi ni se escuchó.

Aquel sonido de pasos le indicó que el hombre se dirigía de nuevo de nuevo hacia la puerta. Salió y dio tres suaves golpes. Lo convenido.

Lucía se retiró con rapidez el antifaz, le dio la vuelta a la silla para sentarse frente a la bandeja que habían depositado en la mesilla y sin pararse a pensar demasiado, tomó un cruasán y se lio a mordiscos con él. Aunque, no llevaba ni la mitad, cuando se le quitó el apetito de golpe.

¿En qué lío estaba metida?

Y a pesar de que creía que ya no podía llorar más, las lágrimas regresaron.

Se forzó a terminárselo aún sin ganas y cogió la taza humeante para sentarse en la cama. La sujetó entre las manos buscando reconfortarse de algún modo y sin proponérselo comenzó a rezar en silencio, suplicando que alguien les hubiera visto salir del piso y que la policía estuviese tras sus pasos.

Con la vista nublada por las lágrimas pensó en su familia. Había quedado en llamarles cuando llegase a Milán y debían de estar más que preocupados con su silencio. ¿Estarían ya buscándola? Lo veía muy difícil y más, si como parecía, estaba en un lugar alejado, pero tendría que pensar en el modo de escapar o llamar la atención de algún vecino.

El agotamiento la dejó dormida con la taza vacía entre los dedos. No escuchó los tres golpes que minutos más tarde resonaron en el cuarto cuando su secuestrador entró a recuperar la bandeja, ni tampoco fue consciente de que le quitasen la taza, ni que la recostasen y la tapasen con una manta.

Lucía despertó desorientada. En un primer momento dudó de que todo hubiera sucedido de verdad, pero cuando comenzó a despejarse y echó un vistazo a su alrededor, se llevó la mano a la boca para reprimir un sollozo. Aunque el contorno de los objetos que la rodeaban se desdibujaba en mitad de la penumbra —las luces que entraban por la ventana indicaban que ya estaba cayendo el día—, reconoció sin problemas los escasos muebles de su celda.

Debían de haber transcurrido diez o doce horas desde su llegada, pero a pesar de haber dormido profundamente, más que descansada y despierta, Lucía se sentía aletargada. Sus brazos y piernas estaban entumecidos, torpes, y sentía la boca seca y la garganta dolorida como si hubiera estado gritando sin descanso.

Sacó todo el aire de sus pulmones y se estiró como los gatos, pero aparte de esa sensación de agotamiento no sintió nada más.

Con la vista ya acostumbrada a la semioscuridad comprobó que la bandeja con los restos del desayuno había desaparecido. En su lugar había una botella de plástico con agua. La abrió y dio un pequeño sorbo.

Se levantó y con apremio golpeó con los nudillos en la puerta.

—¿Hay alguien? ¡Necesito ir al baño!

Pegó la oreja a la superficie y al escuchar el sonido de unos pasos en su dirección, buscó a toda velocidad el antifaz. Cuando sonaron los tres golpes convenidos en la puerta, ya lo tenía puesto y esperaba con la espalda pegada en la pared.

—Necesito ir al baño —suplicó al sentir la corriente de aire que le llegaba desde el pasillo y que indicaba que la puerta estaba abierta.

No obtuvo respuesta, pero unos dedos fuertes la sujetaron del codo para guiarla hasta el servicio.

En el trayecto pasó por la entrada de una habitación que tenía la televisión puesta, aunque no parecía que le estuvieran prestando demasiada atención, más bien sonaba como ruido de fondo a una conversación entre los allí presentes.

Silbidos de admiración sonaron a su paso y hubo risas y comentarios en ruso.

Ella se encogió de miedo, pero su acompañante no le dio tregua y siguió empujándola hasta llegar al baño. Una vez allí le preguntó:

—¿Quieres darte una ducha?

—Estaría bien, sí. Gracias.

—Te traeré algo de ropa.

Se quedó sola y aprovechó para levantar un poco el antifaz y ojear el baño. No tenía espejo. Tan solo un inodoro, un lavabo y una ducha que ni siquiera tenía cortina. Se veía, al igual que su cuarto, viejo y ajado, pero olía bien y estaba limpio.

De nuevo aquellos pasos firmes le anunciaron que su secuestrador regresaba y Lucía se colocó bien la tela sobre los ojos. La ya conocida voz grave advirtió:

—Volveré en veinte minutos.

Tras los tres golpes convenidos Lucía se desprendió del antifaz y comprobó que le habían dejado unas toallas limpias, ropa interior, un par de pantalones y una camiseta sobre el lavabo.

Aquella ropa era suya. Tenían su maleta.

Ignoraba si iban a respetar el tiempo convenido e intentó darse prisa. Aquellos silbidos y palabras que había escuchado por el camino y que todavía resonaban a lo lejos, le habían puesto el vello de punta. El sonido de aquellas voces apuntaba que estaba sola entre hombres y no quiso ni imaginar lo podría pasarle si alguno de ellos se decidía a irrumpir en el baño mientras ella estaba en la ducha. No es que la voz de una mujer la hubiera tranquilizado, su situación sería exactamente la misma, pero con toda probabilidad se habría sentido algo más amparada.

En ese estado de nervios, apenas pudo disfrutar del agua caliente y, aunque fue agradable sentirse limpia y aseada, no consiguió aliviar la tensión. Al salir se dio cuenta de que aparte de la toalla no había nada en aquel cuarto. No le habían dejado ni siquiera un peine para desenredarse el cabello, así que tuvo que conformarse con frotarlo y secarlo lo más posible.

Cuando él volvió a recogerla, ella estaba lista. Vestida y con el antifaz puesto. Pero aún con su parte cumplida, y sentada y sumisa como un corderillo, escuchó un chasquido de desaprobación.

—No pensé que fueses a lavarte el pelo. No te muevas, vuelvo enseguida.

No tardó ni un minuto en abrirse la puerta de nuevo y esta vez, sintió su presencia muy cerca y le escuchó trajinar a su alrededor. En un instante sonó el rugido de un secador.

En un primer momento el hombre se limitó a aplicar calor desde la distancia, pero después metió los dedos entre su pelo para ahuecarlo y que el aire caliente llegase a las raíces. El secuestrador tocaba su cabeza con sutileza, como si estuviera evitando el contacto físico y, aunque no secó su melena del todo, al menos le quitó la humedad.

—Gracias —murmuró Lucía cuando escuchó como desenchufaba el aparato.

No hubo respuesta. De nuevo una palma abierta en la parte superior de la espalda que la empujaba invitándola a levantarse y caminar al exterior.

Lucía fue conducida otra vez a su cuarto invirtiendo el trayecto seguido en la ida y pasando de nuevo por la puerta del salón. Volvieron a escucharse silbidos y comentarios —que ella interpretó como obscenidades por el tono empleado—, a su paso y de nuevo eso le hizo temblar y sentirse perdida. Cuando por fin se detuvieron, aquella voz le anunció que en unos minutos le llevaría la cena.

La puerta se cerró a su espalda y sonaron los tres golpes que la liberaban de la venda.

Parpadeó para acostumbrarse a la luz; la lamparilla de la mesita estaba encendida. La habitación estaba tal y como la había dejado salvo por un detalle. Sobre la cama había un par de revistas y una de las novelas que ella había guardado en su maleta.

Se palpó el cabello e intentó desenredarlo usando sus dedos. Era una maraña, pero olía bien y con paciencia logró quitarle los nudos y, de aquella manera, peinarlo. Tomó una de las revistas y se sentó a ojearla, aunque antes de que pudiese distraerse con las fotos, el giro de la llave le hizo ponerse nerviosa y buscar el antifaz a toda prisa.

Quien entró no era la misma persona que la había tratado hasta ahora ni tampoco el italiano o el hombre del reloj. Ni su forma de caminar arrastrando los pies ni su voz —tal y como apreció segundos más tarde—, le resultaron familiares.

Aquel hombre se acercó demasiado y Lucía, que tuvo que contener una arcada a causa de la peste a sudor y alcohol que la envolvió, por instinto comenzó a retroceder arrastrándose como pudo sobre el colchón, al mismo tiempo que se protegía la cara con sus brazos y giraba el rostro en un intento de escapar de aquel hedor. Pero cuando su espalda hizo tope contra la pared se sintió perdida; supo que no tenía escapatoria.

El visitante se detuvo a escasos centímetros de su rostro y Lucía se quedó muy quieta, aguantando durante unos segundos la respiración. Pero cuando sintió como unos dedos sudorosos y rollizos la sujetaban por la nuca y tiraban de ella para obligarla a levantar la cabeza, su cuerpo reaccionó y luchó con todas sus fuerzas intentando empujarle con manos y piernas a la vez. No consiguió nada. Aquel individuo no caminaba arrastrando los pies porque era un anciano, sino porque estaba grueso y era demasiado pesado. No pudo moverle ni un mísero centímetro.

El forcejeo continuó hasta que sintió como una lengua viscosa lamía lentamente su mejilla. En ese momento, Lucía entró en pánico y se encogió pretendiendo hacer de su cuerpo una bola, como si con ello pudiera desaparecer. Si su cerebro hubiese respondido le habría ordenado que intentara apartarse de él —su único contacto era aún esa mano que la sujetaba por la nuca—, pero, aunque quería gritar y salir corriendo, el miedo consiguió paralizarla.

Con los labios pegados a su oído, el hombre empezó a susurrarle en un idioma que no entendió, y consiguió que Lucía todavía se apretase más en su abrazo y comenzara a temblar. Que ella se encogiera debió de parecerle divertido porque, mientras hablaba, con el dedo índice de la mano libre comenzó a jugar tocando distintos puntos en su cuerpo y disfrutando al ver como la joven se sacudía con cada roce.

Un bramido llegó desde la puerta, seguido de una sucesión de frases en ruso que sonaron como bofetadas.

Despacio, aquella mano gordinflona fue destensando el agarre hasta que cesó del todo el contacto, al mismo tiempo que el peso del cuerpo de su agresor se desplazaba hacia atrás y el colchón recuperaba su forma. Aunque, antes de retirarse del todo, en un castellano deforme y áspero, pronunció una frase en voz baja:

—El jeque es un hijo de puta con suerte. Volveremos a vernos, preciosa.

Tras una acalorada discusión de la que nada entendió, uno de los dos hombres salió dando un portazo para de nuevo hacerse el silencio a su alrededor.

Lucía sabía que no estaba sola.

Escuchó unos pasos avanzar y el miedo se apoderó de ella de nuevo, abrazándose y apretándose aún más contra la pared.

Se hizo el silencio, la figura que estaba en medio de la habitación se detuvo al verla encogerse y durante unos segundos, Lucía solo escuchó el sonido de su propio

corazón.

El visitante giró sobre sus talones, salió de la habitación y cerró la puerta, dando tres golpes secos sobre la madera.

El olor de la comida que llegó hasta su nariz y le hizo aspirar profundamente. Oía muy bien. Se levantó un poco el antifaz y observó el contenido de la bandeja que habían dejado sobre la mesa. Había sido una suerte que en ese momento le trajeran la cena, eso había espantado a su invitado.

Al menos por el momento.

No se movió de la cama. Se quedó hecha un ovillo sobre el colchón llorando y maldiciendo su suerte.

Treinta minutos más tarde la puerta se abrió tras los tres golpes convenidos y el secuestrador se encontró con que Lucía estaba tal y como la había dejado al salir. La cena estaba intacta y ella seguía en posición fetal.

La muchacha apretó su cuerpo encogiéndose al máximo cuando escuchó como el hombre arrastraba la silla y se colocaba ante la cama.

—Lucía, no tengas miedo —dijo con suavidad—. ¿No te gusta lo que te he traído de cenar?

Ella no se movió, pero la mención de su nombre de pila le hizo reaccionar.

—¿Sabe mi nombre? —preguntó con angustia.

—Tengo tu maleta y tu bolso. Sé algunas cosas de ti.

Escuchó como se llenaba un vaso con agua y dio un respingo al notar unos dedos que tocaban los suyos.

—¡Shhh! Solo es agua. Cógelo y bebe un poco.

Se incorporó con dificultad. Temblaba tanto que el hombre tuvo que ayudarla a beber, rodeando el vaso y sus dedos con una de sus grandes manos. Ella intentó rehusar el contacto, aunque no tuvo opción; el agarre fue muy firme. Sin embargo, a diferencia del anterior, no le resultó desagradable. La mano era recia y fuerte, pero apretaba la suya con cierta delicadeza.

—¿Te sientes mejor?

—Habla usted muy bien español.

—Gracias. ¿Te sientes mejor? —insistió.

—Sí. Muchas gracias —murmuró con un hilillo de voz.

Sintió el peso del hombre sobre el colchón a su lado y tragó saliva esperando algo que no llegó. Por suerte, ni la tocó ni intentó intimidarla.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué van a hacer conmigo?

—Nada de preguntas, Lucía.

—¿Van a pedir rescate a mi familia?

—¡Lucía! ¡Ya! —Su tono fue autoritario, pero la voz no aumentó de volumen.

Ella subió los pies a la cama doblando las rodillas para abrazarse a sus piernas. Por el tono empleado, el hombre se había puesto a la defensiva, pero aún encontró fuerzas para plantear la última pregunta.

—¿Van a matarme?

Notó que su secuestrador se acercaba y se tensó apretando el ovillo en el que había convertido su cuerpo. El hombre se quedó quieto donde estaba.

—Me han contratado para que nadie te toque un solo pelo de la cabeza. —Su voz regresó a un tono muy suave, pero, de algún modo, también inflexible. Era increíble el poder de aquella voz, hizo que Lucía se olvidase durante un instante de lo que acababa de pasar—. ¿Entendido? Así que mientras que yo esté aquí, estarás segura.

Asintió derrotada, sin fuerzas para nada más. La voz se dulcificó un poco más al decir:

—Debes comer.

—No puedo. Mi estómago está cerrado.

Sintió unos dedos que con suavidad se colaron bajo su barbilla para levantarla y, al momento, el olor de un trocito de carne que paseaba bajo su nariz. Ella se sobresaltó, pero no evitó su contacto.

—Huele bien, de verdad, pero no tengo hambre.

—No es negociable. Debes comer.

—¡No!

—Por favor.

—¿Dónde está «tu» amigo? —preguntó con una furia que sorprendió a los dos.

—Yuri no es mi amigo. Yo no tengo nada que ver con ellos, a mí me han contratado para cuidar de ti. Abre la boca.

Ella lo hizo y un trozo de carne fue depositado en ella con delicadeza. Masticó y tragó. Un poco fría, aunque tenía buen sabor y estaba muy tierna.

—¿Cocinas tú? —preguntó sorprendida.

—Sí, cocino yo. Ahí tienes otro.

Por instinto, ella llevó su mano hasta la de él para atrapar el tenedor, aunque tan pronto como le rozó, la retiró y envaró su espalda.

El hombre se quedó mirándola unos instantes. Aún con parte de la cara cubierta era muy fácil ver que aquella joven era toda una belleza. Piel de porcelana; labios de líneas suaves, perfectos y tentadores; facciones delicadas... Verla con los ojos vendados, indefensa y a su merced, le hizo tragar saliva y comenzar a transpirar.

Le tocó ligeramente el mentón.

—Otro más.

De nuevo aquella boca sensual que se abría para capturar el trocito de comida.

Él se detuvo y se quedó mirando embobado como Lucía masticaba despacio y volvía a abrir la boca para recibir el siguiente. Aquel gesto se repitió varias veces. Él le daba de comer, ella lo hacía sin rechistar, sin sospechar que cada vez que capturaba una porción de carne entre sus labios, él se ahogaba dentro de su propia piel.

Durante unos segundos le sintió titubear y se quedó muy quieta. Sin verle no podía saber si algo iba mal. El caso es que, tras un breve silencio, el hombre carraspeó y pinchando un nuevo trozo dijo:

—Come más.

Lucía se puso nerviosa, de alguna forma sintió que el ambiente se iba enrareciendo por momentos y después de lo que había pasado minutos antes con el otro secuestrador, supo que no debía de permitir que la vieran como un objeto de deseo. Si lo hacían, aquello acabaría mal, muy mal.

«¡Piensa, Lucía! ¡Piensa!».

No sabía nada sobre los perfiles psicológicos de un secuestrador, pero pensó que era importante que la vieran como a una persona y no como a un trozo de carne.

«Intenta parecer una chica inocente. Hazle creer que le ves como a un amigo».

Aunque estaba muerta de miedo, tosió e intentó desviar su atención preguntando con tono despreocupado.

—¿Cómo te llamas? —Tal y como esperaba le oyó bufar, lo que aprovechó para poner voz grave y responderse a sí misma en voz alta, haciendo una mala imitación—: ¡No más preguntas, Lucía!

Con una sonrisa en los labios que ella no pudo ver, el hombre contestó:

—Puedes llamarme Sergei.

—Pero no te llamas así, ¿verdad?

—No.

—¿Y Yuri, tampoco es un nombre real?

Él le dio una nueva porción antes de responder.

—Lo cierto es que no lo sé, aunque no me importa demasiado.

Lucía se permitió respirar un poco. Aquello estaba mejor, mucho mejor. Casi podía sentir que el aire alrededor estaba menos viciado. Tenía que conseguir que hablase con ella, que la viera como persona. Debían seguir hablando.

—Bien, pues muchas gracias, Sergei. Por lo de antes.

—No me las des, es mi trabajo. Ya te has terminado la carne —añadió—. Todavía quedan patatas al horno y ensalada. También he preparado tiramisú.

—No tengo mucha hambre. Puedes llevarte lo que queda, pero, si no te importa, déjame el postre.

Casi podría jurar que ahora sí le había oído sonreír.

—De acuerdo.

Cuando ya estaba en el pasillo con la mano en el picaporte y dispuesto a cerrar, él se giró y dijo:

—Si necesitas algo durante la noche no es necesario que grites. Mi habitación no

está cerca, pero te oiré sin problemas.

—¿A través de una puerta que tiene el interior de metal? ¿Tú crees que me oirás?

—No se lo propuso, pero sonó mordaz.

La puerta se cerró sin que obtuviera respuesta. Y cuando los tres golpes le permitieron quitarse el antifaz lo primero que vio fue que sobre su mesilla habían dejado un intercomunicador de un estridente color rosa.

«¿Un vigila bebés?».

No pudo evitar llevarse las manos a la boca para reprimir una tímida sonrisa. Le resultó gracioso que, en un mundo lleno de tecnología, aquel hombre hubiera optado por un aparatito infantil de un sugerente color chicle.

En el pasillo, Sergei apoyó la frente sobre la puerta y tragó saliva.

No es que antes fueran una familia bien avenida, pero, desde que aquella mujer había cruzado el umbral, la situación en la casa se había trastocado. Yuri estaba como loco y Paolo, consciente de su estado de excitación, no dejaba de pincharle para sacarlo de sus casillas. Y no era de extrañar, Lucía era una mujer preciosa, era la tentación hecha carne. Y si secarle el pelo había sido un tanto extraño e íntimo, al darle de comer sus pensamientos habían volado lejos: ver sus labios entreabiertos capturar la comida con delicadeza y sentir su respiración sobre la piel había sido una tortura.

Frunció el ceño al recordar algo.

Sasha permanecía calmado y eso le intrigaba y molestaba a partes iguales, porque, desde que Lucía había llegado sentía que, a su modo, le estaba vigilando. El estirado e inaccesible Sasha. Aunque no parecía peligroso empezaba a pensar que no era lo que aparentaba.

Yuri y Paolo. Esos si eran dos alimañas capaces de cualquier cosa.

Tendría que estar alerta. Muy alerta. Lo que había ocurrido no podía volver a repetirse; esa joven era ahora su responsabilidad.

Se permitió una tímida sonrisa.

Lucía... Qué bien sonaba aquel nombre.

Respiró en profundidad y se alejó por el pasillo dirección a la cocina.

Era una preciosidad. No era de extrañar que el árabe se hubiera encaprichado de ella.

El postre casero tenía muy buena pinta y Lucía tomó el cuenco con ambas manos para sentarse en la cama a saborearlo. Se quedó mirando la pequeña cuchara de plástico. Iba a tardar media hora en terminárselo, pero era lógico que no le proporcionasen ningún objeto de metal. En ese instante se oyó un ruido al otro lado de la puerta y se quedó muy quieta, poniendo sus cinco sentidos a trabajar.

Dejó pasar un par de minutos en los que se concentró en escuchar y al ver que no pasaba nada, respiró por fin con algo de tranquilidad.

Tendría que creer las palabras de Sergei o no iba dormir en toda la noche.

Sentada con las piernas cruzadas en el colchón, con la espalda apoyada en la pared y algo más tranquila, se dispuso a comerse el postre. Mientras lo paladeaba —realmente estaba muy bueno—, su mente se perdió haciendo conjeturas.

De los otros podía hacerse una ligera idea, al italiano y al del tren los había visto, de Yuri no quería saber nada, pero ¿cómo sería Sergei?

Sabía que era alto. Su voz se escuchaba por encima de su cabeza.

Sabía que era fuerte. Había sentido sus dedos alrededor de su mano.

El tono de sus palabras, suaves, moduladas, serias, le hizo imaginarle como alguien maduro, quizá en la cincuentena.

Y por último, sabía que, aunque no perteneciera al grupo de secuestradores, los otros le respetaban. El que había intentado sobrepasarse con ella había cortado de manera brusca el contacto con tan solo un par de frases.

Suspiró. Gracias a que Sergei había entrado a tiempo no había pasado nada grave; no quería ni imaginar la escena entre ella y Yuri si la cena hubiera llegado un poco más tarde.

Con el cuenco ya vacío entre los dedos pensó: «¿Y ahora qué?».

Estaba agotada. Aunque había dormido, no había descansado apenas y tenía una extraña sensación de vacío, como si se hubieran consumido incluso sus reservas. No le quedaban fuerzas ni energía, ni tampoco lágrimas por derramar. Ni siquiera era consciente de su cuerpo, tan solo del silencio a su alrededor.

De forma mecánica alargó el brazo para dejar el cuenco sobre la mesilla y cogió una de las revistas. La ojeó hasta que se dio cuenta de que pasaba las hojas sin mirar nada.

Apagó las luces, se arropó con la fina manta e intentó mantenerse despierta montando guardia, atenta a los ruidos de la casa, pero el cansancio pudo con ella —sus ojos se fueron cerrando sin quererlo— y al final, rendida, terminó por quedarse dormida.

Lucía despertó sobresaltada al escuchar un gallo cantar en la oscuridad. Aún no se había roto la negrura de la noche, pero el animal ya anunciaba las primeras luces del alba.

Al estirar el brazo para encender la luz de la mesilla golpeó el vigila bebés y, aunque a punto estuvo de cogerlo al vuelo, el aparato se escurrió de entre sus dedos y cayó a plomo golpeando el suelo con un sonido sordo y seco. Confusa y sintiéndose como si hubiera roto un jarrón de la dinastía Ming, se quedó unos segundos sin saber qué hacer. Cuando por fin reaccionó y estiró el brazo para recogerlo y comprobar si se había hecho pedazos, la puerta ya se abría con brusquedad.

Ni siquiera miró quién había entrado. Cerró los ojos y se hizo un ovillo.

—¿Lucía?

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Fue sin querer! —sollozó.

Al escuchar los pasos del hombre acercarse se tapó la cabeza con las sábanas.

—No pasa nada, tranquilízate. ¿Estás bien?

No hubo respuesta.

—Contesta, ¿estás bien?

—¡Sí! —lo dijo tan bajito que por un instante pensó que solo lo habría escuchado ella.

El colchón se desniveló. Sergei se había sentado en el borde y la supuesta amenaza hizo que ella se apretase más contra la pared.

—Shhh, no pretendía asustarte, lo siento. Sé que he sido algo brusco al entrar. ¡Tranquila! Todo va bien. Me quedaré un rato hasta que te duermas, aún queda una hora hasta el amanecer.

Le escuchó recoger el intercomunicador del suelo y volver a colocarlo sobre la mesilla, sentarse y después nada, solo el ritmo pausado de su respiración.

Bajo las sábanas, Lucía empezaba a agobiarse al no saber qué pasaba a su alrededor, sentía la necesidad de moverse, pero no se atrevía casi ni a respirar.

Tras dos minutos en tensión que le succionaron media vida rogó:

—¿Puedo ir al baño?

En seguida notó como el hombre se levantaba, al tiempo que su grave voz preguntaba dónde había dejado el antifaz. Encendió un momento la luz de mesilla para localizarlo y la volvió a apagar. La destapó, le ayudó a colocárselo y con él puesto, la guio por el pasillo hasta la puerta del baño.

Con amabilidad la invitó a pasar y le dejó intimidad mientras esperaba con paciencia en el pasillo.

Lucía se echó agua fría en la cara e inmediatamente se encontró un poco mejor. Aunque había dormido y su cuerpo estaba descansado, el haber pasado llorando todo el día anterior le había dejado el cerebro embotado y los ojos hinchados.

¿Cómo había podido meterse en semejante lío?

La voz de Sergei la sacó del trance.

—¿Te encuentras mejor?

—¡Sí, gracias! Salgo en seguida.

Cuando abrió la puerta no le esperaba tan cerca e inevitablemente se dio de bruces contra él. Asustada retrocedió de un salto y a punto estuvo de caer hacia atrás, pero dos grandes manos se ciñeron a su cintura y la estabilizaron.

—¿Qué te pasa? ¿Estás mareada?

—¡No! ¡No! Estoy bien. Ya estoy bien. Es solo que no ver nada desconcierta un poco.

Ella levantó la cabeza en dirección a su voz. ¿No era consciente de que su cuerpo era como un muro de hormigón?

Sergei aflojó el agarre que tenía de su cintura, pero no quitó sus manos.

—¿Seguro que estás bien?

—¡Sí! —Intentó separarse lo más posible de aquella roca. No lo consiguió. Ni un milímetro. Solo cuando él la soltó del todo pudo dar un paso atrás.

Con suavidad Sergei tiró de su mano hasta sacarla al pasillo y una vez allí la sujetó por los hombros para ayudarla a llegar de nuevo a la habitación.

—Sergei, yo... Lo siento. Tiré el intercomunicador sin querer.

—No pasa nada, Lucía, todo está bien.

—¿Se ha roto?

—No, tranquila, es a prueba de niños. Está perfecto. —Sergei se enterneció al verla tan afectada, le ayudó a sentarse en la cama y se quedó parado mirándola—. Deberías dormir un poco más, aún es temprano. ¿Necesitas algo?

—No, gracias.

Puso su mano sobre el hombro, le dio lo que ella interpretó como un ligero y cariñoso apretón, y se marchó.

Lucía tiró del antifaz y se sentó sobre la cama. La noche cerrada daba paso al día y las primeras luces del alba empezaban a filtrarse por el pequeño ventanuco.

¿Dónde había ido a parar su vida? Ese empleo que tanto prometía, ese novio formal que aún no había conocido, sus sueños... Desanimada se tumbó en la cama y, aunque no quería bajar la guardia, volvió a quedarse dormida.

Despertó con los tres golpes en la puerta que le anunciaban el desayuno y aún somnolienta consiguió ponerse el antifaz. Su situación comenzaba a convertirse en rutina.

El olor a café le hizo sentirse por un momento como en casa, pero el grave vozarrón que le dio los buenos días hizo que volviese de golpe a su triste realidad. Agachó la cabeza y volvió a abrazarse sentada en posición fetal.

—Llorando no solucionarás nada —murmuró el hombre con suavidad.

Ella se restregó las manos por las mejillas para limpiarse la cara y sacando fuerzas de flaqueza se sentó más tiesa que un palo intentando mostrar algo de dignidad, aunque se sentía destrozada por dentro.

—Volveré en unos minutos a recoger la bandeja. Desayuna tranquila, no hay ninguna prisa.

Al oírle cerrar la puerta se derrumbó de nuevo sobre la cama, desesperada, y así se mantuvo durante unos minutos, pero tenía hambre y lo que le habían traído seguía sobre la mesilla tentándole con su olor. Debía comer. Si se encontraba con alguna posibilidad de escapar, tendría que tener fuerzas para aprovecharla, así que haciendo un sacrificio se sentó de nuevo sobre la cama y se quitó el antifaz.

Tostadas con mantequilla y mermelada, café con leche y zumo de naranja natural.

Le extrañó. Aquello no era el Ritz, pero tampoco un desayuno propio de un secuestro. Aunque, ¿qué te daban de comer si te secuestraban? Daba igual, tenía hambre y debía comer. Punto.

Ese día, las horas pasaron lentamente, como si a cada una de ellas la hubieran engordado con minutos extra. A excepción de Sergei que se encargaba de sus comidas, el resto la ignoraba, aunque eso era de agradecer. La primera parte de la mañana la pasó escuchando los sonidos del exterior en un intento de averiguar dónde estaba, pero debían de encontrarse en mitad de la nada; salvo unos cuantos trinos de aves, no hubo nada que le diese pistas de su paradero.

Se subió a la silla en un intento de alcanzar la ventana y comprobar si aquella podía ser una vía de escape, pero si habían sustituido la puerta del cuarto por una blindada, no iban a ser tan estúpidos como para dejar desprotegida la ventana. En efecto, aún encima del asiento apenas si llegaba a tocar el cierre con sus dedos, pero fue suficiente para ver la reja que aseguraba su permanencia en aquella habitación.

Dos veces cogió el libro que le habían dejado el día anterior con la intención de distraerse un poco y dos veces lo volvió a dejar sobre la colcha. Ni siquiera Susan Elisabeth Phillips conseguía hoy llevarla a un mundo paralelo lleno de amor e ilusión.

Tras la comida sucedió algo extraño.

Cuando el ruso volvió a retirar la bandeja se sentó frente a ella y se quedó allí quieto un rato.

Lucía no podía verle, pero sí sentía su respiración y de algún modo sabía que tenía toda su atención.

Estuvieron en silencio. Ella sin saber qué hacer, sin atreverse a poner en voz alta ningún comentario y estrujándose las manos en un gesto nervioso, y él, callado, pensando en sus cosas mientras la observaba con detenimiento.

Al escuchar como las patas de la silla arrastraban contra el suelo —señal de que él se estaba levantando—, Lucía envaró su espalda y se puso en alerta. No pasó nada. Sergei se llevó la bandeja y la dejó sola.

A mitad de la tarde se levantó viento y comenzó a llover. Y como si el clima hubiera tenido algo que ver, Lucía pasó de ser un despojo lloroso a tener una expresión

ausente, vacía. Parecía como si un vendaval hubiera pasado por su cuerpo arrasando sus pensamientos y la hubiera convertido en una cáscara, en un caparazón. Todo le daba igual.

Sergei la visitó un par de veces. En una de ellas la obligó a levantarse e ir al baño y Lucía obedeció como un corderillo, moviéndose sin pensar, actuando de forma automática.

Por la noche la tormenta recrudeció y el aire soplaba tan fuerte que parecía querer arrancar el tejado de cuajo para llevárselo volando. Ella no podía verlo, pero en el exterior los pocos árboles que rodeaban la casa se doblaban elásticos intentando resistir sus embates.

Al desaparecer del todo la luz solar, Lucía, cansada de no hacer nada, se quedó adormilada de nuevo hecha un ovillo sobre la cama mientras abrazaba la almohada, y ni siquiera fue consciente del momento en el que el secuestrador entró a retirar la bandeja de la cena.

El hombre no la despertó para que se metiera entre las sábanas, se limitó a quitarle las zapatillas y tapparla con la colcha que estaba a sus pies. Retiró los cabellos que le cubrían la cara, apagó la luz de la mesilla y se marchó.

Un par de horas más tarde la fachada de la vieja casa continuaba resistiendo los duros golpes del viento, pero reinaba la calma. Todos los habitantes de aquel caserón dormían.

O eso parecía.

La puerta de la celda donde se encontraba la joven se abrió despacio y una torpe figura entró a hurtadillas. Ese intruso, a pesar de tener la vista acostumbrada a la penumbra, tuvo que poner sus otros sentidos a trabajar —la tenue luz de la luna que entraba por el ventanuco apenas era suficiente para ver los contornos de los muebles y tuvo que aguzar el oído para saber si Lucía estaba despierta—, pero al no encontrar ninguna reacción, cerró con cuidado y se acercó a la cama.

Una sonrisa depravada se instaló en sus labios. Pese al constante y agudo sonido que producía el viento al envolver la casa, ella dormía como un tronco.

A tientas buscó su cara y cuando se hizo una idea de su postura, actuó rápido. Pegó el trozo de cinta americana que llevaba preparado en la mano sobre sus labios y

levantó de forma brusca la colcha con la que horas antes la había arropado Sergei.

Lucía despertó sobresaltada cuando sintió, primero el frío de la habitación y después, el peso de un cuerpo semidesnudo que se dejaba caer sobre el suyo. Aunque no pudo verle, no tuvo dudas de quién era: la peste a alcohol que emanaba de su aliento le provocó una arcada. No podía ser otro más que Yuri.

Unas manos rollizas comenzaron a sobarla por todas partes y Lucía quiso gritar. No pudo, le habían pegado una cinta adhesiva para evitar que pudiera abrir la boca, por lo que invirtió todo su esfuerzo en revolverse, golpeándole a la desesperada con brazos y piernas.

Una luz se encendió en su cerebro.

«¡El vigila bebés! ¡Sergei está al otro lado!». Solo tenía que hacer algún tipo de ruido lo suficientemente fuerte para despertarle.

Intentó llegar hasta la mesilla estirando uno de sus brazos —pensó en volver a tirarlo al suelo—, pero esa mano no llegó a su destino. Cuando el tipo rasgó su camiseta y comenzó a lamerle los pezones, el instinto de supervivencia le pudo y trató con todas sus fuerzas de separar aquella boca de su piel empujando hacia atrás su cabeza, pero el intruso la llevaba afeitada al cero y no encontró pelo para sujetarse y tirar. Eso no la detuvo, sintió tal asco que se agarró a sus orejas e intentó alejarle hasta que recibió un sonoro bofetón que la dejó un tanto atontada.

El tipo empezó a reírse y le aseguró las muñecas con una sola mano por encima de su cabeza.

—Eres una fierecilla... Cómo me gustas.

Intentó soltarse, pero Yuri era fuerte y sus dedos se sentían como una soga sobre la piel. No consiguió nada pese a revolverse como una anguila. Se dio cuenta de que iba perdiendo fuerzas a causa del trabajo que le costaba cualquier movimiento y se detuvo para tomar aire —además de sus infructuosos esfuerzos tenía el peso de aquel hombre encima y estaba comenzando a asfixiarse—, pero comenzó a revolverse con brío de nuevo cuando una mano gruesa y sudorosa se coló por la cinturilla de sus pantalones y metió sus dedos bajo la goma de sus braguitas.

«Por favor, Sergei, ¡despierta!».

Se retorció con ganas y tuvo algo de suerte.

La masa sebosa que estaba sobre ella buscó una postura más idónea para sus fines

y eso liberó una de sus piernas. En un primer momento intentó girar la cadera para meter la rodilla entre los dos cuerpos e impedir que aquel cerdo lograra encajarse entre sus muslos, pero el tipo pesaba tanto que no consiguió nada. Al intentar apoyar el pie en el suelo para hacer más fuerza, encontró la silla junto a la cama y tuvo una idea. Tanteó la superficie hasta encontrar el respaldo y empujó para volcarla. Cuando la oyó caer rezó para que ese sonido fuera suficiente.

Una risotada cortó el aire y mientras le separaban las rodillas a la fuerza, una voz rota, disfónica y desagradable, le escupió en la cara:

—La puerta está insonorizada, ¡zorra! Nadie va a escucharte. Y yo voy a aprovechar eso para follarte hasta que amanezca.

Aún no había terminado su patética frase cuando algo lo levantó a peso y lo lanzó contra la pared.

Lucía se hizo un ovillo sobre el colchón y temblando se abrazó, apretó los dientes y cerró fuerte los ojos mientras escuchaba el sonido de golpes y más golpes.

No duró mucho. Un silencio inquietante llenó la habitación tras el impacto de un objeto pesado contra el suelo. La respuesta vino por parte del viento. Si en algún momento parecía haber amainado, tras un breve instante se recrudeció e hizo que, tras ese lapsus, todo volviera de golpe a la normalidad.

La muchacha prestó atención y descubrió una respiración acelerada que poco a poco iba tomando una cadencia más lenta. Iba a retirar las manos de su cara, pero esa presencia cercana le instó a protegerse con ellas de nuevo.

—Lucía, ¿estás bien? —La voz de Sergei intentaba aparentar una serenidad que en esos momentos no sentía.

Unos dedos la tocaron con suavidad en la pierna y ella saltó como un resorte para encogerse, si es que podía, un poco más.

—Lucía, no...

Alertados por la pelea, otros dos hombres aparecieron en el umbral de la puerta entreabierta. Sergei se puso inmediatamente a dar órdenes. Primero en ruso a Sasha, que salió de la habitación a la carrera para traerle el pasamontañas que le habían encargado. Y después en italiano pidiéndole a Paolo que se llevase a Yuri donde él no pudiera verle.

Mientras el italiano sacaba el cuerpo inerte a rastras tirando de sus piernas, Sergei se sentó en el borde de la cama y encendió la tenue luz de la mesilla para comprobar el

estado en el que se encontraba Lucía.

No pudo evitar sentir lástima por ella. Estaba desecha y temblaba hecha una bola, en un rincón.

Le acarició la espalda en un intento de reconfortarla y esperó alguna reacción. Nada. Lucía estaba totalmente en *shock*. En ese instante entró Sasha y Sergei se levantó. Hablaron, la voz de Sergei fue de nuevo inflexible. Recogió el pasamontañas y le ordenó salir.

Cuando se quedaron solos, él cerró la puerta, se ajustó el verdugo y se acercó de nuevo hasta la joven.

—¿Lucía? —susurró.

Volvió a tocarla, pero sin emitir ningún sonido obtuvo la misma respuesta: intentaba hacerse diminuta.

—Todo ha terminado, Lucía. Escucha mi voz, soy yo, Sergei.

Con delicadeza le retiró el pelo de la cara y despegó la banda adhesiva que tenía sobre sus labios. En respuesta, ella apretó aún más los brazos contra su cuerpo intentando hacerse un ovillo.

El hombre acarició sus cabellos e insistió:

—Lucía, estoy aquí. Nadie volverá a hacerte daño.

Metió dos dedos bajo su barbilla y la empujó con suavidad hacía arriba para intentar que le mirase. Ella no se resistió, pero apretó fuerte los párpados.

—Lucía, mírame. Verás que no te estoy amenazando.

Abrió los ojos despacio, con mucha inseguridad, pero los cerró de nuevo al comprobar que él estaba muy cerca.

—¡Vamos! Solo soy yo. Mírame, por favor. Abre los ojos.

Por fin se decidió y lo hizo, y se encontró con un gigante encapuchado a pocos centímetros de su cara. La máscara negra que le cubría el rostro tenía tres huecos que dejaban ver sus ojos y su boca. El tejido elástico se ceñía a su cara como una segunda piel, revelando un rostro anguloso, fuerte y de facciones marcadas.

Sus ojos la atraparón como ninguna otra cosa. Eran felinos, de un azul intenso e irreal, y quedaban bordeados por unas largas pestañas rubias que casi ni se veían.

—Eso está mucho mejor.

Aquellas palabras sacaron a Lucía de su desconcierto y le llevaron a admirar su boca.

Sus labios, llenos y deseables, formaban una curva perfecta y la sonrisa lenta que se formó en ellos hizo que algo similar a una corriente eléctrica recorriese su espalda.

—Eso es, Lucía. Respira despacio. Ya ha pasado todo.

Con esfuerzo se sentó, poniendo toda la distancia posible entre ellos, y se cubrió como pudo con los girones de su camiseta.

Sergei daba un poco de miedo.

Había acertado en que era alto, pero jamás habría imaginado que sería una estatua esculpida en piedra; la camiseta que llevaba se ceñía a su piel y dibujaba todos y cada uno de sus músculos. Aparte de ser corpulento, era grande en todos los sentidos, su cuerpo había empequeñecido la habitación. Y además, ahora entendía por qué el resto le respetaba, el aura de seguridad y aplomo que le rodeaba era incuestionable.

Tragó saliva. Estaba viva gracias a él.

—Di algo, Lucía. Estás empezando a preocuparme.

La muchacha abrió la boca con la intención de hacerlo, pero la realidad volvió a ella de golpe y junto al tembleque de sus manos comenzaron a rodar las lágrimas por sus rosadas mejillas.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ya pasó! —murmuró Sergei mientras retiraba del pómulos con su pulgar una de las gotas—. ¡Ya pasó!

Con la misma necesidad que tiene un niño de aferrarse a su madre, Lucía se abrazó a Sergei. Pegó la mejilla a su pecho y comenzó a llorar descargando toda la tensión que tenía acumulada.

En un primer momento él no supo qué hacer. Se quedó parado con los brazos rodeando a la joven sin tocarla, aunque el instinto hizo que despacio empezase a darle el consuelo que necesitaba. No solo la acunó contra su pecho, las palabras, en su ruso natal, empezaron a salirle a borbotones en un intento de tranquilizarla.

Aquella situación duró poco. Ella se soltó, se revolvió y tomó distancia.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Es una canción de cuna, solo buscaba calmarte.

Lucía tragó saliva antes de decir:

—Gracias.

Aunque él la miraba directamente a la cara, Lucía fue consciente de su desnudez y le pidió que le alcanzase el jersey que estaba sobre el sillón.

Él no se apartó. No fue necesario. Solo tuvo que girar su cintura y estirar un poco el brazo. Aquel tipo era enorme.

Ella le agradeció el gesto y se metió la prenda por la cabeza. Al sentirla sobre la piel se sintió un poco más protegida y fue capaz de enfrentarse de nuevo a la intensa mirada que tenía encima. Él estaba quieto a la espera de su reacción.

—¿Quieres un poco de agua? — preguntó por fin sin dejar de mirarla.

—Me gustaría al menos lavarme la cara y las manos. Necesito quitarme su olor.

—Haremos algo mejor, te prepararé un baño. ¡Vamos!

Ella se levantó y las rodillas le fallaron. Intentaba simular que estaba bajo control, pero las piernas todavía le temblaban.

Sergei la contempló con admiración, Lucía intentaba no mostrarse afectada pese a lo que había ocurrido, pero era evidente que apenas se tenía en pie. Con el fin de ayudarla le rodeó la cintura con el brazo y le ofreció la otra mano para, a paso lento, sacarla del cuarto.

Por primera vez pudo ver los muros de su encierro.

Estaban en una vieja casa de campo, de techos altos y pasillo estrecho. Cuando llegaron al salón, no escuchó ningún ruido, pero la luz del televisor estaba encendida y eso le frenó.

—No te preocupes, no hay nadie más en la casa. Se han ido a llevar a Yuri a un hospital.

—¿A un hospital?

—Sí.

«¡Madre mía! Debe de haberle molido a golpes».

No la llevó al baño que conocía, caminaron por el largo corredor para llegar a otro que estaba completamente equipado. La ayudó a sentarse sobre el inodoro y abrió los grifos de la bañera.

Cuando le pareció que la temperatura era la adecuada puso el tapón y se irguió en toda su altura, mirando como la bañera se llenaba despacio. En el momento en que estuvo a un tercio de su capacidad, abrió una botella de gel y vertió un buen chorro justo donde caía el agua. Las burbujas comenzaron a multiplicarse con rapidez para cubrir la superficie con una suave piel de blanco y cremoso jabón. Un agradable olor a miel y almendras llenó la habitación.

Lucía miraba embobada cómo Sergei flexionaba las piernas y probaba con sus dedos la temperatura del agua y cómo estiraba el brazo para ajustar el mando del grifo. Sus músculos se marcaban bajo la fina tela al tensarse o destensarse. Era hipnótico como un gato grande, un gato no, era como un tigre. Elástico, elegante... imponente.

Se dio cuenta un poco tarde de que él la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando una respuesta.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Cómo que qué? Qué te quites la ropa y te metas en el agua ¿o prefieres que lo haga yo?

Con los ojos abiertos como platos y negando protestó:

—No pienso desnudarme delante de ti.

—No voy a salir. Aquí hay demasiadas cosas que podrías usar para hacerme o hacerte daño.

Al ver que ella se le quedaba mirando sin mover siquiera las pestañas, insistió:

—¡Al agua!

Lucía negó de nuevo, pero de nada le sirvieron las protestas cuando Sergei la cogió en brazos y la metió en la bañera vestida tal y como iba.

—Ahora estás cubierta de jabón. Ya puedes quitarte la ropa.

Con gran esfuerzo, los tenía adheridos a la piel, consiguió sacarse el jersey y los pantalones, al tiempo que hacía malabarismos para atraer hacía sí con las manos, la mayor cantidad de burbujas que la protegieran de la penetrante mirada del hombre que tenía en pie a su lado.

Al verla tan inquieta, Sergei se puso en cuclillas y metiendo las puntas de los dedos en el agua murmuró con voz serena.

—Lucía, ¿quieres relajarte? Anda, disfruta del baño.

Ella volvió a quedarse colgada en aquellos iris azules y tartamudeó al responder.

—No puedo si tienes tus ojos clavados en mí.

Él sopesó la situación y se sentó en el suelo, colocándose de espaldas a la bañera mientras cabeceaba.

—Está bien, voy a confiar en ti. Espero no intentes jugármela mientras te doy la espalda.

Ella le observó.

Era tan alto que su espalda sobresalía hasta debajo de los omoplatos por encima del apoyabrazos de la bañera. Con esos hombros tan anchos como los de un jugador de *rugby*, ¿con qué creía que podría noquearle? ¿Con una esponja?

Miró el telefonillo de metal de la ducha y se quedó pensando unos segundos. ¿Y si...? Desestimó enseguida sus opciones. Ella no era fuerte. A menos que se pusiera de pie y le golpease desde arriba imprimiendo la fuerza con todo su cuerpo sería imposible derribarle. Además, estaba en medio de la nada y era noche cerrada. ¿Y si había kilómetros hasta la civilización?

¿Por qué vacilaba? Sergei no dudaría ni un segundo en retorcerle el cuello.

Sacó una mano del agua y la llevó hasta el grifo, donde estaba colgado el telefonillo. Cuando sus dedos lo tocaron, un nudo le llegó a la garganta. No podía hacerlo. Era una persona y le había salvado de que un animal furioso la violase.

—No voy a golpearte. Puedes estar tranquilo —refunfuñó.

Volvió a recostarse y disfrutó del agua caliente lo que pudo sintiéndose terriblemente imbécil por la oportunidad que acababa de desaprovechar, dudaba que se le presentase otra igual.

Transcurrieron unos veinte minutos en los que ambos guardaron silencio sumidos en sus propios pensamientos. Lucía comenzó a creer que aquel hombre hablaba en serio, que cuando decía que no iba a hacerle daño ni permitiría que otros se lo hicieran era de verdad. Lo que pasara después, una vez salieran de allí, era una gran incógnita; desconocía su destino, pero al menos, salvo el episodio de Yuri, no se había visto amenazada por

golpes o malos tratos.

Aspiró hasta que no le cupo más aire en los pulmones. La presencia de aquel gigante empezaba a tranquilizarla.

Bueno, ahora mismo no mucho. Estar desnuda en una bañera hacía que se sintiera muy vulnerable, aunque su secuestrador se esforzase por parecer inofensivo.

Él era muy consciente de la hermosa mujer que tenía a su espalda. Cuando la encontró con Yuri, la hiel le subió hasta la garganta y no dudó en emplear la fuerza para quitárselo de encima. De alguna forma perdió el juicio y, aunque aquel infame pesaba lo suyo, lo había zarandeado como a un pelele para terminar estampándolo contra la pared. Realmente con eso habría bastado, al estar tan borracho no podía responderle, pero la cólera se apoderó de él y continuó golpeándole hasta hacerle perder el sentido. Sabía que le había roto la nariz en el primer impacto, pero eso no le detuvo, siguió y siguió como si un diablo le hubiera poseído.

Se miró los puños. Tenía sangre seca en los nudillos.

Negó.

Lo importante era que ella estaba bien, aunque sí de algo estaba seguro era de que, si hubiera pasado algo más, si ella hubiera sufrido algún daño, le habría machacado hasta matarle.

Si a ella le hubiera pasado algo...

Cerró los ojos.

Centrarse en la misión. Debía centrarse en la maldita misión.

Lucía sacó las manos entre la masa de espuma que aún recubría la superficie; tenía los dedos como uvas pasas. Aun así, se habría quedado un rato más de no ser porque el agua comenzaba a enfriarse.

—Quiero salir.

Tan solo con esas dos palabras, él se puso en movimiento con rapidez y abrió un armario repleto de toallas. Escogió una grande y la colocó extendida delante de la bañera.

Cuando ella lo miró desvalida cubriéndose como podía los pechos con los brazos, él giró el rostro para evitar que se sintiera incómoda y esperó.

Entre vapores Lucía emergió del agua y tomó de sus manos la toalla.

Sergei dio un paso atrás y la ayudó a salir.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. Ya sé que es tonto, pero es como si el agua purificase.

Miró a su alrededor buscando algo qué ponerse. Su jersey y pantalones chorreaban en un rincón.

—Necesitaré algo de ropa —añadió mordiéndose el labio con vergüenza al verse frente a aquel hombre cubierta tan solo con una toalla.

—Sí, claro. Tranquila, tu maleta está en mi cuarto.

Sergei se quedó mirando sus pies descalzos y no se lo pensó dos veces. Pasó un brazo tras su espalda y el otro bajo las corvas de sus rodillas y antes de que Lucía pudiera objetar algo, la tenía en brazos y salía con ella del cuarto de baño.

La toalla se sintió muy fina en aquel instante.

La habitación de Sergei estaba en el piso de arriba, pero él subió las escaleras a paso ligero cargando con ella como si no le supusiese ningún esfuerzo. La llevó hasta su cama, la sentó allí sentada y procedió a desplegar un viejo y ajado biombo que estaba apoyado en la pared.

Y mientras él se afanaba, Lucía aprovechó para recorrer con la mirada la espartana habitación. Había pocos muebles además de la cama donde estaba sentada, una mesita de noche sobre la que solo había un libro, una lamparita y la pareja de su intercomunicador; un armario de madera barato; el biombo viejo que apenas se tenía en pie; una silla y su maleta. Nada más. En ese instante se fijó en Sergei y se dio cuenta de que iba descalzo; debía de haber salido corriendo al escuchar el golpe. Y mentalmente agradeció que tuviera un sueño tan ligero, ella no se habría enterado a menos que la silla le hubiera dado en la cabeza.

Ajeno a su examen, Sergei se dirigió hasta el rincón donde estaba su equipaje y una vez abierto, la miró como preguntando qué quería ponerse.

—Cualquier cosa.

Sacó unos pantalones y una camiseta, los colgó en la parte superior del biombo y volvió a rebuscar en la maleta hasta encontrar unas braguitas y un sujetador que mostró sujetándolos entre el índice y el pulgar.

—Esos mismo —dijo Lucía apretando los dientes y mirando hacia otro lado.

Ella se deslizó tras el biombo y comenzó a vestirse, mientras Sergei esperaba dando vueltas como un león enjaulado. Cuando terminó, la acompañó a su cuarto con un juego de sábanas limpias bajo el brazo y antes de que ella dijera nada, procedió a cambiarlas. No es que estuvieran sucias, pero igual de purificador que el agua del baño era que en la cama no hubiera ningún recuerdo de lo ocurrido.

Mientras lo hacía, Lucía le observó. Con el rostro cubierto por el pasamontañas era imposible saber cuál era su estado de ánimo, aunque, desde que le había entregado la ropa para que se vistiera, el humor del hombre se había ido cerrando y no había vuelto a dirigirle la palabra. Además, actuaba rápido, como si estuviera deseando salir de allí.

Y así fue, tan pronto como la cama estuvo preparada, le dio las buenas noches y se apresuró por llegar hasta la puerta. —Ella no podía imaginarlo, pero Sergei no podía más. Esa mirada inocente, el cuerpo suave y delicado que se adivinaba entre las burbujas, aquellos pechos que había podido entrever y esa boca sensual y perfecta estaban torturándole desde que se habían metido en el cuarto de baño—. Pero cuando ya tenía el picaporte en la mano para marcharse, la temblorosa voz de Lucía le detuvo.

—¿Podrías...? ¿Podrías quedarte hasta que me duerma?

Se giró y la encaró con ganas de decirle que ya estaba bien, pero su cara de niña desvalida y sus enormes ojos verdes enmarcados por unas profundas ojeras le hicieron desistir. No dijo nada; dejó las sábanas sucias en el suelo y se sentó en la butaca.

—Gracias.

—Intenta dormir.

—Gracias otra vez.

Lucía se tumbó en la cama boca arriba y cerró los ojos para volver a abrirlos un instante después. Apretó los labios e inconscientemente se abrazó a sí misma. No quería llorar, no quería, pero el horror de lo vivido se reconstruía en su cabeza una y otra vez. Escuchó a Sergei levantarse y arrastrar la butaca para acercarla al colchón y despacio se giró para mirarle de frente.

El asiento se veía como un juguete con él sentado encima.

—¿Quieres alguna pastilla para dormir?

—¡No! —casi gritó y debió ser consciente de su demostración de ansiedad porque

carraspeó para aclarar la voz y repetir más despacio—. No, por favor.

—Shhh, tranquila, Lucía. No voy a obligarte a nada, pero debes intentar relajarte. Mientras yo esté delante nadie volverá a tocarte. Tienes mi palabra.

Ella se incorporó y sin dejar de mirarle, se sentó con la espalda apoyada en la pared. El miedo se dibujaba en su mirada.

—¿Quieres que me vaya?

Ella negó.

—Y tampoco quieres que me quede —murmuró con cierta melancolía—. ¿Por qué no charlamos? —preguntó con efusividad cómo si con ello pudiera espantar los demonios que rodeaban a Lucía.

Tras aquellas palabras se arrellanó en el sillón saliendo del haz de luz que proyectaba la lámpara de la mesilla de noche. Su figura quedó en la penumbra convirtiéndose en un monolito gigante y silencioso.

—¿Charlar? ¿Sobre qué? —preguntó Lucía cuando consiguió controlar su voz.

Él volvió a inclinarse hacia delante, entrando de nuevo en la zona iluminada. Alargó el brazo y cogió el libro que Lucía tenía en la mesilla.

—¿Te gusta leer? —La pregunta pilló a la joven por sorpresa y le observó sin hablar mientras pasaba páginas con rapidez sin pararse a mirar nada en concreto.

—Sí —dijo por fin cuando él terminó su examen.

—Cuéntame, ¿de qué va este? El título es evocador —ironizó mientras le mostraba la portada.

Ella frunció el ceño.

—Pues... de un ruso y una niña mimada.

Puede que él rostro del hombre estuviera cubierto por un pasamontañas y que fuera difícil saber de qué humor estaba, pero casi podría jurar que estaba reprimiendo una carcajada.

Un poco enfadada estiró el brazo hasta alcanzar el libro y se lo arrebató de entre sus manos.

—Y de un circo. ¡No te burles!

Magnífico. El genio de la joven regresaba.

—No lo hago. ¡Te aseguro que no! —exclamó ya riendo abiertamente. Tosió un poco y se puso serio de nuevo—. ¡Vamos! Hazme un resumen. Quizá me pueda interesar.

Ella le miraba ceñuda y cruzó los brazos sobre su pecho protegiendo de algún modo la novela con su cuerpo. Él sonrió. Había conseguido que olvidara, al menos por unos instantes, el mal rato que acababa de pasar.

—No te imagino leyendo novela romántica —contestó enfadada.

—No es uno de mis géneros preferidos, no. Suelo leer a los clásicos y también me gusta la novela negra —dijo ya en un tono de voz normal, cálido y sincero, como el que emplearía un amigo.

Ella le observó y se dio cuenta de la cordialidad en su mirada y de la bonita sonrisa que asomaba traviesa por aquel orificio del pasamontañas. A su modo él intentaba ayudarla.

Mordiéndose el labio murmuró:

—Gracias, Sergei.

—De nada, Lucía, ¿te sientes mejor?

—Un poco.

—Pues intenta dormir. Yo estaré aquí por si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Ella asintió y aún abrazada a la novela volvió a recostarse en la cama, aunque sabía que iba a ser difícil olvidar como las manos de aquel animal habían sobado su piel. Una lágrima solitaria recorrió su mejilla y antes de que se diera cuenta Sergei estaba sentado junto a ella retirándola antes de que llegase al borde de su mandíbula.

—Eso sí que no, Lucía. Te dije antes que me han contratado para que nadie te ponga una mano encima y si es necesario que duerma aquí todas las noches, lo haré.

Estaba muy cerca e invadía su espacio, pero no se sintió intimidante, sino que de forma extraña le reconfortó. Su voz sonaba sincera y el aplomo y la seguridad con la que hablaba consiguió aplacar sus nervios hasta el punto de que le permitió coger el libro y dejarlo en la mesilla.

Tras asentir, algo más calmada, él se levantó para dejarle sitio y que pudiera ponerse cómoda.

Cuando lo hizo, la cubrió con la colcha y volvió a su asiento.

Ella cerró los ojos y, aunque no quería bajar la guardia, acabó durmiéndose.

El sol de la mañana entraba tímidamente por el ventanuco de su cuarto y esa mínima luz, un tanto brumosa e irreal que luchaba por hacerse un hueco entre las nubes, despertó a Lucía. Abrió los ojos despacio y mientras se desperezaba, aún un tanto adormilada, escuchó una pesada respiración que le recordó que no estaba sola. De golpe le llegaron imágenes de la noche anterior y un sudor frío le recorrió el cuerpo.

En la butaca estaba Sergei. A todas luces incomodísimo —tenía el cuerpo retorcido en un intento de caber en aquel asiento—, pero allí estaba.

Tan pronto como ella se removió en la cama, él se incorporó —en verdad tenía el sueño ligero— y a pesar de no estar despierto del todo, sus primeras palabras fueron:

—¿Cómo estás, Lucía?

—Bien, bien. Gracias.

Se levantó del sillón, se desperezó y ella observó con descaro como aquellos enormes brazos se elevaban por encima de su cabeza hasta casi tocar el techo.

—Te traeré el desayuno. ¿Quieres ir al baño? —dijo desde la puerta.

—Sí, por favor. Lo necesito.

—Tendrás que ponerte el antifaz.

—¿Han vuelto?

—Sí.

Sergei volvía a ser el hombre frío del primer día de su llegada. Hablaba lo justo y con seriedad. La incipiente complicidad que habían compartido la noche anterior se había esfumado por completo.

«Tendría que haberle golpeado con la ducha», pensó Lucía, mientras se mordía el labio y se ponía el antifaz para dejarse guiar al servicio. «Si hay una próxima vez no me lo pensaré dos veces».

En el pasillo se toparon con uno de los hombres y mantuvieron una escueta conversación en ruso. La joven no lo vio, pero por el sonido de su voz supo que su guardaespaldas había interpuesto su cuerpo entre ella y su interlocutor.

Hablaron sobre Yuri. Lucía pudo reconocer su nombre entre una marabunta de palabras sin sentido. No entendió nada más.

Sergei la dejó en el aseo y le comunicó que volvería a por ella en quince minutos.

Al cerrarse la puerta del baño, Lucía se apoyó contra la madera y suspiró. Se sentía vacía. Como si su cuerpo hubiera dicho: «hasta aquí». Ahora mismo todo lo ocurrido le hacía verse como espectadora de una película donde, de forma surrealista, ella era la primera actriz.

Pensó en Sergei y una tímida sonrisa acudió a su boca. Era intimidante, pero en determinados momentos se rompía la barrera y su mera presencia conseguía que todo se sintiera muy lejos. Como si él no fuese un mal tipo y ella una víctima. Su forma de tratarla era tan familiar, tan cálida. Hasta le parecía sentir cierta ternura en su voz.

Negó con la cabeza y se apresuró en terminar. Era idiota por pensar eso, Sergei no era su amigo, solo cumplía con su trabajo.

De los quince minutos de uso del baño ya había gastado más de cinco. Tendría que darse prisa.

Cuando sonaron los tres golpes convenidos, ella ya estaba lista para ser guiada de nuevo a su confinamiento. Allí le esperaba el desayuno: una bandeja surtida con pan tostado, queso, jamón de york, café con leche y algunos dulces.

En aquella mesa había comida para al menos dos personas. Reparó también en que, sobre la cama, habían dejado una revista de pasatiempos en castellano y un par de publicaciones sobre moda.

Se sentó e intentó convencerse de que debía comer. Su estómago estaba revuelto y algo le decía que no iba a admitir nada esa mañana, pero en cuanto dio el primer mordisco fue consciente del hambre que en realidad sentía y al final, eso se tradujo en un buen desayuno.

Le sentó bien.

Esta vez no fue Sergei quien recogió la bandeja. Los pasos se escuchaban más ligeros y los movimientos —recoger cubiertos, platos y taza— más bruscos. Lucía confirmó que no era él cuando le preguntaron si había terminado. La voz también era masculina, pero tenía un tono un tanto más agudo que la de Sergei y su italiano no era tan bueno, se le notaba cierto acento eslavo.

A pesar de no ver nada fue consciente de que el hombre se paraba a observarla y

eso hizo que se pusiera histérica. Después de lo sucedido con Yuri podía esperar casi cualquier cosa. De manera instintiva se hizo una pelota sobre la cama, pegó su espalda a la pared y encogió las piernas hasta que las rodillas le dieron en el mentón. Se rodeó con sus brazos e intentó darse consuelo en un tímido abrazo. Sabía que a menos de dos metros tenía de pie a un extraño que se había detenido a mirarla.

Escuchó como su acompañante dejaba la bandeja de nuevo sobre la mesa y se sentaba frente a ella.

—Lucía —dijo aquel hombre con una voz tan suave que acariciaba—, no quiero verte asustada. Nadie volverá a molestarte, lo prometo. —Esperó algún tipo de respuesta y al no hallarla insistió—: ¿Lucía? ¿No dices nada?

Ella tragó saliva, pero no hizo amago de contestar. Intentaba mantener su postura defensiva, aunque sabía a ciencia cierta que no iba a servirle de nada.

El hombre suspiró, recuperó la bandeja y la dejó a solas.

Pasó la mañana intentando llenar las horas muertas con pensamientos positivos, aunque una y otra vez volvía a recorrerle un sentimiento de angustia al pensar en lo que estaba viviendo.

Echaba de menos a su familia. Estaba asustada por lo que podía significar su secuestro, pero sobre todo, una y otra vez, volvía a tener la sensación de aquellas sebosas manos sobre su piel. ¿Qué habría pasado si su guardaespaldas particular no hubiese tenido la previsión de dejar un intercomunicador para oírlo? ¿Y si no hubiese venido a la carrera a ayudarla? Prefería no pensar en ello. Que Sergei hubiese aparecido había sido providencial y a pesar de la situación en la que se encontraba, tendría que agradecerse toda su vida. Pero, ¿y si Sergei hubiese sido como Yuri? ¿Y si hubiesen decidido divertirse los dos con ella?

No podía dejarse vencer por esto, debía ver más allá y sobreponerse. Si se hundía sería el final y tenía que infundirse ánimos pensando que tendría su oportunidad. No podía perder la esperanza. Sin embargo, qué difícil era sobreponerse, lo tenía todo en contra. De nuevo volvió a sentirse tremendamente sola y sin quererlo las lágrimas anegaron por enésima vez sus bonitos ojos verdes.

Al mediodía, los tres golpes en la puerta le anunciaron la hora de la comida. El

apetitoso olor de un guiso de carne acompañó a su visitante, pero de nuevo fue decepcionante escuchar la voz del otro hombre y no la de Sergei.

—Puedes quitarte el antifaz. Voy a quedarme un rato contigo y me he puesto el pasamontañas. —De nuevo aquella voz masculina que le había traído el desayuno esa misma mañana hablando un buen italiano con acento eslavo.

Al ver que Lucía se mantenía inmóvil y no hacía amago de quitárselo, fue él mismo quien lo retiró.

—Mucho mejor. Ahora podrás comer a gusto.

Era, sin duda, el hombre que se sentó frente a ella en el tren de cercanías. No llevaba las gafas puestas, pero el Bell & Ross seguía en su muñeca.

Sin las lentes sus ojos no se veían tan pequeños, aunque sí de un azul hiriente de lo claros que eran. A través del orificio inferior vio como sus labios se curvaban en una sonrisa cálida y franca que por un momento hizo que se relajase y soltase todo el aire retenido.

—Me alegro de que Sergei sea tan eficiente y haga bien su trabajo —declaró él en un intento de romper el hielo—. Yuri es un cerdo. En fin, nuestro amigo le ha dado una buena paliza, le ha roto la nariz y le ha decorado la cara con un montón de cardenales y, aunque mañana esté de vuelta, no debes preocuparte por él; no volverá a tener ninguna oportunidad contigo.

Se comportaba de forma muy distinta a la del hombre con el que se había encontrado en el tren. Su lenguaje corporal era relajado y suave, su tono de voz dulce y su gesto, a pesar de estar cubierto por aquel verdugo negro, se veía amigable.

—Gracias.

—No me las des a mí, yo dormía plácidamente y no me enteré hasta que escuché retumbar la casa mientras lo molían a palos. —Mientras se sentaba en el sillón y se acomodaba añadió—: Deberías comer. Después de la demostración de fuerza de anoche, no querrás que le devuelva a Sergei un plato frío y sin tocar, ¿verdad? No sé a ti, pero a mí me ese hombre me pone los pelos de punta. ¡Vamos! Yo lo he probado mientras lo estaba haciendo y está muy rico.

Lucía sonrió. Él se estaba esforzando por bromear y hacer que se sintiera bien.

—Por cierto, puedes llamarme Sasha.

Ella no respondió. Despacio, se sentó delante de la bandeja, desdobló la servilleta para colocarla sobre sus rodillas y se quedó mirando los cubiertos de plástico que tenía junto al plato. El olor del guiso llegó hasta ella y se descubrió cerrando los ojos.

Olía muy bien.

Sasha parecía decidido a darle conversación. Lucía no sabía qué pensar de ese cambio de actitud, pero le vino bien darle al almuerzo un poco de normalidad.

La comida fue agradable. Y no solo porque el guiso estuviera delicioso, sino porque Sasha resultó ser de lo más entretenido. Después de retirar la bandeja volvió con una baraja de cartas y le hizo algunos trucos de magia. Era muy hábil y para Lucía, ver aquellas manos moverse a una velocidad de vértigo fue toda una sorpresa. Aquellos largos dedos hechizaban, además de rápidos y ligeros, sus movimientos eran muy elegantes. Y ella que había pensado que era pianista... El hombre se empleó a fondo en hacerle amena la tarde y cuando se le acabaron los trucos, apareció con un viejo y ajado tablero de Backgammon y una bolsa con fichas rojas y negras e hizo gala de una paciencia infinita para enseñarla a jugar.

Enfrascados en aquel pasatiempo no se dieron ni cuenta de que una figura oscura había entrado a la habitación y estaba apoyado en la pared junto a la puerta. Todo vestido de negro con ropas de aire militar, Sergei les observaba en silencio.

Lucía fue la primera en sentir que alguien acechaba en la sombra y se giró con cierto temor, pero cuando vio quien era, sus labios esbozaron una tímida sonrisa.

A Sasha no se le escapó el detalle y sin mirar habló en ruso con el visitante, Sergei le respondió y Lucía miró a uno y a otro sin comprender.

—He de marcharme —anunció su acompañante—. No juegues con él, no soporta perder —añadió al tiempo que le guiñaba un ojo.

Al pasar junto a Sergei, sus pasos se ralentizaron y hubo un cruce de miradas que a Lucía se le antojó demasiado intenso y hostil, pero no pasó de ahí. Sasha salió al pasillo y desapareció y Sergei permaneció inmóvil junto a la puerta abierta como si de alguna forma se hubiera solidificado con la pared.

No se le pasó por alto algo que era nuevo en su atuendo. Iba armado. Una cinta ancha cruzaba ajustada a su pecho y bajo su brazo izquierdo asomaba la culata de una pistola.

Lucía se envaró, tragó saliva y se quedó quieta sin dejar de mirarle. Su actitud era

relajada, pero aquel nuevo complemento hizo que se le erizase la piel.

Tras unos instantes en los que el hombre la estudió detenidamente, por fin se decidió a hablar.

—Se marchan. ¿Te apetece ver una película?

Ella seguía sentada frente al tablero con la partida a medias y, sin ser consciente de ello, comenzó a frotarse las manos en un gesto nervioso. Sergei volvía a ser una roca.

—De acuerdo —consiguió decir.

El hombre se acercó con cierta cautela al ver la reacción de Lucía a su presencia. Cuando estuvo junto a la mesa estudió la partida, agitó el cubilete y dejó caer los dados. Ella le vio sonreír antes de capturar una de las fichas negras en su parte del tablero y eso desinfló parte del nerviosismo que sentía. Usó su turno, pero se precipitó al hacer la jugada y no pudo evitar que con la siguiente tirada las fichas rojas ganaran la partida.

—En el Backgammon influye el azar, pero sobre todo es muy importante planear una buena estrategia. Soy bastante más paciente de lo que tu amigo ha dado a entender, así que, si después de cenar te apetece, te enseñaré a ganarle todas las partidas. —Lucía levantó la vista y fijó sus ojos en él. La voz de Sergei era de nuevo cálida y la sonrisa que vio a través del orificio del pasamontañas no parecía la de un enemigo.

Se relajó del todo. Exhaló con fuerza el aire que tenía en sus pulmones y dio gracias al cielo porque ese hombre estuviera de algún modo de su parte.

Con un gesto, Sergei la invitó a salir del cuarto y cuando pasó andando a su lado, Lucía le miró de reojo. Su corpulencia le hizo sentir de nuevo diminuta, aunque por primera vez no le intimidó. Una vez en el pasillo, ella avanzó sin más, no sabía muy bien qué dirección tomar, hasta que Sergei la sujetó por el codo e hizo que frenase frente a una de las puertas.

Estaba inquieta. Había salido del cuarto muy decidida, aunque ahora comenzaba a dudar. Empezaba a fiarse de Sergei, pero ¿realmente podía hacerlo? ¿Podría volver a confiar en alguien?

No había nada raro detrás de aquella puerta.

La cocina era tan vieja como la casa, pero en ella se respiraba una atmósfera familiar. Aquellos muebles de madera vieja, las sartenes colgadas en la pared de ladrillos vistos, el olor de la fruta colocada en aquella cesta... Era casi como un hogar. No pudo evitarlo y recordó los veranos pasados en la casa de su abuela en el pueblo. La congoja

apareció de nuevo y a punto estuvo de empezar a llorar.

El calor de una mano a mitad de su espalda la obligó a reaccionar. Respiró en profundidad y entró a la habitación mientras se esforzaba por calmar sus demonios y no mostrar sus emociones.

Sergei la invitó a tomar asiento en uno de los taburetes mientras que él ocupó su puesto delante de la tabla de cortar. Y con un gran cuchillo y a una velocidad de vértigo, atacó la cebolla que allí tenía preparada para dejarla en una *brunoise* perfecta, con todos diminutos trozos de idéntico tamaño, igual que si fuera un cocinero profesional. Sacó un bote con caldo de la nevera, encendió el fuego en la placa de gas y se agachó frente a un armario para sacar una cazuela. Quitó una sartén que le molestaba y la dejó junto a la tabla de cortar, mientras luchaba con las que le estorbaban para alcanzar la que quería.

Lucía tragó saliva. Sus ojos se centraron en la sartén que había quedado sobre la bancada. Sergei había tenido la previsión de dejar el cuchillo lejos de su alcance, pero el recipiente estaba cerca y se veía lo suficientemente pesado como para propinar un buen golpe. Sergei estaba en cuclillas, el mango estaba en su dirección... Solo tenía que levantarse rápido.

No pensó. Lo hizo.

Saltó como un resorte y asió la sartén por el mango con las dos manos. Se balanceó hacía atrás para imprimir velocidad y golpeó con toda la fuerza de su cuerpo.

Set y partido.

El golpe que le propinó le hizo caer hacia atrás todo lo largo que era.

No comprobó si le había noqueado, le vio desplomarse y estuvo segura de haberle dejado inconsciente. Soltó el recipiente y salió corriendo a buscar la entrada de la casa. Pero Sergei, a pesar de haber caído a plomo en el suelo, había visto venir el golpe y tuvo los suficientes reflejos como para llegar a colocar el antebrazo delante de su rostro. Aunque la inercia le había hecho caer, no había perdido el sentido y se levantó con rabia para perseguir a la muchacha.

Con un buen subidón de adrenalina y el corazón en la garganta, Lucía encontró la puerta. Muy nerviosa, se puso a descorrer los dos pestillos que la cerraban, pero cuando ya iba a girar el picaporte para encontrar la libertad, un cuerpo pesado la aplastó contra la madera.

—¿Dónde crees que vas?

Lucía ahogó un grito cuando su cabeza golpeó la puerta con dureza, al tiempo que era inmovilizada de brazos y piernas. Intentó revolverse, pero contra aquella ostentación de fuerza no tuvo nada que hacer; un cuerpo rudo y tosco se lo impedía. Unas manos fuertes que rodearon su cintura la levantaron, como si no pesase nada, y en pocos segundos estuvo de nuevo en su cuarto. Encerrada.

Cuando un par de minutos más tarde escuchó el giro de la llave, se encogió todo lo que pudo en el rincón en el que estaba, metió la cabeza entre las rodillas y esperó lo peor. El sonido de pasos le indicó que su visitante estaba ante ella, pero, como no pasó nada, sacó fuerzas y se atrevió a levantar un poco la vista.

No se había equivocado, unas botas de tipo militar estaban a menos de medio metro de sus pies.

Sergei se puso en cuclillas y le retiró el pelo. Ella apretaba los parpados para mantener los ojos bien cerrados. Esperaba un golpe o una brutal represalia verbal, pero no ocurrió. En lugar de ello una voz tranquila y suave sonó muy cerca de su cara.

—Déjame verte, Lucía. Te golpeaste la frente.

Si estaba enfadado, su tono no lo demostraba.

Ella negó e intentó zafarse de sus dedos, pero él insistió y consiguió colocárselos bajo la barbilla para levantarle la cara.

—Shhh, solo quiero ponerte hielo. Te diste un buen coscorrón.

Sergei se arrodilló para estar más cerca y con eficiencia le examinó la cara.

—No tienes nada. Por el ruido del golpe pensé que había sido más fuerte — murmuró aliviado al tiempo que le ponía unos cubitos envueltos en un paño sobre la piel.

—Tú... Tú... —tartamudeó—, tú tienes sangre en la boca.

—Fue con el reloj. Tuve que poner el brazo para parar tu sartenazo.

—¿Te duele?

—¡Qué va! Pegas como una niña.

Ella le miró desconcertada, lo poco que veía de su rostro no le daba demasiada información, aunque su tono de voz mostraba diversión.

—¿No estás enfadado?

—Solo en mi amor propio porque creí que podía confiar en ti. Era normal que

intentases huir antes o después, aunque me confié y si llegas a darme bien, habrías podido dejarme en el sitio. Por cierto, buen golpe, pero no vuelvas a intentarlo, ¿de acuerdo?

Lucía negó agitando su cabeza con los ojos llenos de lágrimas, mientras que él, con delicadeza, le apretaba el envoltorio frío contra su piel.

Había actuado sin pensar, ¿y si le hubiera matado? ¿Cómo le habría afectado saber que le había quitado la vida a otro ser humano? Suspiró. A veces somos capaces de hacer cosas para las que no estamos preparados.

Aquel gigante acabó sentado junto a ella en el suelo y permaneció allí hasta que Lucía dejó de llorar y se tranquilizó un poco. Cuando apoyó la cabeza en su hombro y se rindió, él pasó un brazo por detrás y la mantuvo junto a su cuerpo unos instantes. Después se levantó y le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. La llevó hasta la cama, hizo que se sentase y se colocó en cuclillas ante ella.

—Lucía, lo que has hecho... ¿En serio pensaste que podrías escapar?

Ella miraba al suelo con la espalda encorvada en una actitud de sumisión total y a él le dio una punzada de dolor en el pecho al verla allí esperando su castigo.

—Será mucho más fácil si colaboras. —Respiró para llenar del todo sus pulmones de aire antes de añadir—: ¿Lo intentamos de nuevo? ¿Repetimos desde el principio? —Al ver su desconcierto se levantó y caminó hasta la puerta—. Vuelvo a entrar y pregunto, ¿te apetece ver una película?

Ella levantó la mirada y le observó. Todavía no podía creer en la actitud del hombre.

Una sonrisa lenta se formó en los labios de Sergei y ella percibió toda la carga sensual que aquel simple gesto prometía. Tragó saliva sin ser capaz de articular palabra. Estaba aterrada, eso era cierto, pero su presencia empezaba a turbar su juicio y superaba con creces el miedo que sentía.

—¡Vamos! Prepararemos la cena primero.

Con una extraña sensación en el cuerpo, Lucía le siguió hasta la cocina para retomar los preparativos donde lo habían dejado.

Una vez allí, como si nada hubiera ocurrido, Sergei se puso manos a la obra para preparar la cena.

Disimulaba, pero la estaba observando. Cuando ella le golpeó, su formación

militar le hizo actuar por instinto, aunque un error de cálculo de su fuerza había hecho que la cabeza de Lucía chocase contra la puerta. El sonido del golpe le dolió más a él que a ella, pero, sobre todo, lo que más le había afectado fue el terror que vio en su cara cuando entró a ponerle hielo en la frente. Verla temblar ante su presencia no le gustó nada y menos que se abrazase cuando le sintió acercarse.

Mientras pensaba en todo eso comenzó a preparar la cena. Puso la cazuela al fuego, añadió el caldo, y mientras se calentaba, en una sartén comenzó a sofreír las setas, y después la cebolla. De un armario sacó un paquete de arroz.

La voz de Lucía le hizo bajar a la tierra.

—¿Estás preparando un *risotto*?

—¿No te gusta? —preguntó a su vez.

—Sí, sí. Por mí perfecto.

Sergei la miró con complicidad y esbozó una sonrisa sincera mientras removía el arroz y ella, por inercia, le correspondió con otra.

«No entiendo nada», pensó Lucía. «¿De qué está hecho este hombre? ¿No tiene sangre en las venas? Debería haberme molido a golpes».

—Pruébalo de sal —ordenó mientras se le acercaba soplando la cuchara que llevaba en la mano. Cuando Lucía quiso darse cuenta, sus caras estaban muy cerca y ella parpadeó un par de veces para disimular. Se había quedado perdida en sus azules ojos. Otra vez.

—¿Ocurre algo? —preguntó con alerta en su voz al notar que ella se envaraba en su asiento.

—No, nada —murmuró con un leve tartamudeo y un estirón de espalda que puso distancia entre los dos—. Está muy bueno.

Sergei terminó rallando parmesano y añadiendo mantequilla sin dejar de remover. Cuando lo tuvo listo lo sirvió en dos platos, abrió una botella de vino tinto y sacó un par de copas del armario.

—No quiero beber alcohol —negó la joven.

—No pretendo emborracharte —respondió Sergei al tiempo que le ofrecía la copa.

Ella con cautela la cogió y la olió. El hombre la tomó de sus dedos y dio un sorbo.

—Tampoco voy a envenenarte ni a drogarte, ni nada por el estilo. Si quisiera eso ya lo habría hecho, no es la primera comida que te sirvo.

Lucía recuperó la copa y bebió un buen trago con mirada desafiante.

—Está bueno.

—Los vinos de esta región no están mal. Hay de todo, claro, pero he encontrado una pequeña bodega que tiene caldos excelentes. Aunque este es de la región del Piamonte.

—¿Dónde estamos?

Él solo la miró y ella se encogió de hombros inclinando la cabeza para mirar su plato. Aquella mole imponente tenía la capacidad intimidarla con solo un gesto.

—En el sur de Italia —concedió Sergei.

Lucía no abrió la boca, aunque la mirada que le dedicó fue de absoluta y total gratitud.

Empezaron a cenar en silencio.

Ella no perdía detalle. Los movimientos del hombre eran pausados, delicados, elegantes, desde la manera en la que cogía los cubiertos, hasta su forma de comer. Por otro lado, era frío, impasible, como si nada le afectase, pero eso, aunque pudiera parecer extraño, lejos de ser hostil le aportaba una paz increíble.

El vino estaba delicioso. Lucía se quedó mirando su copa vacía y solo vaciló un instante antes de tomar la botella y servirse un poco más. Sabía que le iba a pasar factura y que probablemente en un rato se quedaría amodorrada, pero sería mucho mejor que pasar la noche en vela preguntándose qué iban a hacer con ella.

Cuando se terminó la cena, sus ojos chispeaban y sin llegar a estar borracha, se la veía más tranquila y relajada. Con absoluto descaro, apoyó la barbilla en sus puños y los codos en la mesa, concentrando toda su atención en Sergei que la miraba de reojo con aire divertido.

Antes que el hombre pudiera preguntarle a que venía tanto interés, la muchacha exclamó, entremedias de un enorme suspiro:

—Tus ojos son tan...

Debió de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta porque abrió mucho los suyos, muchísimo, mientras apretaba con fuerza los labios.

—¿Tan? —insistió Sergei.

—¡Nada! ¡No es nada! —respondió sonrojándose.

—¡Vamos, Lucía!

La suavidad de su voz la invitó a continuar.

—Tan azules —respondió con voz entrecortada.

—¡Ah! ¡Qué profundo! Los tuyos son muy verdes —añadió con una mezcla entre sarcasmo y diversión—. ¿Tiene algo malo ese color?

—No, no... Yo... —Lucía se aturulló y balbuceando dijo—: Es que una vez conocí a alguien que tenía unos ojos como los tuyos y yo... Fue hace mucho tiempo. No tiene importancia.

Sergei sonrió y mientras se terminaba lo que le quedaba en el plato la invitó a seguir.

—Cuéntame esa historia. La del tipo que tenía los ojos como yo.

Lucía abrió la boca y la volvió a cerrar. Aunque fuese una tontería no pensaba contarle sus pequeños secretos a un desconocido.

—¡Vamos! ¿Qué paso? Te advierto que podría torturarte.

¿Por qué la palabra «tortura» en los labios de aquel hombre tenía una connotación tan sensual?

Al ver el desconcierto en su cara, Sergei pensó que sus palabras le habían removido el estómago por lo que cambió rápidamente el tono de su voz y sonriendo le suplicó:

—¡Venga, Lucía! ¡Cuéntamelo!

Tuvo que claudicar, los efectos del vino mezclados con esa voz de caramelo la obligaron a hacerlo.

—Fue hace seis años o siete, quizá. El tiempo pasa rápido. Estábamos en el Z... —comenzó ella con timidez.

—¿El Z?

—El Z-Club, un sitio de copas que estaba cerca de la Explanada, en Alicante.

Su monólogo se vio interrumpido con brusquedad, Sergei comenzó a toser y a

golpearse el pecho con el puño cerrado. Se había atragantado. Ella se levantó como un resorte y se le acercó para ayudarle, pero una mano del hombre abierta delante de su cara, la dejó parada sin saber qué hacer.

Tosió un poco más, bebió de su copa y comenzó a respirar despacio.

—¿Estás bien? —preguntó la muchacha.

Él asintió, aunque todavía no podía hablar. Seguía intentando respirar lenta y profundamente.

Cuando pudo, con una voz muy ronca murmuró:

—¿Cómo decís en tu país? ¿Se me ha ido por el otro lado?

Lucía asintió. En sus ojos se reflejó preocupación mientras examinaba sus reacciones con detenimiento.

—Sigue, por favor. Continúa la historia.

—Es una estupidez.

—Cuéntala.

Se sentó de nuevo en el taburete y sin dejar de mirar a Sergei reanudó su relato.

—Cómo te decía, estaba en el Z con un par de amigas, asediadas por dos estudiantes de Erasmus que parecían clones y, mientras bailábamos, un chico que aparentaba ser interesante se me acercó, me invitó a una copa y yo, que estaba loca por escapar, le seguí. En la barra pude observarle bien y escucharle. Mientras estábamos en la pista no le había oído nada por la música, pero allí... No le entendí ni papa, parecía ruso, pero, como la alternativa era volver con los clones y mis amigas, me quedé con él.

Su gesto dio a entender que sus pensamientos iban hacia atrás en el tiempo. Durante unos instantes se perdió en sus recuerdos y dejó de estar asustada.

—No sé qué pasó, bueno, sí lo sé. Yo llevaba un par de copas y, aunque no estaba borracha ni mucho menos, me sentía bien, ligera, atrevida y unos minutos más tarde, sin pensarlo, me encontré quitándole aquellas horribles gafas. Y cuando le miré a la cara, yo... Tenía unos ojos increíbles y yo...

Lucía se detuvo. Su mente estaba muy lejos y Sergei, intrigado, la instó a seguir contando la historia. Bajó el tono de voz y añadió conspirador:

—¿Y qué pasó?

Tras abrir y cerrar la boca un par de veces por fin confesó:

—Le besé —confesó mientras encogía sus hombros.

—¿Por qué? —preguntó el hombre con interés.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Algo debió llamar tu atención.

—Sus ojos me hechizaron y no me quedó más remedio que hacerlo. Fue como si un potente imán me atrajese hacía él.

—¿Qué sucedió después?

—Qué la malvada bruja del páramo decidió romper el encantamiento. —Al ver la cara de desconcierto de Sergei aclaró—: Mi amiga Raquel decidió que no me convenía y me sacó a rastras del local. Ni te imaginas la bronca que me echó.

—¿Bronca? ¿Por qué?

—A lo mejor en tu mundo de secuestros y asesinatos, la gente va besando a desconocidos. En el mío no.

Sergei se tensó, qué poco le había gustado escuchar en los labios de Lucía aquellas palabras. Exhaló profundamente y murmuró:

—No volviste a verle.

—No. Regresé al Z aquel verano unas cuantas veces. En realidad, lo hacía con cualquier excusa por sí le encontraba, pero nunca le volví a ver.

—¿Y mis ojos te recuerdan los suyos?

—Son del mismo tono de azul. Tan intenso... «Tan hechizante y magnético».

—¿Sientes también ganas de besarme? —ronroneó seductor Sergei con una sonrisa de medio lado,

—No —negó Lucía con decisión mientras se envaraba en la silla—. Aquél era un chico normal y yo en aquel momento era una cría. Tú, tú eres un...

Sergei la interrumpió, molesto.

—Así que sus ojos te impactaron tanto como para echarte en sus brazos.

—No me eché en sus brazos, pero sí, le besé. Solo es una anécdota. No creo que tan sea importante.

—Debió de serlo si lo recuerdas con tanta claridad.

Ella fue a responder, pero no lo hizo. Al menos no en voz alta. Su mente se perdió en aquel momento de su juventud. Besar a aquél chico fue algo muy especial, se sintió un acto espontáneo y sincero. Ella nunca había hecho nada así y por supuesto, nunca lo había repetido. Cumplir años le había enseñado a pensar dos veces las cosas antes de hacerlas, aunque de vez en cuando se le cruzaran los cables y le saliera la vena impulsiva de cuando era más joven.

Estalló.

—¡Ojalá, tú fueras él! Eso significaría que no estaría aquí secuestrada.

—No lo sabes. Por lo que has contado no le conocías. ¿Y si era un secuestrador como yo?

—¡No! Seguro que no lo era. Y vamos a dejar de hablar de esto, ¿de acuerdo? —murmuró disgustada—. No sé por qué te lo he contado.

Sergei recogió en silencio y se dirigió al fregadero. Ella se había quedado enfurruñada tras su confesión, pero él tenía una bonita sonrisa en los labios y se entretuvo tarareando una cancioncilla mientras enjabonaba los platos.

Apenas tardó dos minutos en recoger. Cogió la botella de vino, las dos copas que tenían a medias y con una seña de la cabeza le indicó a Lucía que le siguiera al salón.

Cuando entraron, inconscientemente ella hizo un escaneo de la habitación. Comparándola con la cocina, el baño, su habitación y la de Sergei, las únicas estancias que conocía y que se veían pulcras y monacales, ésta era un caos: revistas, botellas de vidrio, vasos vacíos, ceniceros llenos de colillas...

Sergei se lo tomó con calma. Puso las copas en un rincón de la mesa, despejó un poco y quitó unas cuantas revistas del sofá, frente al televisor. Le hizo un gesto para que se sentase y cuando la tuvo donde quería, le rellenó la copa de vino.

—No quiero beber más —murmuró Lucía, mientras con un gesto de la mano daba énfasis a sus palabras.

—Lucía, no quiero emborracharte, pero el vino te sienta bien. Te relajas, hablas conmigo y dejas de tenerme miedo. Solo busco eso.

Ella le miró furiosa, lo que sacó una sonrisa torcida en los labios Sergei, que se sentó a su lado ofreciéndole de nuevo la copa.

—Toma un nuevo trago y cuéntame otra historia.

Ella se levantó para irse, pero él la retuvo cogiéndola de la mano.

—Te burlas de mí. ¡Eres despreciable!

—No, no lo soy. El rol que me toca jugar en esta historia me hace estar en el bando de los malos, pero te he tratado bien. ¡Vamos, Lucía! Tenemos que estar aquí unos días, intentemos ser cordiales.

—¿Contestarás alguna pregunta?

—De acuerdo, pregúntame. Veré hasta donde puedo responder.

—¿Qué hago aquí?

Lo poco que veía del rostro de Sergei se contrajo en una mueca de disgusto.

—Eso no te va a gustar.

—¿Qué hago aquí? —repitió Lucía.

Sergei tomó aire y se tomó algo de tiempo antes de contestar.

—En Semana Santa estuviste con tu hermana en Málaga, en casa de un familiar.

La sola mención de Carina, le puso a Lucía un nudo en la garganta. Se sujetó con las dos manos al antebrazo de Sergei y con voz trémula preguntó:

—¿Qué le habéis hecho a mi hermana?

Aquellos ojos azules la miraron con seriedad.

—Carina está en casa con tus padres. Ella está fuera de todo esto.

Hubo unos instantes en los que ambos se tantearon, pero él fue quien primero rompió la conexión bajando la vista hasta unos dedos crispados que se aferraban a su brazo. Ella se dio cuenta y le soltó.

—Sabes su nombre.

—Lucía, ella está bien. Te lo prometo.

Su voz sonó tan segura que tuvo que responder:

—Te creo.

Sergei le acarició la cabeza como si fuera una niña pequeña. Su larga y lisa melena rubia era muy suave y sedosa y su pensamiento se perdió unos instantes en su tacto hasta

que volvió a escuchar la voz de Lucía, que entre lloros preguntaba:

—Dime qué hago aquí.

Él se tomó su tiempo antes de responder.

—Alguien que te vio mientras paseabas por Puerto Banús se encaprichó contigo y contactó con Yuri para que organizase el secuestro. Cuando se planteó tu viaje a Milán hablaron con su contacto en Italia. Y aquí estás.

Lucía se restregó los dedos por los ojos intentando apartar las lágrimas.

—¿Con Yuri?

—Sí, con él.

—¿Y qué pinta el otro en todo esto? Él no parece como vosotros. Tiene aspecto de universitario, con sus gafitas de empollón y su polo de Ralph Lauren.

Sergei le puso la mano bajo la mandíbula y la obligó a mirarle.

—¿Gafas?

En el momento en que lo dijo, se dio cuenta de su desliz. Se puso muy nerviosa y no acertó a pensar alguna excusa. Intentó retirar la cara, pero él con tan solo dos dedos, la inmovilizó.

—Yo...

—Lucía, contesta.

Podía haber callado. De alguna manera sabía que Sergei no iba a sonsacarle nada a la fuerza, pero en aquel hombre había algo que invitaba a confiar.

—De camino entre el aeropuerto y mi casa, se sentó delante de mí un joven que leía un libro en ruso. Tenía muy malas pulgas y decidí ignorarle, pero llevaba un Bell & Ross en su muñeca y eso me llamó la atención. Yo... En la furgoneta tropecé y fui a parar con las manos por delante hasta su reloj y pensé que... pensé que podía ser él. Hoy, al no llevar antifaz, he podido confirmarlo.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y su labio inferior temblaba hasta el punto de que, tras soltar todo aquello de golpe, no fue capaz de articular ni una sola palabra más. En esos momentos el hombre que estaba ante ella volvía a ser un depredador. Un frío y oscuro animal.

—Eres muy observadora —dijo en voz baja—, pero por tu bien deberías olvidar

esos pequeños detalles.

—De todos modos, donde voy no me harán ninguna falta, ¿no? —respondió sacando la rabia contenida que llevaba dentro.

El ruido del motor de un coche que se acercaba interrumpió la conversación. Sergei giró la cabeza en dirección a la puerta prestando atención al sonido y cogiéndola por la muñeca, se levantó tirando de ella.

—Será mejor que vuelvas a tu cuarto, al parecer han regresado.

Con las piernas temblorosas Lucía se echó en su cama y comenzó a llorar, casi hubiera preferido no saber lo que estaba por llegar. Tenía que serenarse y pensar en cómo escapar, aunque después de lo ocurrido empezó a darse cuenta de que no iba a resultarle nada fácil.

Su cabeza le daba vueltas a lo que le había contado Sergei. Así que un hombre, un asqueroso ricachón, al verla había decidido que podía quedarse con ella. Aquello era aterrador. ¿Iba a meterla en un harén o la desecharía tras violarla?

Tumbada en la cama lloró hasta que no pudo más, hasta que comenzó a dolerle la cabeza, hasta que agotada y abotargada por el vino consiguió dormirse.

Una hora más tarde, cuando Sasha entró en su cuarto para comprobar su estado, la encontró vestida y hecha un ovillo sobre la cama. Le quitó los zapatos y la cubrió con una manta. Al salir se topó con Sergei que, en pijama y con cara de pocos amigos, esperaba apoyado en la pared del pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—He venido a comprobar si estaba bien.

Por toda respuesta obtuvo una mirada asesina que no pareció amedrentarle lo más mínimo porque con gesto burlón añadió:

—Buenas noches.

Sin pronunciar palabra alguna, Sergei le observó hasta que giró en el recodo del pasillo y desapareció de su vista. Abrió de nuevo la puerta, se cercioró de que todo estaba correcto, y se marchó a dormir.

Sergei y Sasha.

¿Qué pintaba en todo esto Sergei? No parecía involucrado en el secuestro en sí. Al menos eso le había dicho él; que le habían contratado para velar por su seguridad. En determinados momentos se comportaba como un tipo normal, pero en otros daba miedo. Su mirada era fría e inteligente, hablaba varios idiomas a la perfección; si su español era bueno, a sus oídos su italiano sonaba perfecto. Y su aspecto... El tipo era enorme y fuerte. Desde luego aparentaba ser un exmilitar. Un mercenario.

Sasha no daba el tipo como secuestrador peligroso, sino que parecía un niño pijo con ropa de marca y reloj caro. ¿Qué hacía allí? Y sobre todo, ¿por qué ese cambio de actitud? ¿Por qué ahora tanta amabilidad?

Ahora tenían sentido las palabras de Yuri le había susurrado días antes sobre el jeque. Algo que ella no le había dado importancia en su momento, pero que hacía encajar el puzle.

Nunca más. Si salía de esta no volvería a confiar en nadie nunca más.

Había despertado temprano, aunque seguía tumbada en la cama dándole vueltas todo aquello. Después de lo que le había contado Sergei tenía el corazón en un puño, pero había conseguido dormir y se sentía descansada y con esperanza. No sabía cómo, pero algo en su interior se había activado y había abierto una puerta. Estaba segura, tendría su oportunidad.

Tres golpes le anunciaron la llegada del desayuno.

Se incorporó y con prisas se puso el antifaz antes de que se abriera la puerta. En silencio escuchó unos pasos que se acercaban y dejaban la bandeja sobre la mesilla.

Hasta que el hombre no habló no tuvo la seguridad de quién era.

—Buenos días.

—Buenos días, Sasha.

—¿Quieres ir al baño primero?

—Sí, por favor.

Tenía la misma actitud cariñosa del día anterior —su voz seguía escuchándose dulce y tranquila—, pero ¿no debería de estar enfadado? Ella le había reconocido a pesar de todas las precauciones. Podría señalarle en una rueda de testigos si se presentaba la ocasión.

Sasha la guio por el pasillo, al igual que hasta el momento siempre había hecho Sergei. Esperó en la puerta a que terminase y la acompañó de nuevo a su cuarto. Una vez entraron, el hombre cerró tras ellos y le quitó el antifaz.

Lucía se quedó desconcertada cuando vio a Sasha cubierto con el pasamontañas, sentado ante ella tan ricamente.

—¡A desayunar!

No fue capaz de distinguir si estaba enfadado o no, de lo que sí se dio cuenta fue de que la miraba con curiosidad.

Se sentó y le puso azúcar a su café con leche. Lo removi6 despacio y le dio un trago sin dejar de darle vueltas a la situación. Al otro lado de la mesa Sasha no le quitaba ojo de encima, aunque sus gestos le hacían parecer tranquilo y relajado.

Terminó su desayuno en el más absoluto silencio y justo con el último sorbo de su café, entró Sergei, como siempre vestido de negro y cubierto con el ya familiar pasamontañas.

—¿Has terminado?

—Sí, gracias.

Lucía intentaba aparentar serenidad, pero la imponente mole de Sergei conseguía ponerla muy nerviosa, aparte de que entre los dos hombres era evidente una clara hostilidad y «eso» no presagiaba nada bueno.

El móvil de Sasha sonó y tras mirar la pantalla, se levantó y salió del cuarto para hablar en privado.

Sergei se quedó inmóvil junto a ella, esperando a que depositase la taza vacía en la bandeja.

—¿No me has delatado? —preguntó Lucía en voz baja.

Él estiró el brazo, alcanzó el tazón de entre los dedos de Lucía y lo dejó sobre la servilleta. Con los ojos le hizo una señal indicando la presencia de Sasha, que continuaba hablando por el móvil en el pasillo, y se llevó el índice a sus labios pidiéndole silencio.

Ella calló, aunque pensó que volvería a preguntarle cuando se encontrasen a solas.

Con Sasha nuevamente en el cuarto, Sergei terminó de recoger y se marchó sin pronunciar ni una sola palabra más.

—¿Sabes que tu cara me resulta familiar? —reconoció Sasha—. Es como si te hubiera visto en algún sitio antes y, aunque esté seguro de que no, no puedo evitar darle vueltas y vueltas.

Ella arqueó una ceja. Era imposible que se hubieran visto, vivían en países diferentes y sus vidas eran muy distintas. Y además, de haberse cruzado por casualidad ella le recordaría, esos ojos tan claros e hirientes no eran fáciles de olvidar. De eso estaba segura.

Antes de que Lucía pudiera preguntarle, y tener que así dar explicaciones que no quería sobre su persona y vida, Sasha atacó con una pregunta:

—¿Qué te apetece que hagamos hoy? ¿Quieres que vuelva a machacarte al Backgammon?

Su gesto fue amable y su sonrisa seductora.

—Acabaré aprendiendo y al final llorarás suplicando que te deje ganar alguna partida.

El hombre sonrió. Lucía había recuperado parte de su humor y eso le gustaba. Cuando le recogió la bandeja el día anterior la había visto tan asustada que no había podido evitar el sentirse culpable y, aunque un acercamiento suponía un gran riesgo —ella no debía sospechar cuál era su papel en ese secuestro, podría delatarle sin querer—, había decidido relajar tensiones y darle normalidad a su situación. Verla un poco más tranquila le hizo pensar que había una probabilidad de que todo saliera bien. Desconocía cómo, pero tenía que conseguir que confiase en él, aunque con Sergei revoloteando todo el día alrededor suyo iba a resultar muy complicado. El mercenario se tomaba muy en serio su trabajo, lo que por otro lado era muy de agradecer; había impedido que el animal de Yuri violase a la joven.

Suspiró.

Aquella misión se le estaba complicando por momentos.

Sasha trabajaba en el sector privado en una empresa que colaboraba habitualmente con el servicio de inteligencia italiano, aunque este caso se alejaba bastante de los trabajos que solía realizar. La DIA, División de Investigación Antimafia, había requerido sus

servicios porque llevaba mucho tiempo investigando sobre la trata de blancas, sin embargo, él se encontraba como pez fuera del agua. No estaba acostumbrado a misiones de campo. Pero le habían convencido con solo nombrarle a Paolo DiMino, un tipo despreciable que hacían de la venta de mujeres su medio de vida habitual. Desde la central habían conseguido infiltrarle en el grupo sin demasiados esfuerzos, tenían un pez gordo que para rebajar su condena les estaba ayudando con la operación.

Paolo DiMino.

Ya llevaban tiempo tras él. Era un tipo escurridizo que había sabido esquivar, hasta ahora, cualquier intento de atraparlo. Siempre delegaba en delincuentes de poca monta y él no solía estar presente, era el cerebro en la sombra. Sin embargo, en este trabajo se había mezclado un encargo con su venta de chicas habitual. Un potentado jeque árabe, del que aún no conocían la identidad, se lo había pedido personalmente y Paolo se había visto obligado a implicarse.

Sasha sabía que no debía de desvelar su identidad, era muy arriesgado. Pero no tenía estómago para ver a Lucía en aquel estado y por eso había decidido hacer su secuestro lo más llevadero posible. Intentaría que confiase en él y no le viera como a un extraño. Lo peor era aquel armario ruso que habían contratado de forma externa, Sergei. El árabe no debía confiar del todo en Paolo porque se había asegurado de que alguien de su confianza estuviera allí para controlar todos los pasos.

En fin, ya se ocuparía de él a su debido momento. Por el momento, los dos querían lo mismo: la seguridad de Lucía.

Lucía pasó la mañana en compañía de un Sasha de lo más simpático y amable. De vez en cuando, recibían la visita de Sergei que como un halcón controlaba la situación, aunque se abstuvo de hacer cualquier comentario. A la hora de comer, su acompañante se marchó al recibir una nueva llamada telefónica y su presencia fue sustituida por una imponente figura vestida de negro que se sentó frente a ella una vez dejó la bandeja de la comida en la mesa.

¿Qué demonios estaba pasando? Lucía asistía incrédula a esta rivalidad por acaparar su compañía que de repente había surgido entre los dos secuestradores. La realidad era que no confiaba en ninguno, aunque si tenía que decantarse por uno de ellos con total seguridad lo haría por Sergei. Se le veía muy profesional y capaz de llevar a cabo con éxito su misión, pero se sentía perpleja ante esta nueva situación.

Una modulada voz masculina la sacó de su ensoñación.

—¿Todo bien?

Qué sexy sonaba su voz.

«¿Sexy?».

Ese pensamiento le hizo fruncir el ceño.

—Sí, Sergei, todo bien. Tienes que explicarme...

Su frase quedó cortada ante un simple gesto de la mano del hombre.

—Lucía, yo no estoy aquí para juzgarte ni para traicionarte —respondió en voz baja—. Mi trabajo es cuidar de que no te ocurra nada y si te hubiera delatado, es muy probable que él hubiera tomado represalias.

—De acuerdo, lo entiendo.

Sin darse cuenta volvió a quedarse colgada de sus azules ojos y tuvo que esforzarse en desviar la mirada, sentarse a la mesa y comenzar a comer.

¿Por qué el sentimiento de miedo inicial se había tornado en algo parecido a la cordialidad? ¿Era tonta de remate? Ese hombre era su secuestrador. SECUESTRADOR. Y ella era tan estúpida como para sentirse tranquila y protegida en su presencia. Pero, además, empezaba a darse cuenta de que no podía dejar de mirarle; le recordaba a alguien y no sabía a quién.

Despacio comenzó a comer. Hoy el almuerzo consistía en un guiso de pescado y como en ocasiones anteriores estaba delicioso. Además de un tío cachas, Sergei era un gran partido; cocinaba de maravilla.

Empezó a darse cuenta de que acaparaba toda su atención y comenzó a sentirse un poco nerviosa, pero no sabía de qué podrían hablar y le preguntó lo primero que le vino a la mente.

—¿Estás casado?

Tan pronto soltó aquello notó que el rostro se le enrojecía hasta la raíz del cabello.

¿Cómo había sido capaz de decir aquello en voz alta?

La temperatura en la habitación subió varios grados, o eso, o a ella le había dado un sofocón importante. La sensación de «tie-rra-trá-ga-me» fue tal que se paralizó y el tenedor se quedó parado a mitad de camino entre el plato y su boca.

Silencio.

A lo mejor no le había escuchado.

Se armó de valor y le miró de reojo y, cuando vio la mueca burlona en sus labios, el trozo de pescado cayó al plato sin remedio. La habían pillado. A toda velocidad pensó en cómo podía arreglarlo e intentando darle a su voz un matiz seductor, carraspeó y añadió:

—Después de comprobar lo bien que cocinas, quiero saber si estás libre. Me estoy planteando pedirte en matrimonio.

Le miró de frente intentando que no se notase su bochorno, pero por el calor que sentía en las mejillas debía de tener dos tomates dibujados en su rostro. Al ver que Sergei continuaba sonriendo se puso nerviosa y continuó hablando:

—Nada de preguntas personales. Ya lo sé. Pero de algo tendremos que hablar, ¿no? Ayer yo te conté mi vida.

El hombre seguía sin soltar prenda, aunque por su mirada juguetona era fácil adivinar que aquello le divertía.

Al final, Lucía optó por callarse. Un par de meteduras más de pata con comentarios como ese y el hombretón que tenía delante empezaría a pensar que ella realmente estaba interesada.

Agachó la cabeza para seguir comiendo y pensando en ello, hasta que una voz profunda le desafió interrumpiendo su ensoñación.

—Apuesto lo que quieras a que no sabes freír un huevo.

Al responder casi saltó de la silla.

—¡Sí sé! ¡Por supuesto que sé! —Lucía fue consciente de que había contestado en un tono algo gritón y se tomó su tiempo en calmarse y buscar una excusa—. Solo intentaba bromear un poco y quitarte esa cara de autosuficiente y engreído.

—¿Autosuficiente y engreído? —En sus ojos hubo verdadera sorpresa. Sergei se frotó el mentón por encima del pasamontañas.

Lucía se acobardó cuando le vio separar la espalda del respaldo y acercarse a ella poniendo los codos sobre la mesa. Su mirada no era hostil pero sí intensa.

—Por listilla esta noche cocinas tú —dijo por fin, tras unos segundos de suspense que mantuvieron a Lucía sentada muy tiesa—. Por supuesto, no voy a dejarte tocar un cuchillo, ni te facilitaré el acceso a las sartenes, con una vez ya he tenido bastante. Yo haré

de pinche y tú darás las órdenes.

La sonrisa con la que terminó de hablar calmó el ánimo de la joven y le hizo envalentonarse.

—¡Hecho! Aunque quiero algo a cambio. Apostemos. Si lo que prepare está delicioso, y sé que lo estará —dudó antes de exponerlo, pero acabó por soltar la bomba—: Me dejas hablar con Carina.

Sergei la miraba con diversión. El jeque podía haber visto en ella a una mujer preciosa, con un tipazo de infarto, largos cabellos rubios y fantásticos ojos verdes. Lucía no era solo eso. Aquí, debido a las circunstancias su carácter se mostraba a un tanto por ciento muy bajo, pero de vez en cuando olvidaba su situación y se la veía apasionada, divertida, soñadora... Cómo le hubiera gustado conocerla en otras circunstancias.

—No puedo hacer eso y lo sabes.

Lucía apretó los labios y arrugó la frente. Hablar con su hermana era lo que más deseaba en esos momentos y tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener una lagrimilla ante el secuestrador; era consciente de que nunca volvería a verla y no le había dicho lo mucho que la quería.

—Solo quiero despedirme —suplicó con pena.

—Lo siento. Pide otra cosa.

Su semblante se entristeció, nada que ella pudiese desear estaba a su disposición. Si no era posible hablar con su hermana que iba a permitirle, ¿huir?

Sergei se dio cuenta en seguida del efecto que había producido su negativa y sin duda fue el primer sorprendido cuando se encontró a sí mismo diciendo:

—De acuerdo, veré cómo puedo arreglarlo, pero no es seguro que pueda conseguirlo con un mínimo de seguridad. Déjame pensarlo.

La mirada de Lucía se transformó.

—¿De verdad? ¿Podré hablar con ella?

—Prometo intentarlo, pero has de elegir una segunda opción por si llegado el momento no pudiera ser.

Los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas y gratitud, y apenas encontró su voz al decir:

—¿Te quitarías el pasamontañas? Total, después de esto no volveremos a vernos.

Sergei abrió boca para decir no, pero algo le frenó.

Durante unos segundos la miró entrecerrando los ojos.

—Lo haré. Aunque ahora me toca pedir que harás tú si yo gano, por si resulta que me has mentado y no sabes cocinar.

Lucía se irguió en su asiento a la expectativa de escuchar lo que Sergei tuviera que pedirle. Le miró fijamente y esperó a que continuase hablando.

—Si todos los de ahí fuera se comen tu comida sin rechistar y te aseguro que no es un público demasiado exigente, tú ganas y yo cumpliré lo pactado, pero si eso no sucede quiero un beso como el que le diste a mi paisano.

—¿El chico del club?

—Sí. El que tenía los ojos como yo.

Lucía tragó saliva, apretó los labios y de nuevo volvió a perderse en aquellos iris azules. Pensándolo bien, no iba a ser ningún sacrificio, además de que no estaba dispuesta a perder.

Adelantó su mano por encima de la mesa para sellar el acuerdo.

—¡Trato hecho! —dijo Lucía—, pero sin lengua —añadió.

Sergei reía abiertamente cuando estrechó su mano.

—¡Qué así sea!

Lucía pasó toda la tarde pensando en la apuesta, ilusionada por la posibilidad que tenía de hablar con su hermana, pero una y otra vez sus pensamientos volvían a Sergei. En ocasiones era hosco y misterioso, aunque aquel brillo travieso en los ojos y aquella tremenda sonrisa prometían que bajo aquella muralla de seguridad y profesionalidad había algo más. Desde luego que había algo más.

Pero había gato encerrado. ¿Qué tipo de secuestro era este? ¿Iba a sacarla de su celda y dejar que se moviera con libertad por la cocina? Olía a trampa. Su cerebro empezó a desconfiar, pero también pensó en sí tendría alguna opción de escapar.

Con todos allí dentro de la casa, a menos que encontrara algún veneno, si no para

matarles, para dejarlos confusos o dormidos, no tendría ninguna posibilidad. Y dudaba que Sergei se despistara tanto como para poder echar mano del matarratas. Tendría que encontrar otra manera. ¿Y sí le enviaba un mensaje cifrado a su hermana? Por unos instantes se ilusionó, pero cuando se dio cuenta de que no podría darle ninguna pista de su paradero —el sur de Italia era algo bastante ambiguo— cayó en una especie de trance que a punto estuvo de hacerla llorar.

A eso de las siete llamaron a su cuarto. Sin esperar respuesta, la puerta se abrió para dejar paso a Sergei que mostrando un delantal pulcramente doblado en la mano dijo:

—Ha llegado el momento.

Lucía respiró hondo y cogió la prenda. Tenía que ganar. Y aunque nunca había sentido interés, había visto a su madre cocinar cientos de veces. No podía ser tan difícil y el premio lo valía. Su secuestrador le había prometido que intentaría contactar con Carina y creía en su palabra.

Lo necesitaba, la echaba tanto de menos.

Colgada de su antebrazo para no tropezar —estaban todos en el salón y Sergei le puso el antifaz—, siguió al hombre hasta la cocina. Cuando llegaron, caballerosamente él la dejó pasar primero y, tras cerrar la puerta, le quitó la máscara. Murmuró unas palabras que le indicaron que podía moverse a su antojo, pero antes de apartarse para que tuviera libertad le advirtió en voz baja:

—Ahí fuera no saben que tú vas a cocinar. Le he hecho ver a Paolo que estoy nervioso por la actitud de Yuri y que desconfío de ellos. Si te he traído a la cocina es por ese motivo, ¿de acuerdo?

Su actitud era conspiradora y con esas palabras estaba embarcándola en un juego que era cosa de dos. Aquello era disparatado, pero por toda respuesta ella asintió.

—¿Y si entran?

—No te preocupes, no vendrán. Hay fútbol en la televisión.

¿Cómo podía estar tan seguro? Y lo que es más, ¿cómo podía transmitir tanta confianza? La determinación de su voz era un sedante.

Con paso titubeante y pensando aún en aquella situación tan surrealista, Lucía se dirigió al viejo frigorífico, pero cuando lo abrió y comprobó que estaba repleto de comida

empezó a angustiarse. Sus ojos se pasearon por todo el interior sin saber muy bien por qué decidirse y su inseguridad creció como la espuma al sentir la presencia de Sergei a su lado.

—¿Qué quieres preparar?

Empezó a ponerse nerviosa.

—¿Qué tal algo de pasta?

—De acuerdo. ¿Fresca o seca?

Los ojos de Lucía se abrieron como platos mientras se giraba sobre sus pies para encontrarse con una sonrisa socarrona en la cara de Sergei.

—¿Fresca?

—Creo que tardarías demasiado. En la despensa hay varios paquetes de pasta seca: *papardelle*, *fusilli* y *tagliatelle*. ¿Te parece bien?

—Sí, perfecto. Cualquiera de ellos estará bien.

—Dependerá de con qué quieras acompañarlos.

Ella bajó la mirada y sin querer encogió los hombros. No iba a poder llevarlo a cabo. No iba a poder.

Sergei vio cómo se rendía y decidió echarle un capote.

—Paolo ha traído hoy champiñones y podemos descongelar unas gambas. ¿Te apetecen unos *papardelle* con champiñones, gambas y nata?

—¡De acuerdo! ¡Genial! —y entre dientes añadió bajito—, aunque no los he hecho en mi vida.

—¿Decías?

—¡Nada! ¡Nada! Manos a la obra.

Sergei sacó los ingredientes de la nevera y los puso sobre la bancada de la cocina, después abrió la despensa y terminó de seleccionar lo necesario, dejándolo todo meticulosamente ordenado. Intuía que Lucía no tenía ni idea así que decidió ayudarla cogiendo los ajos y preguntando:

—¿Muy picados?

—Sí, por favor.

Abrió el cajón de los cubiertos para sacar de él un cuchillo enorme que hizo que

Lucía, de forma inconsciente, dio un paso atrás. Él la miró y sin decir nada, peló los dientes de ajo y se puso a picarlos como un cocinero experimentado.

Lucía intentó disimular pensando en el siguiente paso mientras lavaba los champiñones bajo el grifo. Conforme iba terminando se los pasaba a Sergei que con gesto interrogante preguntó:

—¿Cómo los quieres?

—¿Por la mitad?

—¿No será mejor laminarlos?

—Sí, sí. En qué estaría pensando.

Tras descongelar las colas de gambas bajo el agua, Sergei se quedó parado, esperando las nuevas órdenes de Lucía.

—¿Ponemos una sartén al fuego? —preguntó ella.

Haciendo esfuerzos por no soltar una carcajada, él respondió:

—Por ejemplo.

«Ánimo, Lucía. No dejes que te intimide. Solo hay que hacer un sofrito, añadir la nata y el queso y hervir la pasta por otro lado. Es fácil, no te pongas nerviosa».

Puso aceite en la sartén y esperó a que calentase, pero cuando iba a echar los ajos, Sergei la detuvo.

—Está muy caliente, se quemarán. Aunque eso no es lo peor, lo peor es que puedas quemarte tú.

Mientras veía como él apartaba la sartén del fuego para que se enfriase el contenido, Lucía solo podía pensar en el calor que había recorrido su cuerpo cuando él tocó con suavidad su mano para detenerla. Tragó saliva y se esforzó por respirar con normalidad.

Cuando la temperatura de la sartén hubo bajado lo suficiente, el hombre la volvió a colocar sobre el quemador y con un gesto de la mano le indicó a Lucía que podía continuar.

Ella echó los dientes de ajo picados y empezó a darles vueltas con una cuchara de madera. Al momento, Sergei le ofrecía un plato con los champiñones perfectamente laminados.

Con una sonrisa forzada, los añadió al sofrito y se obligó a mirarlos para distraerse de la presencia del hombre junto a ella. De reojo le observó.

«¡Menudos antebrazos y qué alto es!».

Respiró hondo y se centró en darle vueltas a lo que tenía en la sartén.

—¿No vas a sazonarlos?

—¡Ah, sí! Gracias. Lo había olvidado.

Sergei se lo estaba pasando en grande. Era muy evidente que Lucía no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo y que, a menos que él lo remediase, no cenarían aquella noche, pero le resultaba tremendamente agradable tenerla a su lado, compartir con ella algo tan cotidiano como una simple tarea en la cocina. Escuchar su voz y verla moverse sin miedo.

—Creo que ya puedes echar las colas de gamba.

—Sí, es verdad.

Cuando las puso, él le pasó el vino blanco y con una sonrisa ella añadió muy poco.

—No vas a emborracharlas. Vierte un poco más.

Mientras ella vigilaba con atención lo que tenían en el fuego. Sergei abrió un armario para sacar una olla grande donde cocer la pasta. Se acercó al fregadero, comenzó a llenarla de agua y mientras lo hacía la observó.

«¿Acaba de ponerle sal otra vez?». Se preguntó perplejo. «Si no he contado mal, van tres veces ya. Habrá que pensar en un plan B».

Puso el agua a calentar y al ir a colocar la olla sobre el fuego, la rozó al pasar. Ella le miró y esbozó una bonita sonrisa. Se la veía relajada, tranquila y eso hizo que él le devolviese el gesto sin pensar.

Mientras hervía la pasta, Sergei sacó pan y cortó unas buenas rebanadas, les puso aceite, y les restregó por encima un tomate. Abrió el frigorífico y sacó unas lonchas de *prosciutto* que colocó en un plato junto al pan.

Como ella se le quedó mirando con una interrogación en el rostro, él aclaró:

—Son muy comilones.

—¡Ah, bien!

Terminó la salsa añadiendo la nata y el queso gorgonzola, y removió con cuidado

para que no se pegase a la sartén.

Lucía lo miraba embobada. Sergei parecía sentirse a gusto y eso hacía que ella a su vez estuviera tranquila y que, por unos breves instantes, olvidara todo lo demás.

Emplataron y él le pidió que volviera a ponerse el antifaz y se sentara a la mesa. Sasha llegó para ayudar y entre los dos sacaron la comida al salón.

Cuando Sergei le quitó la venda, ante ella había dos platos de *papardelle*, una botella de vino y dos copas. Él se sentó frente a ella y la miró expectante. Llegaba la hora de la verdad.

Lucía la probó entusiasmada, segura de que iba a estar deliciosa —olía muy bien— y en un primer momento no dio crédito, así que lo intentó de nuevo. Con lágrimas en los ojos fue consciente de que a pesar de las indicaciones de Sergei acababa de pifiarla.

Aquello era incomedible. ¿Cuántas veces le había puesto sal?

Él no había tocado su plato, solo la miraba, y cuando la vio casi a punto de llorar, le rozó la mano ligeramente para darle ánimos. Se levantó y fue hasta la nevera a sacar el *prosciutto*. Cortó unas rebanadas de pan y les puso aceite, pero Lucía apenas probó bocado. Durante todo el tiempo que estuvieron sentados frente a frente, se limitó a marear en el plato las miguitas que habían caído en él al cortar el pan.

A mitad de la cena y tras consultar su reloj de pulsera, sin mediar palabra, Sergei la cogió del brazo.

Ella se dejó llevar y se levantó para seguirle hasta un portón lateral. Sorprendida, le vio introducir la llave en la cerradura y abrir, para después con un gesto invitarla a salir al patio trasero.

No había luces en el exterior y ya había anochecido, pero la puerta abierta de la cocina le permitió ver el abandonado huerto y el pequeño y asilvestrado jardín.

Dudó. ¿A qué venía aquello? ¿Por qué la llevaba al exterior? ¿Si gritaba le oiría Sasha?

—¿Tienes frío?

—No.

Sergei tiró de su mano y la llevó hasta un banco de madera. La empujó suavemente sujetándola por los hombros hasta que consiguió sentarla en él. Ante sus narices, sacó el móvil, marcó un número y a continuación, habló en ruso con su

interlocutor. Tuvieron que esperar dos largos minutos, pero cuando todo estuvo listo se dirigió en castellano a la persona que estaba al otro lado de la línea:

—¿Carina? ¿Eres tú? Hay alguien que quiere hablar contigo. —Esperó respuesta y cuando la obtuvo puso el teléfono en las manos de Lucía diciendo—: Tienes un minuto.

Lucía se quedó petrificada, incapaz de hacer otra cosa que mirar el móvil que tenía entre los dedos como si fuera un objeto desconocido. Solo el sonido de una voz femenina que se escuchó enlatada y distante, la sacó del trance y le hizo reaccionar. En el momento en que se puso el aparato al oído comenzó a llorar y se lanzó como loca a hablar con su hermana.

La conversación fue infernal, las dos intentaban decirse cosas sin esperar la una a la otra y entre sollozos y frases desesperadas se dijeron lo mucho que se echaban de menos. En los últimos segundos Lucía intentó despedirse, pero la voz se le cortó por la emoción.

Sergei aguardó con paciencia el minuto prometido, observando detenidamente todas sus reacciones, aunque fue contundente al tender la mano para recuperar el aparato cuando finalizó el tiempo. Con gesto resignado ella lo devolvió y sus hombros se encogieron de nuevo mientras le observaba murmurar unas breves palabras en su ruso natal con el interlocutor, colgar y guardárselo en el bolsillo.

La cara de Lucía era una gran contradicción. Gruesos lagrimones recorrían su rostro, aunque a la vez esbozaba una sonrisa radiante.

—¿Y bien?

—Ella está bien —respondió de forma mecánica.

—Eso ya te lo dije.

—Me ha dicho que al salir de la academia le estaba esperando un chico en la calle, se le ha acercado y le ha pasado el móvil, y que... —Comenzó a llorar de nuevo y entre hipidos consiguió preguntar—: No va a pasarle nada, ¿verdad? Ese chico no le hará nada, ¿no?

—No, no, tranquila. Su cometido era encontrarla, pasarle la llamada, recuperar el teléfono y marcharse. Te lo prometo.

Ella le creyó.

—Gracias, Sergei, muchas gracias.

—No ha sido nada. Solo quiero que entiendas que no puede volver a repetirse. Deja ya de llorar, Lucía, tu hermana está bien.

Tardó unos minutos en serenarse. Respiró profundamente varias veces y se secó las lágrimas con la manga de su camiseta. Cuando consiguió recuperar el habla de forma normal se volvió hacia el hombre y balbuceó:

—Perdí.

—No pasa nada, nadie ha perdido. Si acaso los que se hayan quedado sin cenar.

—Pero debo pagar, es lo justo.

—Lucía, no es necesario, no...

Como estaba sentado a su lado en el banco le tenía a su altura y solo tuvo que estirar el cuello para alcanzarle. Agradecida por aquel detalle Lucía se lanzó a su boca dejando sobre sus labios un beso desmañado y torpe que consiguió extinguir las palabras que salían de su boca.

Desorientada por su reacción, Lucía se separó con rapidez y le miró a los ojos con sorpresa. Aquel sencillo y casto beso había activado y desatado un torrente de sensaciones que jamás habría esperado.

Él tragó saliva. Ante sus narices había sucedido un milagro y apenas había tenido tiempo de disfrutarlo.

Pasó un largo minuto en el que los dos se quedaron mirando las estrellas mientras pensaban en alguna justificación que explicase qué había ocurrido. No la encontraron. El beso había sido un simple impulso algo brusco, pero que había despertado un sinfín de emociones. Estas a su vez habían continuado expandiéndose, derribando murallas, activando una secuencia parecida a la de una hilera de fichas de dominó que caen una tras otra con un leve toque.

Lucía fue la primera en reaccionar. Temblorosa se levantó, evitado en todo momento mirarle a la cara, y se dirigió hacia el haz de luz que entraba por la puerta de la cocina.

Sergei fue tras ella sin decir nada. La alcanzó en el interior de la casa y con la punta de sus dedos la tocó, lo justo para detenerla y que se girase a enfrentarle.

Sonrió al verla totalmente confundida, con las mejillas sonrojadas y una expresión boba en el rostro. Su candidez consiguió enternecerle y sintió en los huesos el deseo de

abrazarla.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó ella en un tono de voz tan bajo que el hombre tuvo que intuir sus palabras; apenas fue un murmullo.

—Claro, pero tendrás que ponerte el antifaz.

Lucía lo tomó de sus manos y comenzó a ponérselo; Sergei tuvo que ayudarla. Toda ella era un flan y sus dedos no atinaban a sujetarlo por atrás.

Cuando estuvo preparada la acompañó con amabilidad, dirigiéndola por el pasillo con una mano apoyada en su cintura.

—Te espero aquí, en el pasillo. Cuando estés lista, me avisas.

Ella asintió y al cerrar la puerta, se quitó el antifaz de un tirón y abrió el grifo del lavabo.

Se echó agua fría a la cara, se mojó la nuca y se refrescó. ¿Qué demonios le había pasado? Además de aquella intensa sensación de ahogo, el beso le había traído un sinfín de recuerdos. De forma inconsciente su mente regresó a aquel día, a aquel chico. Solo que hoy no podía excusarse en nada: no había bebido. Su respuesta había sido del todo espontánea, casi por necesidad.

Sergei estaba al otro lado de la puerta. Podía sentir su presencia a través de la gruesa y vieja madera. ¿Qué pensaría él de su absurda reacción? El impulso que le había llevado a besarle era algo que escapaba a todo entendimiento. ¿Agradecimiento? Sí. ¿Síndrome de Estocolmo? Sí y no. Aquel hombre empezaba a atraerla sin razón.

Mareada y confusa, respiró e inspiró despacio para tranquilizarse. Debía de controlarse y no volver a dejarse llevar de esa manera.

«Tienes que serenarte, Lucía. No puedes dejar que esto te afecte así».

Su cuerpo dio una sacudida al escuchar una grave voz amortiguada por el grosor de la puerta.

—Lucía, ¿estás bien?

—Sí, sí. Salgo enseguida.

Se secó la cara y contó hasta diez antes de ponerse el antifaz y salir al pasillo. Cuando lo hizo, a pesar de no ver nada, sintió su presencia. El calor de su cuerpo y su esencia la envolvieron con calidez.

—Estoy algo cansada, ¿te importaría llevarme a mi habitación?

Sergei no contestó, simplemente, le puso la mano entre sus omoplatos para guiarla en el camino.

Lucía le escuchó descorrer los cerrojos y caminó a tientas para entrar en su cuarto, dándose perfecta cuenta de que lo tenía detrás, muy cerca.

Le quitaron el antifaz y parpadeó un par de veces para adaptar sus pupilas a la penumbra de la habitación.

—Antes... —susurró Sergei conteniendo las palabras, intentando elegir las adecuadas—, no tuve tiempo de reaccionar. Dijiste que habías perdido y, aunque yo insistí en que no importaba, te lanzaste sobre mí.

Sergei la tomó de los hombros y la desplazó a trompicones hasta un rincón oscuro.

El corazón de Lucía comenzó a martillar a toda velocidad, se giró para enfrenarle y abrió la boca para protestar, pero fue incapaz de decir nada. Entre sombras vio como una de sus grandes manos estiraba del pasamontañas hasta retirarlo del todo.

No podía verle, apenas había luz en la habitación, pero era capaz de sentir aquellos iris azules clavados en sus pupilas.

—Pero si yo... —acertó a decir, excusándose.

—Tú sí, pero yo no.

Unas grandes manos se ciñeron a su cintura y una voz oscura y ronca que sonó muy cerca susurró:

—Quiero mi premio. ¿Tengo tu permiso? No lo haré, si no lo deseas.

Lucía no dijo nada. Sus labios fueron incapaces de articular algo coherente y de nuevo aquella sensación burbujeante contra la que había luchado hacía tan solo unos instantes al echarse agua en el baño, le recorrió la columna y amenazó con fundir los huesos de sus rodillas.

Se rindió con torpeza, su cerebro no le daba otra opción. Levantó su cara para facilitarle el acceso y se preparó para lo que venía a continuación.

Pero... no pudo hacerlo lo suficiente.

Solo fue un simple beso, aunque Sergei se demoró cuanto pudo para sentir aquellos labios bajo los suyos y se esforzó porque sus bocas encajasen de manera perfecta.

Hubo suavidad, delicadeza... hasta incluso cierta belleza.

Fue un momento precioso.

Cuando él se separó, la mano de Lucía le acarició la mejilla y de forma automática, Sergei se giró para darle un pequeño y tierno beso en las puntas de los dedos.

Agitado, intentó decir algo, pero no supo qué y dando media vuelta, se marchó.

Al cerrarse la puerta, Lucía, sin fuerzas para llegar hasta la cama, se desplomó en el sillón y con los ojos cerrados, intentó revivir de nuevo todo aquello. El anguloso rostro, la piel suave, perfectamente afeitada, su olor, la calidez de aquellos labios, la suavidad con la que se acercó a su boca... Respiró hondo esforzándose por retenerlo todo en su memoria, con seguridad en días sucesivos tendría que agarrarse con fuerza a cualquier momento feliz.

En el pasillo, con la frente apoyada sobre la pared, un hombre curtido en mil y una batallas, un gigante frío y calculador, se sentía deshecho por dentro. A punto estuvo de volver a entrar, rodearla con sus brazos y tras consolarla y asegurarle que nada malo iba a pasarle, sacarla de aquella casa a punta de pistola.

Tragó saliva mientras se retorció las manos.

¿Por qué tenía que suceder de ese modo? ¿Por qué no podía tener una oportunidad real con alguien como ella?

Permaneció durante unos segundos simplemente concentrado en respirar.

No podía ser. Nunca jamás en su vida había abortado una misión. Él era un profesional y siempre terminaba un encargo.

Tras una noche agitada en la que su sueño había sido interrumpido cada pocos minutos al estar plagado de sueños y pesadillas, Lucía despertó temprano. El mismo camastro, las mismas cuatro paredes.

«Qué terrible es que en mitad de una pesadilla encuentres algo de luz. Te aferras a la ilusión como si te fuera en ello la vida».

Sergei.

Sus sueños habían girado en torno a él. Pero, no solo porque la esperanza se había abierto paso —Sergei podía ser la llave de su libertad, aunque ella era consciente que ni sabría ni sería capaz de utilizarle—, sino porque su cuerpo le había traicionado. A pesar de las extrañas circunstancias en las que estaba inmersa, ese beso había activado una parte interna que estaba dormida y le había dejado con la sensación de aspirar a algo inalcanzable. Algo que nunca tendría.

Deseo. Había sentido el deseo. Y habría sucumbido a él sin dudar.

Cerró los ojos de nuevo y apretó los párpados como si con ello pudiera aclarar sus pensamientos.

¿Cómo podía ser tan superficial? ¿Cómo era posible que en la situación en la que se encontraba pudiera pensar y soñar con repetir ese estúpido beso?

Se incorporó y se sentó sobre la cama. Quería creer que un mecanismo de supervivencia se había activado en su cerebro. Que aquella reacción no era otra cosa que negar lo que estaba viviendo.

En un acto reflejo se tocó los labios con la yema de los dedos con mucho cuidado, como si no quisiera borrar la impronta que allí había dejado Sergei.

¿Qué le estaba sucediendo?

Si era sincera consigo misma, se daba cuenta de que a él también le afectaba su presencia. En la oscuridad de su habitación notó cómo titubeaba, temblaba en su abrazo y prolongaba su contacto. Si solo se hubiera tratado de un acto desesperado habría actuado como Yuri y habría cogido lo que realmente quería.

«Piensa, piensa, no seas tonta, puedes tener un as en la manga. Puedes utilizarle».

Negó. Estaba segura de que no iba a poder hacerlo.

Escuchó ruidos en el pasillo y tres golpes en la puerta. Echó mano del antifaz, pero la habitación seguía en penumbra y sus dedos recorrieron el suelo en una búsqueda desesperada. Se puso nerviosa al no encontrarlo y de forma instintiva se tapó la cabeza con la sábana al escuchar los pestillos descorrerse.

Era Sasha, que entraba silbando una tonadilla mientras cargaba la bandeja del desayuno.

—Lo siento, no encontré el antifaz —murmuró Lucía bajo las sábanas.

—No importa. Lucía, tenemos poco tiempo y he de hablar contigo.

Sin miramientos le destapó la cara y se colocó frente a ella.

Sin pasamontañas.

Su pelo rubio lucía desordenado y su boca esbozaba una bonita sonrisa, pero sus ojos la miraban con curiosidad, esperando alguna reacción. Llevaba las gafas puestas y sus ojos se veían diminutos.

Lucía creyó que lo mejor era mostrarse sorprendida.

—¡Eres el hombre del tren!

La sonrisa de él se amplió, aunque duró poco. Se acercó hasta la puerta y miró hacia el extremo del pasillo antes de cerrarla. Comprobó que el intercomunicador estaba apagado y arrastró la silla hasta el borde de la cama.

Su rostro cambió, de repente se puso muy serio.

—No tengo mucho tiempo, Lucía, Sergei no tardará en aparecer, se huele algo y me tiene controlado. No puedo entrar en detalles, solo quiero que sepas que no soy quien aparento y que en realidad, estoy aquí para solucionar este embrollo. No puedo decirte mucho más, lo siento, aunque espero que esto sea lo suficiente para que confíes en mí y que cuando llegue el momento, veas lo que veas, oigas lo que oigas, te quedes a mi lado.

La cara de asombro de Lucía le hizo continuar hablando.

—Saldremos de aquí esta misma tarde camino de la costa para embarcar con destino a la zona de intercambio, en menos de veinticuatro horas todo habrá acabado. Presta atención a esto que voy a decirte: por ahora Sergei nos sirve, hace bien su trabajo y te protegerá de todo y de todos, pero llegado el momento, sígueme. Yo te sacaré de aquí.

Dicho esto, se levantó, le dio un beso tímido en la frente y salió de la habitación dejándola en un mar de dudas.

Si en un primer momento Lucía se había sorprendido y había querido saltar de alegría, ahora la desconfianza volvía a caer sobre ella como una losa. ¿Quién demonios era Sasha? ¿Un policía? Si esto era así las noticias eran estupendas, aquella parecía una fantástica alternativa a su futuro como concubina de aquel árabe, pero su confesión había despertado más incógnitas. ¿Qué había querido decir Sasha cuando habló de Sergei? ¿Pensaba deshacerse de él cuando ya no sirviera a sus planes?

Un escalofrío recorrió su espalda. Con toda seguridad Sergei lo merecía, pero algo en su interior quería pensar que era un hombre honesto. Con ella lo había sido.

Andaría con cuidado. Necesitaba alguna prueba, no iba a confiar en Sasha simplemente porque él se lo había pedido.

No, ya no podía confiar en nadie.

Pasó sola en su cuarto la mayor parte de la mañana y debido al silencio que reinaba a su alrededor, incluso llegó a creer que se habían marchado. A mediodía escuchó acercarse el motor de un camión y minutos más tarde, el caos se hizo dueño de aquel caserón. Amortiguados por el grosor de la puerta escuchó conversaciones airadas, gritos de mujer y golpes. Durante un rato, las voces se agitaron como las turbonadas que recrudescen el viento para caer a continuación en el más absoluto silencio.

Desde la protección de su encierro, Lucía prestó atención. Parecía que había más de una mujer, pero resultaba difícil saber qué estaba pasando ahí fuera. Por el tono y la cadencia de las palabras, el idioma que hablaban no parecía italiano ni inglés ni algún otro que ella pudiera reconocer.

El atronador sonido de un disparo hizo que todo quedase en silencio y que la calma volviera al lugar, pero ese estruendo hizo que la moral de Lucía se fuera minando por momentos y que terminara por quedarse acurrucada en un rincón tapándose la cara con las manos, buscando de algún modo la protección de las paredes y de sus brazos. Estuvo mucho rato en aquella posición, esperando escuchar algo más o, quizá, que se acordasen de su existencia, pero no pasó nada.

La comida llegó más tarde que de costumbre y fue Sasha de nuevo quien le llevó

la bandeja. A través de los orificios del pasamontañas sus ojos se veían perdidos y cansados.

—Hola, Lucía.

—¿Qué está pasando?

—Nada que deba preocuparte. Todo está bajo control.

—He oído un disparo. —El hombre levantó la vista y clavó sus ojos azules en ella. La cara de Lucía mostraba, además de miedo y tensión, cierta ansiedad—. ¿Sergei está bien? —titubeó.

Sasha arqueó una de sus cejas.

—Sí. Él fue quien efectuó el disparo.

Al oír aquello, la preocupación de Lucía dio paso a la sorpresa y sus manos volaron a su boca para tapar un quejido.

—¿Ha... ha muerto alguien? —tartamudeó—. ¿Algún herido?

—No, tranquila. Lo único que hay es un desconchón en el techo. Nadie escuchaba y disparó.

Ella respiró aliviada. «No está herido».

Se sentó a la mesa y la comida le pareció escasa y de aspecto reseco, y cuando la probó supo que no era obra del que hasta el momento se había erigido como su guardaespaldas, aquello estaba insípido y debía de llevar en el plato al menos un par de horas.

¿Qué habría pasado ahí fuera? ¿Seguro que Sergei estaría bien?

Prefirió no preguntarle directamente a Sasha. Había sentido caer su mirada congelada sobre sus hombros cuando se interesó por si estaba herido. Intuía que entre ellos no había buena relación y llevaría mucho cuidado de enfadar al hombre que tenía ante ella y menos ahora, que se ofrecía como su tabla de salvación.

Le sonrió, fue correspondida, y decidió intentar sonsacarle más información de forma sutil.

—Hay más gente en la casa... —dijo con prudencia y en voz baja, dejando la frase a medias a propósito, por ver si él se animaba a terminarla. Sasha no contestó. Su actitud había cambiado, parecía a la defensiva—. Si me dijeras que va a pasar, quizá podría

ayudarte —añadió en un susurro Lucía.

Él se adelantó y se acercó a ella para hablar.

—Cuanto menos sepas, mejor. No tengo muy claro que no vayas a ir contándolo por ahí, parece que has hecho buenas migas con Sergei.

Así que era eso. Su mal humor se debía a que pensaba que ella iba a irle con el cuento al mercenario.

—No es que haya hecho buenas migas con él. Me socorrió con Yuri y le estoy agradecida —protestó Lucía.

—Mejor —murmuró Sasha entre dientes—. No te ilusiones pensando que él va a ayudarte. Debe de cobrar un pastón por hacer lo que hace y no creas que le caes bien o le gustas, cuando llegue el momento no vacilará en entregarte.

Escuchar en la voz de Sasha aquellas palabras no fue agradable. De algún modo ella lo sabía, aunque no quería creerlo. En su interior deseaba que Sergei fuera un hombre honrado y bueno, alguien en quien confiar. Su corazón le decía que podía serlo, mientras que su cerebro le mandaba señales de alerta a cada momento.

Miró a Sasha directamente a los ojos y le preguntó con seriedad:

—¿Cuál es tu plan?

Sasha negó y bajó aún más la voz.

—Todo a su tiempo, Lucía. Todo a su tiempo.

La conversación se vio interrumpida por la entrada de Sergei que, con paso ligero, se dirigió hasta la mesa, apoyó los nudillos, y en italiano le dijo a Sasha:

—Paolo quiere verte.

El hombre se levantó y se dirigió hacia la salida, no sin dar una última ojeada hacía Lucía, para ver su reacción. Ella, consciente de que la observaban, se quedó inmóvil con la mirada fija en su plato mientras esperaba que Sasha abandonase el cuarto.

En el momento en que la puerta se hubo cerrado, el hombre que estaba a su lado dio un paso en su dirección. Puso tan solo un dedo bajo su barbilla y con él empujó su mentón hacia arriba para verle la cara. Sus ojos se encontraron.

—¿Estás bien? —Ella solo pudo asentir, de nuevo aquel azul obraba su embrujo. Su mirada transmitía confianza—. Supongo que habrás escuchado el follón que se ha

montado ahí fuera esta mañana. No debe preocuparte, no va contigo. Al caer la tarde nos iremos de aquí. Quiero que colabores y que me hagas caso en todo lo que te diga, ¿de acuerdo?

Al decir sí su voz sonó como un pequeño silbido. Por un momento pensó que algo en su cara delataría que no pensaba hacerlo. Que ahora apostaba por Sasha.

—No debes tenerme miedo Lucía, yo no voy a hacerte daño —malinterpretó Sergei al ver que ella temblaba.

—¿Vas a entregarme al jeque? —suplicó mientras le aguantaba la mirada. Quería escuchar de sus labios que no iba a hacerlo.

Otra vez esa expresión indescifrable en aquellos ojos de azul profundo que parecían acariciarla.

—Siempre termino mi trabajo —dijo con suavidad.

—¿Y no podemos llegar a un acuerdo? ¿No podrías por una vez no finalizar un encargo?

Sergei sonrió y con aquellos labios perfectos dijo despacio:

—No.

«Y en especial, este es fundamental que lo termine con éxito».

En ese momento ella tragó saliva. Recordó por un instante su loco plan de influir en Sergei seduciéndole. Ese hombre era de piedra, intentar persuadirle no habría servido de nada. Si la oferta de Sasha no hubiera estado sobre la mesa no habría tenido más remedio que arrodillarse a sus pies, su vida estaba en juego, pero así... Se ponía enferma solo por pensarlo.

Horas más tarde, Lucía salía temerosa de su cuarto mientras se aferraba al brazo de Sergei. Esta vez no llevaba antifaz, le habían colocado unas gafas de cristales totalmente opacos cerradas por los laterales, como las que llevan los pacientes operados de cataratas.

Ingenioso. Aunque el sol de la tarde iba cayendo, si alguien les veía no parecería demasiado extraño. Tan solo era una mujer con gafas oscuras.

Estar en el exterior hizo que se sintiera vulnerable y atrevida al mismo tiempo. No podía ver y, aunque se sabía rodeada de hombres armados, aparte de la advertencia para que se comportase como era debido y de aquellas gafas que llevaba sujetas con una goma por debajo de la melena, no había nada más que se interpusiera entre ella y la libertad. ¿Tendría alguna oportunidad?

Escuchó como Sasha insistía en que subiera a su coche y también a Sergei negándose, alegando que Lucía era su responsabilidad hasta la entrega. Ella no tuvo elección. Sergei la llevaba del brazo y no la soltó ni un momento.

Qué inútiles son los humanos corrientes si se les priva de la visión. Lucía intentaba estar pendiente de cualquier ruido a su alrededor para trazar un plan, pero solo consiguió escuchar unos lloros contenidos, con total seguridad de las mujeres que había escuchado gritar horas antes, el resto..., ni siquiera era capaz de imaginar dónde estaba.

El trayecto en coche duró alrededor de una hora y cuando Sergei abrió la puerta del conductor para bajar del vehículo, el olor a sal le indicó que debían de estar muy cerca del mar. Tan solo unos segundos más tarde se abrió la suya y le ofrecieron una mano para guiarla en el exterior. No supo por qué, pero el ligero apretón en sus dedos le dio cierta seguridad. Sergei era tosco y grande, aunque también considerado y, salvo el golpe que le dio contra la puerta cuando intentaba escapar, siempre la tocaba como si fuera a romperse.

Lucía fue consciente del cercano cuerpo que la rodeaba por detrás y de cómo los dedos de una mano se posaban suaves sobre su cintura para guiarla al caminar. Qué insensatez. En mitad de todo aquello, ese leve contacto sobre su ropa hizo que su cerebro recreara un beso robado en la oscuridad.

Negó y se obligó a centrarse en lo que ocurría a su alrededor.

Madera. El suelo era de madera. Sus bailarinas apenas hacían ruido, pero las pisadas de las botas de militar de su acompañante sonaban huecas. Caminaban por un pantalán.

Tal y como le había explicado Sasha estaban a punto de subir a un barco.

En el momento en que se cerró tras ella la puerta del camarote, le quitaron aquellas gafas oscuras desde atrás.

—El barco no es muy grande, pero aquí estarás bien —le comunicó Sergei con voz profesional—. La travesía durará unas veinte horas y cuando lleguemos tendremos que esperar hasta que empiece a caer la noche para desembarcar. La puerta no tiene pestillo por fuera, pero yo que tú no saldría de aquí. No irías muy lejos y podrías encontrarte en mitad de algo no muy agradable.

Lucía se giró despacio y dio un pequeño respingo al verle tan cerca. La habitación era pequeña, pero aún lo parecía más con él en su interior. Cuando se ponía en plan mercenario, su presencia intimidaba.

Ella dio un pequeño paso atrás, hasta dar con la pared y le miró a la cara. Se le veía serio, pensativo.

Un incómodo silencio cayó sobre ellos como el telón de un teatro y, nerviosa, Lucía se propuso romperlo con lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Siempre vistes de negro?

Él fue consciente del nerviosismo en su voz e intentó bromear para reducir la distancia que les separaba.

—¿No me favorece?

Ella respiró con alivio, después de todo el hombre de piedra no parecía estar enfadado.

—Si pudiera ver tu cara te diría si te queda bien o no.

Unos gritos en el pasillo interrumpieron ese inicio de conversación. Sergei la empujó con suavidad para sentarla en el camastro mientras que con el índice de la mano derecha le indicaba que guardase silencio. De forma sorprendentemente ágil para lo grande y pesado que aparentaba ser aquel cuerpo, se evaporó en segundos saliendo a toda velocidad del camarote.

Se sucedieron los golpes y ella escuchó su vozarrón por encima del resto. Un duro golpe en su puerta, le hizo saltar de su asiento y aferrar sus manos al borde del colchón. Si se hubiera abierto hacía adentro seguro que ahora tendría una pelea a sus pies.

Lucia no entendía el idioma, pero aquello no eran palabras de amor.

En pocos minutos, tal y como llegó el caos, todo se tranquilizó, aunque ella aún

tardó un rato en quitar los ojos de la puerta de entrada, de algún modo esperaba que se abriera y que entrara un ejército de demonios.

Cuando consiguió calmarse echó un vistazo a su alrededor, aunque no había mucho que ver: camastro, mesilla y una pieza tapizada para dejar algunas cosas. No había espacio para nada más.

De repente se sintió extrañamente agotada y celebró que Sergei la hubiera dejado sentada sobre el colchón. Si hubiese estado de pie se habría precipitado hacia el suelo; no tenía fuerzas para nada. Con desgana dobló la cabeza a ambos lados en un intento de destensar los músculos del cuello y al abrir sus manos para soltarse del borde del camastro, rozó un pequeño bulto que estaba a su lado. Al mirarlo su boca se torció en una sonrisa amarga; Sergei, siempre atento a sus necesidades, había dejado sobre la cama una bolsa de papel con un bocadillo y una pequeña botella de agua.

No tenía hambre, pero sí mucha sed.

A eso de las dos de la madrugada Lucía escuchó tres suaves golpes en la puerta que le indicaban que debía de ponerse el antifaz. No lo cogió, se hizo la dormida y esperó.

La puerta se entreabrió un poco y la figura de un hombre se dibujó en la penumbra. No encendió la luz, se deslizó sigiloso en el interior, cerró tras entrar y se aproximó a la cama.

Ella se puso en guardia.

—¿Lucía? ¿Estás despierta? —preguntó el visitante en voz baja.

Respiró tranquila al reconocerle y remoloneó como si su llamada le estuviera sacando del sueño. Se frotó los ojos y preguntó:

—¿Qué pasa?

Sergei sonó preocupado cuando en un susurro preguntó:

—Quería saber si estabas bien o necesitabas algo.

Allí le tenía, acucillado a un palmo de la cama y aún en la penumbra distinguió que iba al descubierto, sin aquel pasamontañas negro que siempre cubría su cara.

Solo tenía que alargar el brazo y encender la luz.

¿Y qué? ¿Qué iba a conseguir con aquello? Solo podía empeorar algo que ya

estaba bastante mal. A menos que el plan de Sasha saliese bien no volvería a ver a sus padres ni a su hermana. La llevarían ante un hombre horrible que la violaría hasta cansarse para después tirarla por un acantilado o algo peor.

Las lágrimas volvieron a sus ojos y con voz temblorosa contestó:

—Sí, estoy bien.

Unos cálidos dedos rozaron su mejilla y el peso de un cuerpo se instaló en el borde del colchón.

—No, no estás bien.

—¿Y cómo quieres que esté? ¿Eh? ¿Cómo quieres que esté? —preguntó llorando con rabia.

Lucía se extrañó al recibir en respuesta un cálido abrazo y si en un primer momento no correspondió el gesto, tras un breve instante se derrumbó y se acurrucó contra él apoyando la mejilla contra su pecho y aferrándose a su camiseta con las dos manos, como un niño asustado haría con su madre.

Sergei estaba asombrado por su reacción, mostrar preocupación de esa forma no era demasiado profesional, pero necesitaba que Lucía confiara en él. Sabía que no lo tenía nada fácil debido al papel que a él le había tocado representar en esta historia, pero desde que la vio bajar de aquella furgoneta, su intención siempre fue que ella pasara por esta experiencia con el menor daño posible. Probablemente, Lucía ni se habría dado cuenta de lo poco ortodoxo que había sido el secuestro o, al menos, su actitud. Pero la realidad era que él había arriesgado mucho procurando que comiera bien, que su habitación estuviera siempre limpia, que tuviera libros y revistas... Le pesaba no haber podido charlar más con ella y distraerla, pero eso habría levantado demasiadas sospechas.

Respiró junto a su pelo y se quedó extasiado. Olía al jabón de almendras y miel de la ducha y a algo más, dulce y embriagador. Sintió que su cuerpo se tensaba y obligó a sus manos a quedarse quietas donde estaban.

Tragó saliva. Quizá era el momento de marcharse, si se quedaba a su lado iba a tentarle besarla otra vez. Pero, como si hubiera adivinado sus intenciones, Lucía se apretó más contra él.

—No me dejes aquí sola —imploró contra su pecho—, por favor, no te vayas.

—Lucía, no puedo quedarme —negó Sergei, aunque la idea de hacerlo le resultaba muy tentadora.

—¡Por favor! —Él intentó levantarse y ella se aferró más fuerte.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! No iré a ninguna parte, tranquilízate. Déjame pasar al fondo.

Ella le hizo sitio y con agilidad —y sin rozarla—, Sergei superó el volumen de su cuerpo para tumbarse junto a la pared. Lo estrecho de aquel camastro unido a su peso hizo que el colchón se desnivelara lo justo para que ella rodase y se quedase pegada a su pecho, aunque en ese momento, satisfecha por haber conseguido su propósito, Lucía no le dio importancia. Al contrario, se acurrucó y le buscó para apoyar su cara.

Sergei respiró hondo. Le esperaba una noche muy larga.

La tenía tan cerca que podía sentir los acelerados latidos de su corazón. ¿O eran los suyos? Respiró hondo y sopesó la cadencia. Difícil saberlo con certeza. Él se consideraba un atleta —tenía un ritmo cardíaco bajo incluso después de hacer ejercicio—, pero en aquel momento notaba como sus pulsaciones también estaban a mil por hora.

A cada minuto que transcurría, Sergei iba siendo más y más consciente de cómo se agravaba la sobreexcitación de sus sentidos. Aunque, también se daba cuenta de que aquello no le ocurría solo por la proximidad y el calor que desprendía aquel cuerpo, sino también porque su cerebro se empeñaba en imaginar cómo sería de suave su piel, en el dulce sabor que tendrían sus besos y en cómo se escucharían sus quejidos de placer. Tragó saliva y empezó a tararear una tonadilla en su mente. Tendría que echar mano de cualquier cosa que estuviera a su alcance para no pensar que la tenía a su lado. Aquello era el cielo y el infierno a la vez. Y sí, en un primer momento había deseado marcharse, pero ahora no cambiaría la incomodidad de aquel camastro por nada.

Cerró los ojos y con la precaución de no dejar caer su brazo a peso muerto —lo último que deseaba era que ella se sintiera atrapada— la rodeó y comenzó a acariciar rítmicamente su espalda. Y a pesar de esa posición incómoda, sus dedos se deslizaron arriba y abajo con ternura, buscando solo proporcionarle calma.

Poco a poco, Lucía se fue tranquilizando. A fuerza de respirar despacio se le fue deshaciendo el nudo que le oprimía la garganta. Entre aquellos brazos se encontraba protegida, eran una coraza que mantenía fuera todo lo malo.

Suspiró.

Estar con Sergei no le convenía en absoluto —él haría su trabajo, para eso le habían contratado—, pero quizá por unas horas, hasta que la oportunidad que le había

puesto Sasha delante de sus narices se hiciera realidad, podría fingir que el mundo era perfecto, que todo iba bien. Lo que no podía era derrumbarse como le había sucedido momentos antes. Si se hundía tendría muy pocas probabilidades de salir ilesa, y no, eso sí que no.

Lucía se movió para acomodarse y, al girarse y rozarle, tomó consciencia del hombre que estaba recostado a su lado. Era alto, grande y fuerte, peligroso, intimidante..., aunque también sabía mostrarse tierno y delicado; se lo había demostrado. ¿De verdad estaba a gusto con él? Cerró los ojos y se imaginó únicamente vestida con sus brazos, con aquellas grandes y toscas manos acariciando su piel, tocándola por todas partes. La sensación fue tan real que de su boca salió un quejido y su cuerpo dio una ligera sacudida. Él reaccionó y creyendo que ella estaba aún desconsolada, murmuró suaves palabras en su idioma natal mientras acariciaba su cabeza para calmarla.

De primeras, pedirle a Sergei que se metiera con ella en la cama no había sido un impulso sexual sino más bien la necesidad de sentirse protegida, pero, en ese momento, Lucía ya no lo tenía tan claro. Aunque su cerebro aún luchase por no dejarle el mando a la necesidad, poco a poco se iba ahogando en pretextos. La puerta del deseo estaba abierta y cada vez los obstáculos para satisfacerlo eran más pequeños.

Cerró los puños y apretó, clavándose las uñas en las palmas de las manos con miedo de que sus manos tomaran vida propia y se lanzaran a tocarle. Respiró hondo intentado calmar el malestar que comenzaba a invadir su cuerpo y fue mucho peor; le llegó su olor.

Qué bien olía el jodido. Olía a limpio y a tío a la vez. Aún podían percibirse notas de aroma de la colonia que se habría puesto aquella mañana después de ducharse.

Su imaginativo cerebro se empeñó en pensar cómo se vería libre de ropa. ¿Tendría vello en el pecho? No le había visto más que las manos, así que no podía saberlo. Sus pestañas eran muy rubias y, aunque largas, casi ni se le veían. Todo eso sumado a la tez clara y su procedencia, le hizo concluir que debía de ser rubio con la piel tersa y suave como la de un bebé.

No quería seguir con esa línea de pensamientos, pero Sergei estaba demasiado cerca, demasiado presente, y no pudo evitarlo. A continuación, se preguntó cómo sería besando mientras hacía el amor. ¿Fogoso? ¿Dulce? ¿Juguetón? Sus labios desde luego eran muy suaves.

Empezó a sentir como una ola de calor subía por su estómago. ¿Cómo habría

interpretado él que ella le rogase que no se fuera? ¿Estaría esperando que fuera la primera en lanzarse? Tragó saliva. ¿Qué se suponía que debía de hacer? Le deseaba, no iba a mentirse a sí misma, pero ¿de verdad quería estar con la persona que la había secuestrado? El hombre que la había separado de sus familiares, de sus amigos, de su vida...

Durante un instante Lucía dejó de respirar para cerciorarse de si Sergei se habría dormido y él, al notar que ella contenía el aire, preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí —respondió con brevedad.

Tras ese intercambio de palabras, de nuevo el silencio envuelto en oscuridad se desplegó por todos los rincones mientras cada uno se preguntaba qué hacía allí y por qué no se atrevía a dar el siguiente paso.

—Sergei... —Lucía fue la primera en reaccionar, aunque en el último momento se arrepintió e improvisó con lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Por qué llevas una alianza en el dedo meñique?

Una voz algo ronca le contestó:

—Era de mi madre. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de ella y ese es el único dedo en el que me cabe.

—Lo siento. No debí preguntar.

—No pasa nada. Ella murió cuando yo era muy pequeño, apenas la recuerdo, mi padre volvió a casarse y mi segunda madre me quiso como si fuera suyo. Mi infancia fue muy feliz. Dime, Lucía, ¿Ya te sientes mejor? ¿Estás un poco más tranquila?

La mente de Lucía iba por otros derroteros.

¿Infancia feliz? Y ¿cómo demonios la vida se le había trastocado tanto como para haberse convertido en un hombre corrompido?

Levantó la vista y la fijó donde Sergei tenía su cara. Solo vio un bulto que expectante esperaba su respuesta.

—¡No! ¡Bueno, sí!

—¿En qué quedamos?

Lucía no se paró a pensar demasiado, si lo hubiera hecho habría contestado cualquier otra cosa.

—Tenerte tan cerca no ayuda mucho.

—A estas alturas, creo que ya deberías de saber que no voy a aprovecharme de ti.

—No me refería a eso.

—¿Entonces?

—Nada.

Se habían acercado para hablar en voz baja de forma que el aliento de sus palabras, de uno para el otro, era ahora muy real.

Lucía se dejó llevar. Su cerebro desconectó y las necesidades de su cuerpo se hicieron dueñas de su voluntad. Casi sin darse cuenta depositó un suave beso en la boca de Sergei que, sorprendido, se quedó muy quieto y no respondió. Al no ver la reacción de su rostro, ella reculó y entre murmullos pidió unas disculpas torpes y avergonzadas.

—Lucía... no. No te alejes.

Una mano enorme la detuvo sujetándola por la nuca y unos labios, que empezaron siendo delicados, se recrearon en comerse su boca hasta que ella creyó que iba a enloquecer. Cuando intuyó que iba a terminar el beso, Lucía se aferró a su cintura para no dejar que se apartara. Le deseaba, lo deseaba. Le tenía ahí frente a ella y necesitaba sus caricias como quien necesita respirar.

Sergei se separó de su boca lo justo para pronunciar bajito su nombre y en seguida, buscó su cuello para recorrerlo con pequeños besos que fueron dejando un rastro de calor y agitación en su camino. Cuando llegó a la clavícula la caricia aquellos labios se extinguió con un último roce lleno de promesas.

La respiración de Lucía comenzaba a entrecortarse y le resultó muy difícil hablar.

—Esto una locura, ojalá no estuviera pasando.

Esa frase fue como un puñetazo.

—Me iré sí así lo prefieres —susurró Sergei cabizbajo comenzando a soltarla e incorporarse.

Ella impidió que se levantara.

—No me refería a eso, lo siento, no me he expresado con claridad. Quería decir que ojalá no fueses... quien eres. Habría sido increíble conocerte en otras circunstancias y que, en vez de en un barco camino de Dios sabe dónde, estuviéramos en cualquier otro

sitio.

Esta vez el silencio fue opresivo, asfixiante, tan solo se les escuchaba respirar. Sergei fue el primero en romper la fina capa de hielo que se estaba formando entre los dos.

—Te propongo una cosa. No has visto mi rostro, así que no te costará ponerme otra cara. Esta noche no estás secuestrada ni estamos en un barco. Lucía, no seré Sergei, sino quien tú fantasees. Puedo ser un actor famoso o tu vecino. Quien tú quieras. Incluso puedo ser el chico del que me hablaste, el de la mirada limpia y azul.

¿Haría en serio? Su voz sonaba tan baja que apenas le encontraba entonación.

—¿Él?

—Sí, él. —Antes de arrepentirse de lo que iba a decir continuó hablando—: Incluso puedes llamarme de otro modo. Dijiste que parecía ruso, ¿te dijo su nombre?

Lucía contestó por inercia.

—Sí, me lo repitió varias veces, pero la música estaba muy alta y yo no le entendí.

—Está bien, entonces elige: Mihail, Oleg, Vladimir, Nikolái...

Ella no salía de su asombro, pero aun así se decidió.

—Me gusta Alexander. Le queda bien.

Lucía no pudo ver la cara de resignación que puso Sergei al escuchar el nombre de Sasha. Ella había elegido el nombre completo en lugar del diminutivo, pero ¿importaba? Sasha, Alexander, Alexander, Sasha... Para él era lo mismo. Pero no podía permitirse el lujo de objetar nada; era aquello o nada, y no renunciaría a unas horas juntos a pesar de que ella estuviera pensando en otro.

—De acuerdo, seré Alexander. Piensa que os tomasteis esa copa y os marchasteis del club.

—Él no hablaba nada de español o al menos, eso me pareció.

—Yo tampoco lo haré.

A ella le temblaron los labios de deseo cuando preguntó:

—¿Y cómo nos entenderemos?

—Algunas cosas son universales, Lucía.

Ella no respondió, no pudo. El tono de aquellas palabras desconectó su cerebro e

hizo que su cuerpo tomase el mando. Solo era consciente fue de que algo en su interior ardía y lo único que podía apagarlo estaba al alcance de sus dedos. Nada más tenía que estirar y brazo y tomarlo.

Él no sabía qué pensar, el hecho de que las fantasías de Lucía fuesen para otro le dejó un sabor agridulce, pero tendría que conformarse si quería tenerla entre sus brazos. Sí, solo por eso merecería la pena. Abrazarla, acariciarla, besarla... todo aquello era una recompensa mayor de lo que habría podido soñar. Lo haría, aunque ella creyera estar con otro.

Lucía, que ya había perdido la batalla con su yo racional, se lanzó de forma un tanto torpe a cumplir sus fantasías. Con curiosidad llevó la mano por debajo de la camiseta de Sergei hasta llegar a su pecho y trazó con sus dedos las formas de su pectoral.

Acariciándolo.

Ese gesto se tradujo en un torrente de palabras en ruso que sonaron a blasfemia. Sergei volvió a sujetarla por la nuca para acercarla a su boca, mientras que con la otra mano bajó despacio por la sinuosa superficie de su columna hasta llegar a las nalgas. Con una leve presión, la empujó contra sus caderas y sus cuerpos se soldaron durante unos instantes en un abrazo asfixiante. Y sí por un momento Sergei creyó que ella se lo pensaría y terminaría por rechazarle, no hubo ningún gesto en esa dirección. Al contrario, al notar lo excitado que estaba, Lucía se movió frotándose contra él como si no pudiera luchar contra la necesidad de colocar aquel bulto entre sus piernas.

A pesar de la ropa, ese asalto se sintió tan íntimo que les dejó sin palabras y les obligó a frenar para recuperar el aliento, pero esa parada solo fue para tomar impulso, la mecha estaba encendida y la pólvora amenazaba con estallar. Una caricia en la mejilla, un beso tímido, unos nombres susurrados en mitad de la noche mientras sus corazones latían acelerados y de nuevo sus manos se lanzaron a la desesperada por descubrir la piel del otro.

Aprovechando que Lucía se echó hacia atrás para tomar aire, la boca de Sergei capturó un pezón sobre la fina tela de la camiseta haciendo que el cuerpo femenino vibrase como cuando se golpea un diapasón. Aquella boca cálida y húmeda la derrotó por completo con ese único contacto. Esos labios, esos dientes mordisqueando con suavidad, la hicieron flaquear hasta tal punto que tuvo que recostarse sobre el camastro y dejarse llevar. Estaba vencida. Sergei había ganado aquella mano.

Necesitó tocarle. Un súbito hormigueo que creció en su espalda y se propagó por

sus brazos hasta la punta de los dedos hizo que sus manos tironearan de la camiseta hacía arriba y que Sergei, de mala gana, tuviera que separarse lo suficiente para poder sacársela por la cabeza.

Cómo le gustaría verle. Bajo sus dedos se sentía perfecto. Su febril imaginación no se había equivocado, aquel cuerpo había sido tallado con martillo y escoplo. La piel era suave y cálida y sus músculos duros y definidos como los de una estatua de piedra.

Sergei se sentó y a fuerza de brazos, la subió sobre sus piernas como si montara a horcajadas. Y cómo ella había hecho segundos antes con él, la liberó de la prenda que cubría sus senos.

Lucía.

Piel fina y sensible, delicada y receptiva al tacto. En trance Sergei acarició con un solo dedo el suave contorno de sus pechos y a continuación los abarcó con sus manos, los besó elevándolos y metió entre ellos su nariz sin dejar de lamer y mordisquear.

—Alex...

La contestación en ruso la dejó descolocada y durante unos instantes se detuvo confundida. Sergei debió sentir la necesidad de aclararlo porque en un gruñido bajo murmuró:

—Sigue hablando. Me gusta la ronquera que se escucha en tu voz.

—Alex, Alex, Alex...

Sergei apretó los dientes. Mierda, Lucía se entrega a él mientras invocaba el recuerdo de otro. Tragó saliva, al menos sus caricias y gemidos eran suyos.

Volvió a levantarla a pulso, esta vez para colocarla de pie en el suelo y quitarle así los pantalones. Los bajó despacio dejando un reguero de besos en cada nueva porción de piel que descubría, haciendo que Lucía cerrase los ojos y desease con fuerza que se apresurase en terminar.

Cuando por fin lo hizo, ella volvió a sentarse sobre sus muslos y entonces fue muy consciente del estado de excitación de Sergei.

Era grande. Vaya sí lo era. Grueso, ancho y duro.

Y quiso sentir como se zambullía en su interior.

Un tanto frustrada porque él todavía llevaba los pantalones, se frotó arriba y abajo contra su sexo, lo que arrancó un largo y profundo gruñido y algo que sonó a obscenidad.

Una mano grande y caliente se instaló sobre la goma de sus braguitas pidiendo permiso para curiosear, pero Lucía puso la suya encima y la empujó hasta llevarla entre sus piernas colocándola sobre su sexo por encima de la tela. Una vez allí se ayudó de sus dedos para que él frotase y el tejido se impregnara completamente de su humedad.

—Te quiero dentro.

Sergei se separó y sus movimientos fueron un tanto vacilantes.

—¿Dónde vas? —La respuesta le sonó a chino. A ruso, más bien—. Sergei, ¿dónde vas? —insistió por segunda vez llamándole ahora por su nombre.

Él se levantó con agilidad y salió del camarote, dejando la puerta entreabierta con las prisas. Lucía, frustrada, se tumbó de espaldas, con una desazón que recorría su bajo vientre desgarrándola por dentro.

No llevaba sola ni un minuto cuando Sergei regresó y entró cerrando sin hacer ruido la puerta a su espalda.

—Te has ido, Alex. Has sido un niño malo.

Al menos cuatro precintos de condones cayeron sobre su pecho antes de que el peso de Sergei volviera a instalarse sobre el colchón.

La sorpresa de Lucía creció de forma exponencial.

Él capturó su mano y entrelazando con ella sus dedos, la llevó hasta su miembro, que todavía encerrado en sus pantalones estaba a punto de estallar. Su voz, al susurrarle en su lengua natal, la arrulló con suavidad. Lucía no tenía ni idea de qué le estaba diciendo, pero intuyó que le estaba dando un avance de lo que iba a ocurrir y eso hizo que su estado de agitación aumentase unos cuantos grados. Se contuvo como pudo, aunque al final no pudo evitar que un leve gemido se escapase de sus labios.

—No me tortures más.

Con prisas Sergei se levantó para quitarse los pantalones y, a tientas, agarró uno de los envases y se lo llevó a la boca para desgarrarlo con los dientes. Ayudándose de las manos de Lucía, se lo colocó y lo fue desenrollando, atento a cualquier gesto de ella. Él también deseaba entrar en su cuerpo y sentirla alrededor; cálida, apretada y decidida, pero estaba dispuesto a renunciar si observaba el más mínimo rechazo.

La quería convencida.

Con delicadeza separó sus rodillas, la sujetó por las piernas y tiró levemente de

sus corvas para arrastrarla por el colchón y acercarla a él, pero se detuvo unos segundos mientras le acariciaba la mejilla.

Ella se quejó:

—No soy de cristal, no te detengas.

Y a pesar de que tiró de él clavándole las uñas en las nalgas para que cumpliera sus deseos, Sergei fue despacio, muy despacio, disfrutando del húmedo abrazo de su sexo a cada centímetro conquistado.

Empezaron con un ritmo suave, un tanto tierno, como el de dos bailarines principiantes que se miran sonrojados y tienen miedo de pisarse. Pero, cuando ella pidió más, él no pudo negarse y arreció en sus embates transformando aquella falsa timidez en determinación.

Lucía no se retrajo —quizá era la última vez en su vida que podría decidir con quién acostarse—, y le agarró, protestó y se desesperó mientras luchaba por conseguir el mejor de los recuerdos. Sin embargo, a pesar de esas protestas, los agarrones y su desesperación, Sergei prolongó el momento tanto como fue capaz. Y lo hizo por puro egoísmo, porque deseaba que aquella noche durase todo el tiempo del mundo. Aunque no lo logró del todo, no pudo librarse de la sensación de que los minutos se le escurrían entre los dedos. En la penumbra la imaginó con la boca entreabierta, los ojos cerrados, el pelo esparcido por la almohada, el pecho subiendo y bajando atolondrado... Aquello era perfecto, no podía acabar.

Pero acabó.

Y lejos de huir, que fue su primer pensamiento, giró sobre sí mismo como pudo para ser él quien diese con su espalda sobre el colchón y que ella se acomodara encima. Se quitó el condón con una mano y lo dejó en el suelo. La cubrió bien con la colcha, la arrulló para que se acurrucase entre sus brazos y se durmieron los dos.

Un par de horas más tarde despertó sobresaltado.

Seguía en aquel claustrofóbico camarote enredado entre las piernas de Lucía. Respiró profundamente y sintió el peso de ella sobre su pecho. Eso le hizo sonreír. La sensación era indescriptible.

De primeras se sintió afortunado —Lucía estaba a su lado y confiaba en él—, pero cuando fue consciente de cómo las olas mecían el barco, tuvo una bofetada de realidad y

se sintió miserable.

¿Y ahora qué?

Tendría que haber sido más listo y cortado de raíz todo contacto, pero en cuanto vio aquellos ojos verdes se sintió perdido y fue incapaz de negarle consuelo y cariño. ¿Cómo podía rechazarla? ¿Cómo iba a abandonarla mientras ella esperaba que se le abrieran las puertas del infierno?

No estaba preparado para algo así.

Cuando le pasaron los datos de la misión nunca imaginó que fuese a resultar complicado. Ir a la casa de campo que habían alquilado en las inmediaciones de Nápoles, esperar a que trajeran a la chica, controlar que la banda de Paolo la tratase con cuidado y aguardar a que llegase el barco que les llevaría a Malta para la entrega.

Pan comido.

Pues no. Tenía que encontrarse cara a cara con ella. Con una mujer que hizo temblar sus cimientos tan solo con un beso inocente. Se sentía tentado a abortar la misión, mandarlo todo al carajo y largarse con ella lejos, muy lejos.

Lucía aparentaba estar dormida porque su respiración sonaba acompasada contra su pecho, por lo que se sorprendió al escuchar una voz suave susurrar contra su piel.

—Me gustaría ir al baño.

Sergei sonrió. Estaba tan absorto a su lado que incluso había olvidado sus necesidades mínimas.

—Vamos, es justo la puerta de al lado.

Lucía se incorporó para dejar que se levantara y él echó mano de los pantalones. Se los puso con celeridad y asomó la cabeza al pasillo.

Nada. Nadie. Solo oscuridad.

Cuando se giró para tomar la mano de Lucía, el esbozo de su silueta a contraluz le hizo ver que se había puesto su camiseta. Como le gustaría verla con claridad, debía de estar preciosa.

—¿No me pones el antifaz?

—El hombre que está de guardia se encuentra en cubierta y el baño está en la puerta contigua, solo tendremos que salir y entrar. Vamos.

Sergei tenía razón, además de estar oscuro como una ratonera, no había nadie en aquel pasillo. Fue salir del camarote e imaginar que caminaba por un barco deshabitado.

—No enciendas la luz, podrían vernos —susurró él en voz baja—. La luna se cuele por el ojo de buey y no te hará falta.

Le dio un beso en los labios antes de entornar la puerta y la esperó fuera controlando cualquier mínimo ruido.

Nada. Todo continuaba tranquilo.

Al volver al camarote, Sergei le quitó la camiseta, se tumbó de nuevo y le pidió que se colocara sobre él, igual que habían despertado. Le había gustado la sensación y quería volver a tenerla así.

—¿Por qué no me dejas ver tu cara? A estas alturas, ¿crees que no te reconocería si te viera sin el pasamontañas? —Sergei no contestó, solo le tomó la mano para besarle la palma—. Seguramente tienes la cara deformada por cicatrices y crees que no me gustarás —insistió ella en un intento de picarle para que reaccionase y encendiera la luz.

Sergei permaneció callado. Que ella sintiera curiosidad le daba cierta esperanza.

A punto estuvo de estirar el brazo hasta la lámpara de la mesilla, pero, fue pensar en lo que estaban a punto de vivir en las próximas horas y se limitó a colocarle las manos sobre sus mejillas para que pudiera explorar con libertad.

Ya llegaría el momento. Si es que llegaba.

Lucía contuvo un gemido. Durante la noche en ningún momento se había atrevido a tocarle la cara. Sus manos lo habían deseado, pero por algún motivo su cerebro las había detenido siempre a tiempo. Ahora era distinto: tenía su permiso. Aun así, no las movió.

—Adelante, Lucía. Dime qué vas descubriendo.

Con la palma le acarició el contorno de la mandíbula. Detectó una barba incipiente que, aunque no era muy dura, comenzaba a raspar. Su rostro era anguloso, de pómulos altos, pero solo con el tacto no podía averiguar mucho más.

Como se quedó quieta, Sergei capturó su dedo índice y se lo acercó hasta su ceja derecha, haciendo que la yema recorriera despacio el filo de la cavidad orbitaria. A la mitad, donde ella pudo advertir un pequeño escalón, se detuvo.

—Ahí tengo una pequeña cicatriz, por lo demás mi cara está libre de marcas.

Ese gesto animó a Lucía que acabó por recorrer su frente y meter los dedos entre

su cabello. Se sorprendió al notarlo más largo de lo que esperaba.

—Pensé que lo llevarías muy corto, casi a cepillo.

Sergei rio abiertamente.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque tienes pinta de ser un exmilitar y, no sé, te imaginaba casi rapado.

Lucía fue izada en brazos y sentada sobre el colchón. Él se colocó de rodillas frente a ella.

—¿Por qué piensas que he estado en el ejército?

—El hermano de mi padre es militar y cuando está de pie, sin darse cuenta, adopta la misma postura que tú.

No vio su expresión, pero Sergei sonreía. Su chica siempre estaba atenta, siempre observando.

Tras el escrutinio del rostro, los dedos de Lucía empezaron a tomarse libertades y vagabundearon por el cincelado estómago de Sergei, delineando los contornos de sus abdominales. En su camino encontraron un pequeño fallo en la piel y se detuvieron para inspeccionarlo con detenimiento.

—¿Qué es esto?

—Una cicatriz.

—¿Redonda?

—Es una herida de bala.

Sintió como el humor del hombre se cerraba. Retiró los dedos a toda prisa y se puso nerviosa por encontrar un tema de conversación alternativo porque a todas luces «ese» no era bienvenido.

Él buscó su mano y volvió a colocarla sobre la herida.

—Fue hace dos años y es el recuerdo de mi última misión para el ejército ruso.

—Así que yo estaba en lo cierto, fuiste militar.

—Lo fui.

Lucía se moría de ganas por preguntar pero no lo hizo, y no porque él le hubiera advertido en muchas ocasiones que no lo hiciera, sino porque intuía que había sido

doloroso. Contra todo pronóstico —no esperaba que Sergei compartiese nada de su vida personal—, se sorprendió al escuchar su voz.

—Estábamos en una misión en Afganistán y lo que de primeras nos pareció a todos algo simple, se convirtió en una encerrona. Nos emboscaron. Nuestros mandos lo sabían y aun así nos metieron allí. Murieron dos hombres de mi unidad y un buen número de civiles, entre los que había varios niños. Me costó asimilarlo, aunque lo conseguí, pero cada vez me hacía más preguntas a mí mismo sobre el papel que estaba desempeñando, sobre las órdenes sin sentido y la actitud de mis superiores y lo dejé.

Que Lucía no preguntase nada y tan solo le abrazase fue conmovedor. Él no añadió nada más, se limitó a perderse entre sus brazos y respirar en paz el aroma de su pelo y su piel.

—Alexander, ¿y si yo te contratase?

—¿Me has llamado Alexander? —preguntó sorprendido Sergei—. ¿Y eso por qué?

—Bueno —Lucía se mordió el labio—, me pediste que repitiera el nombre de Alex con tanto ahínco que pensé... —Carraspeó—. Supe que te llamas Alexander, pero no te preocupes, no diré nada.

—¿Empleas tácticas psicológicas conmigo? Te advierto que estoy familiarizado con ellas. —Con el índice toco con cariño la punta de su nariz antes de añadir—. Deberías dejar pasar esos detalles, a veces no es bueno ser tan observadora.

Ella frunció el ceño. Se desviaban de su objetivo.

—No me has contestado. ¿Y si te contrato? Eres un mercenario independiente, ¿no?

—Suelta la locura que se te ha ocurrido ahora, te escucho.

—Pues eso, yo te contrato para que me saques de aquí.

—Lucía, nunca empiezo un trabajo hasta que he terminado el anterior.

—Entonces, ¿llegarás hasta el final?

—¿Lo dudabas?

Lucía se tomó un minuto para contestar, aunque sabía la respuesta de sobra. Su «no» sonó tan bajito que pensó que solo ella lo habría escuchado.

—¡Ven aquí! Deja que te bese —dijo Sergei atrayéndola hacia sí los pocos centímetros que se habían separado para hablar—. Yo también necesito sentirme vivo y normal.

Lucía despertó con un cansancio gratificante.

Sus huesos se sentían como gelatina recién hecha y tenía agujetas en partes de su anatomía de las que desconocía su existencia. Sin embargo, mientras que su cuerpo estaba laxo y relajado, la tirantez de los músculos faciales forzaba su cara a una involuntaria sonrisa.

En sus sueños siempre había deseado algo como aquello. Sentir esa fuerza, esa pasión, ese dejarse llevar hasta perderse. Lástima que hubiera sido en aquellas circunstancias.

Ahora tenía dos opciones: podía mortificarse por haberse acostado con un hombre que no tenía un sentido de la decencia y la moral como la gente normal o bien quedarse con los aspectos buenos de su encuentro: sexo alucinante con un hombre impresionante.

Se excusó pensando que había sido un momento de debilidad.

Sí «eso» había sido.

Y había disfrutado con ello, sin dudarlo, pero debía de convencerse de que solo había aprovechado una oportunidad. Tenía que evitar darle vueltas o se volvería loca.

Respiró despacio para calmarse. Estaría muy atenta a los planes de Sasha, estaba claro que cualquier cosa que él tuviera que ofrecerle sería mejor que el futuro que tenía a la vuelta de la esquina.

Se sentó sobre el colchón y suspiró. Lo único que deseaba ahora es que todo saliese bien y que nadie acabara herido.

Miró hacia el hueco que había entre ella y la pared. Sergei no estaba. Y en el fondo había sido un alivio no encontrarle allí. Lo que había pasado entre los dos se había sentido tan intenso y a la vez tan íntimo, que ahora no podía frenar las conjeturas que construía su cerebro sobre qué pasaría cuando le mirase de nuevo a los ojos. ¿Sentiría vergüenza? Probablemente. Decidió que actuaría como si nada hubiera sucedido, sería lo mejor. A fin de cuentas, solo había sido sexo.

Sin querer se le escapó una sonrisa que en seguida se apresuró en disimular. Tendría que prepararse y echar mano de sus dotes de actriz; su encuentro no iba a

demorarse mucho y sabía que le costaría un mundo verle y no sentirse incómoda.

Suspiró.

Pasar la noche con un desconocido había sido una verdadera locura. ¿En qué momento ella se había decidido a salir de su caja acolchada para lanzarse a lo desconocido? Como respuesta, un bonito recuerdo le vino a la cabeza y le obligó a sonreír. Unos ojos increíblemente azules, unas gafas de gruesos cristales, mucho ruido, gente bailando, calor y ellos dos. Ella no era propensa a saltar al vacío, pero se daba cuenta de que no era la primera vez.

Empezó a vestirse y se distrajo mirando la luz que entraba a raudales por el diminuto ojo de buey e inundaba el pequeño camarote. ¿Cómo podía atravesar tanta claridad por una ventana tan pequeña?

Escuchó pasos y tres golpes que la trajeron de vuelta a la realidad.

Sentada sobre el camastro buscó el antifaz a toda prisa y cuando se lo estaba colocando, vio en el suelo como brillaba un sobrecito precintado con uno de los preservativos que había traído Sergei. El resto había desaparecido: los otros envoltorios, el usado, el sobre rasgado... El pomo comenzó a girar —estaban a punto de entrar— y actuó por instinto pisándolo para ocultarlo a la vista. No tuvo tiempo de más, la puerta se abrió y a ella solo se le ocurrió rezar para que no le hicieran levantarse, de hacerlo iba a tener que arrastrar su pie descalzo con aquello debajo.

—*Come sta la mia bambina?*

El vozarrón era del hombre que le puso una pistola en la sien y la empujó hacia el interior del piso que ella había alquilado en Milán. El sonido de otros pasos le indicó que no estaba solo, en el cuarto había alguien más.

Lucía tragó saliva antes de responder:

—Bien.

Notó como un peso desnivelaba el colchón y, ante esa cercanía, un escalofrío que le hizo estirarse y cuadrarse de hombros de forma involuntaria se propagó por su espalda.

Él pasó del italiano a un castellano nada fluido con un fuerte acento siciliano.

—Tranquila, no permitiré que te pase nada, eres nuestra mercancía más «valiosa» —murmuró el individuo contra su pelo casi deletreando las últimas sílabas. Ella se envaró aún más—. ¿Has disfrutado de nuestra compañía? —Paolo se rio de su estúpido chiste—.

En fin, *dolcezza*, en unas pocas horas todo habrá acabado y no volverás a vernos más. Sé buena con tu nuevo dueño, le has costado una pasta.

»¿Te ha tratado bien, Sergei? —preguntó el italiano tras una pausa.

—Sí —acertó a responder Lucía, mientras se sonrojaba al pensar «lo bien» que la había tratado esa noche. Y agradeció llevar una venda en los ojos, estaba segura de que sin ella sus pensamientos habrían sido más que evidentes.

—Entonces, *tutto ok!* —añadió, dando por finalizada la conversación y levantándose con brusquedad del camastro.

Escuchó como los dos hombres salían al pasillo y conversaban en voz baja junto a la puerta entornada. Reconoció la segunda voz como la Sergei y no podría afirmarlo, hablaban entre susurros, pero creyó reconocer el nombre de Sasha.

Cuando sonaron los tres golpes, ella se quitó de un tirón el antifaz.

Sintiéndose inquieta se levantó para pegar el oído en la puerta, centrándose en los sonidos del exterior. Pasos apresurados a lo largo del pasillo, conversaciones en voz baja, puertas que se abrían y cerraban. Todo el mundo se preparaba para algo, pero ¿para qué?

Era estúpido preguntar para qué, de sobra sabía que ese atardecer sería el intercambio.

Volvió al camastro y se fijó en el envase del preservativo que se había quedado en el suelo. Lo recogió y sin pensar se lo guardó en el bolsillo.

Sin avisar, la figura de Sergei apareció en el umbral vestido para matar. Botas y pantalones tipo militar con miles de bolsillos, camiseta de manga larga un tanto ceñida y el ya familiar pasamontañas.

Iba armado y Lucía se alteró al verle.

Durante unos instantes no dijo nada, solo apoyó su antebrazo en el dintel y dejó caer el peso del cuerpo sobre él. Daba la impresión de que dudaba si debía entrar o quedarse en la puerta, si hablar o callar.

Al final se decidió a franquear la entrada y el camarote se hizo de nuevo pequeñísimo, aunque lejos de intimidarle le admiró; a pesar de su tamaño era todo un espectáculo: ágil, fibroso y viril.

Sergei cerró la puerta a su espalda, se dirigió hacia la cama y se sentó junto a ella, aunque tardó un largo minuto en dirigirle la palabra.

—Lucía... —tragó saliva—, anoche, yo... Quiero entender que tú también lo deseabas y que no te arrastré a ello por el hecho de estar a tu lado en un momento así.

En ese punto la miró y sus ojos se vieron de un azul oscuro e intenso. Tanto que no parecían reales.

A Lucía le tembló el labio. ¿Se disculpaba? Si había sido ella la que ofuscada como un animal en celo lo había metido en su cama.

—¿Qué puedo decir? No me siento demasiado orgullosa de mi comportamiento de anoche, pero no fui obligada a ello, lo deseé igual que tú.

—Gracias por no mencionar nada delante de Paolo, se supone que estoy aquí para cuidar de ti.

—Lo hiciste —murmuró Lucía, encogiéndose de hombros y poniendo en sus labios una sonrisa forzada.

Se hizo el silencio en la habitación y los dos tuvieron la impresión de que el mundo se detenía. Tan solo los leves movimientos del casco del barco debido al oleaje constataban que la vida continuaba a su alrededor.

Los dedos de Sergei llegaron a la barbilla de Lucía, y despacio la empujaron para que ella girase la cabeza y le mirase.

—No quiero verte incómoda conmigo.

Quemaban. El delicado contacto de aquellos dedos le abrasó la piel, y Lucía cerró los párpados centrándose tan solo en aquel mínimo toque. Intentó controlarse, pero no consiguió evitar que un ligero suspiro llegase hasta sus labios.

El silencio volvió a caer sobre ambos y aunque esta vez no se sintió como algo embarazoso, los dos se separaron y evitaron mirarse a los ojos.

Un resorte hizo que Sergei se levantase y que con una sola zancada recorriese el espacio que quedaba entre la cama y la puerta, aunque al llegar a esta se volvió para anunciar:

—En unas horas estaremos en tierra.

Lucía no podía jurarlo, pero su voz sonó como si doliera.

Al verle marchar y quedarse allí sola, toda la tensión acumulada salió de golpe y las lágrimas llegaron sus ojos. La suerte estaba echada y no podía evitar sentirse angustiada porque pasara lo que pasara, tuviera la ayuda de Sasha o no, habían escrito el

destino por ella.

Todo escapaba a su control.

Empezaba a caer el sol cuando Lucía volvió a escuchar cierto barullo en el pasillo del barco; pasos acelerados, murmullos, el ir y venir de gente... y poco tardaron unos nudillos en golpear su puerta. No le dio tiempo ni a buscar el antifaz, se abrió antes de que pudiera pensar siquiera en colocárselo.

Una figura vestida totalmente de negro de la cabeza a los pies se detuvo unos instantes en el umbral.

—¿Estás preparada? —preguntó Sergei más serio que nunca.

En esas últimas horas Lucía había tenido tiempo para pensar y la incertidumbre había llenado su mente de lagunas. ¿Y sí no salía bien? ¿Y si Sasha no podía evitar que la vendieran al árabe? ¿Y si...?

Escuchar la voz de Sergei en un tono frío y profesional le hizo derrumbarse un poco más. Le miró y sin querer se encogió de miedo.

Al verla retraerse ante su presencia, Sergei fue consciente del estado de nervios en el que Lucía se encontraba, pero cuando se sentó a su lado y vio sus ojos enrojecidos, la mirada ida y los pequeños temblores que agitaban su cuerpo, se le encogió el corazón. Era duro verla en ese estado. La rodeó con sus brazos, besó su coronilla y murmuró:

—Todo irá bien. Confía en mí, Lucía. Confía en mí.

La mantuvo unos segundos encerrada en aquel lugar seguro que era su cuerpo y cuando la sintió sollozar de nuevo, se separó lo justo para retirar una lágrima con la punta de sus dedos.

—Tenemos que irnos.

—¿Me puedes llevar al baño?

—Claro.

A Lucía las piernas no le respondían, a cada paso sus rodillas se aflojaban de tal modo que apenas conseguía mantenerse en pie y le costó lo suyo llegar hasta el servicio, aunque lo consiguió sin ayuda. Él la siguió de cerca, pero esperó con paciencia en el pasillo para darle intimidad. Allí estuvo hasta que la oyó vomitar, en cuanto escuchó esa primera arcada entró sin llamar y se la encontró en el suelo, aferrada con las dos manos a

los bordes de la taza del inodoro. Con agilidad se arrodilló a su lado, le sujetó el cabello con delicadeza y mientras ella tiraba hasta la comida anterior, con la mano libre le acarició la espalda.

Lucía le miró con los ojos vidriosos. Cada vez temblaba más.

Sergei la ayudó a incorporarse y sujetándola a la altura de los hombros con las dos manos, la obligó a que le mirase a la cara.

—¿De qué color son mis ojos, Lucía? Dime, ¿de qué color?

—Azules —acertó a decir a pesar de que le castañeteaban los dientes sin control.

—Muy azules —insistió Sergei.

Ella asintió.

—Pues piensa en ello, Lucía. No dejes de pensar en ello y en lo que significa para ti.

No lo entendió. Sí estaba demasiado confusa para razonar en esos momentos, aún más para deducir nada. Solo podía pensar en que había llegado el momento y que quien dirigía sus vidas en el orden del universo jugaba con las cartas marcadas. Se dejó abrazar por él, le permitió que mojara una toalla y le refrescase la frente y la nuca y que, como si fuera una muñeca, la llevara en volandas hasta la cubierta. De no haber sido por el agarre de Sergei a Lucía le habría sido imposible llegar hasta el bote que esperaba junto al barco. Solo él y la fuerza de sus brazos fueron los culpables de que acabara sentada en el interior de aquella lancha de goma. Ella era incapaz de andar. Ni su cuerpo tenía fuerzas ni su cerebro daba las órdenes correctas.

Totalmente en *shock*, la joven dejó vagar su mirada y reparó en otra barca que un poco más adelante ya estaba repleta de gente. Sasha estaba de pie en la proa atento a sus movimientos y cuando se encontró con sus ojos, la saludó con una casi imperceptible inclinación de cabeza. Le acompañaban dos hombres también de negro, armados con subfusiles de tipo militar y tres mujeres jóvenes maniatadas y con la cabeza cubierta por una capucha negra, que se apretaban una contra otra en el suelo de la embarcación en un intento de proteger sus cuerpos de los empujones y golpes de los secuestradores.

Los nervios a flor de piel eran más que evidentes. Todos sin excepción, con la mirada tensa, mínimos gestos y murmullos que apenas eran perceptibles, se daban indicaciones a cada instante, al tiempo que vigilaban con detenimiento el mar casi como si esperasen que de un momento a otro aquella falsa calma fuera a evaporarse y tuvieran que

estar preparados para cualquier cosa.

Cuando la zódiac comenzó a moverse y a virar en dirección a la costa, Lucía se dio cuenta de que habían atracado frente a una playa solitaria que, resguardada por una pared escarpada, aparentaba no tener acceso por tierra. No sabía en qué parte del mundo estaban, aunque por las horas de viaje si habían partido del sur de Italia, lo que veía debía de ser la costa sur de Sicilia —si la habían rodeado— o como mucho, Malta. El paisaje agreste podría corresponder a ambas.

En otras condiciones la luz del atardecer le habría cautivado. El sol ya no se veía en el horizonte, pero el cielo continuaba plagado de tonos rojizos que empezaban a volverse amaratos. Sin embargo, no iban a tener ningún contratiempo para desembarcar. Aunque la luz del día empezaba a caer, la cala que tenían delante, con esas altas paredes de piedra blanca caliza, todavía atrapaban la suficiente luz como para que distinguieran la costa sin problemas.

Por el rabillo del ojo Lucía observó a Sergei, sentado junto a ella, serio y concentrado. A su espalda estaba Paolo y también un hombre bajo y grueso que no podía ser otro que Yuri, su agresor. Además de que lo que veía correspondía con lo que ella había sentido mientras él sobaba su cuerpo en la oscuridad, llevaba un ojo amarotado y medio cerrado y se apreciaba el vendaje de la nariz bajo el pasamontañas.

Al pararse a mirarle, él ladeó su cabeza y sacó la lengua para deslizarla de forma lasciva por su labio superior.

Aquel hombre era repugnante.

Sergei se giró como si hubiera presentido que algo sucedía y el gesto obsceno desapareció al instante convirtiéndose con disimulo en una mirada vacía que se perdía en dirección a la playa.

De nuevo, Lucía comenzó a temblar. La tregua que su cuerpo le había dado expiró al contemplar cómo, sin remedio, se acercaban a la costa. Conforme se iban aproximando observó que había dos vehículos todo terreno a la salida de un camino y que, en la parte superior de la abrupta pared, en una planicie, aguardaba un pequeño helicóptero.

Girando lo menos que pudo la cabeza volvió a fijarse en Sergei y le sintió frío como el hielo. Ni siquiera la miró cuando la cogió en brazos para sacarla del barco y dejarla sobre las piedras de la orilla sin que le se mojaran los pies. Aunque una vez en el suelo no la soltó, sino que la sujetó con fuerza por el codo.

La segunda lancha llegó también y mientras los hombres se ocupaban de bajar de cualquier manera a las mujeres, Lucía interceptó una mirada de Sasha que con un ligero gesto le indicó que debía de acercarse a él. Sus pies obedecieron al instante poniéndose en movimiento, pero la triste realidad fue que no pudo dar ni un solo paso, Sergei no aflojó el agarre, al contrario, su mano se convirtió en un cepo y con su cuerpo la empujó para que comenzara a moverse en dirección opuesta.

Ella intentó resistirse, quería ir con Sasha, pero aquella mole corpulenta la acorraló y no pudo oponerse. Con incredulidad presenció cómo se iban separando de los demás.

Un susurro le sorprendió.

—Camina, Lucía.

El mar estaba tranquilo, pero la cala era de piedras y las tímidas olas que rompían en la orilla arrastraban los pequeños y pulidos guijarros haciendo un ruido infernal, por eso pensó que lo había imaginado, pero no, la voz grave de Sergei repitió de nuevo en voz muy baja:

—Al helicóptero. No mires atrás.

No le hizo caso. Se le escapaba su pasaporte a la libertad y caminó, sí —él la llevaba casi a rastras—, pero de espaldas, en un triste intento de llamar la atención de Sasha.

Pero Sasha tenía sus propios problemas.

No se supo a ciencia cierta cómo empezó, si fue por las sirenas de la policía que se escucharon a lo lejos, por las órdenes a voz en grito o por el helicóptero, que comenzó a girar las aspas lentamente, pero en apenas unos segundos nada pareció que iba a terminar como se suponía. En un chasquear de dedos, el caos se desató como si hubieran abierto de par en par la caja de Pandora.

Un grupo de hombres armados que les esperaban emboscados entre los pedruscos y los matorrales secos salieron a su encuentro y tras cuatro gritos de aviso para que se entregaran comenzaron a disparar. Yuri y Paolo se subieron a una de las zódiacs en un intento de salvar el pellejo escapando en dirección al barco, mientras que el resto de sus hombres se parapetaba dónde podía para responder al tiroteo. Las mujeres, aún encapuchadas, atadas y amordazadas, se encontraban en el suelo, apelotonadas unas contra otras, gritando asustadas. Y Sergei, con toda la sangre fría del mundo, levantó a Lucía a

peso sujetándola por la cintura y comenzó a correr mientras subía por un estrecho y empinado camino en dirección hacia la aeronave.

Lucía, que apenas tocaba el suelo con los pies en aquella loca carrera, lo observó todo con cierto escepticismo. La situación no parecía real, sino más bien una escena de acción rodada a cámara lenta. Por encima del hombro de Sergei le dio tiempo a verlo todo: la playa, el tiroteo, la gente corriendo para protegerse, el miedo en los rostros de los hombres, el intento de escapada de Yuri y Paolo... Protegida por el abrazo del cuerpo de Sergei se alejaban de todo aquello a la velocidad que las piernas del ruso y lo angosto del terreno les permitían hacerlo, en dirección a un helicóptero que amenazaba con marcharse sin ellos. Cada vez sus aspas giraban más rápido.

Los gritos y los disparos fueron espaciándose y la aeronave se elevó sin que pudieran hacer nada por alcanzarla. Y entonces, cuando todo parecía haber terminado, una última detonación coincidió con un repentino tropiezo de Sergei que les hizo caer a plomo.

Del golpe —ella cayó sobre su espalda con el peso del secuestrador encima— Lucía se quedó un tanto conmocionada, pero se recuperó deprisa al sentir que le faltaba el aire y empezó a luchar para apartarle. Le resultó imposible, no pudo moverle ni un centímetro. Al llevarla sujeta por la cintura, Sergei no pudo usar las manos y, al caer, su cabeza había chocado con fuerza contra el suelo. Su cuerpo se había quedado inmóvil, sin vida. Lucía se puso nerviosa y empezó a empujarle para que reaccionase, pero al zarandearle sus dedos se pringaron con un líquido espeso y viscoso que empapaba sus ropas. Cuando se dio cuenta de que aquello era sangre, gritó desesperada. Aquel último disparo había impactado en su espalda.

Un par de botas militares llegaron a la carrera y una mano cogió la suya al mismo tiempo que la liberaban del peso que tenía sobre su pecho. Gateó para acercarse a él, necesitaba comprobar si todavía respiraba, pero a pesar de sus protestas, un policía la levantó en volandas para llevarla hasta una furgoneta cercana.

Sergei continuaba sin dar muestras de seguir en el mundo de los vivos y, con el corazón en un puño, Lucía observó cómo lo cargaban en una camilla y se lo llevaban en una ambulancia mientras que a ella un paramédico le examinaba sus constantes básicas y le hacía preguntas en una mezcla entre inglés e italiano, sobre drogas y tortura. Le curaron las raspaduras de codos y piernas que se había hecho en la caída, le administraron un calmante —que ella aseguró que no necesitaba—, y la sacaron de allí para llevarla a las dependencias policiales en compañía de una oficial femenina que no cesaba de darle palabras de aliento y la consolaba como si fuera un bebé.

En pocos minutos, tras un viaje de locos en la parte trasera de un vehículo policial, se encontró esperando a que le tomaran declaración en una sala de la comisaría bastante confortable, aunque espartana.

Empezaba a ser consciente de que por fin todo había cuando vio entrar a Sasha acompañando a los policías.

—¡Lucía! —exclamó con una sonrisa en los labios al verla allí sentada—. Tus padres y tu hermana vienen de camino, en unas horas les tendrás aquí.

—¡Hablas castellano!

Él sonrió.

—No tan bien como quisiera, pero lo intento.

Cuando se acercó con los brazos abiertos, ella se quedó mirando una acreditación que llevaba colgada al cuello.

—Trabajas... trabajas para la DIA. ¿División de Investigación Antimafia? —Él amplió su sonrisa antes de atraparla entre sus brazos—. Pero...

—Después te lo cuento todo. Ahora quiero que te sientes tranquilamente, te tomes el chocolate que acabo de pedir que te traigan y le cuentes a mi compañera todo lo que has visto y oído en tus días de cautiverio.

Ella seguía desconcertada, pero su cerebro atinó a pensar que no iba a explicarlo todo ni de coña. Había cosas que pensaba guardarse para sí.

—¿Qué ha pasado con los demás? ¿Los han detenido?

Sasha la miró con cariño y se acercó para decirle en plan confidencial:

—Cuando termines tu declaración, hablamos. Hay algo que te interesará saber.

Con una inclinación de cabeza y una mirada burlona la dejó plantada en mitad de la habitación sin decirle qué había pasado con Sergei. Decidida a averiguarlo le preguntó directamente a la agente a la que iba a prestar declaración.

—La ambulancia se llevó a un hombre malherido. ¿Qué ha pasado con él? ¿Está vivo?

—Nos dijeron que la bala podía haberle alcanzado un pulmón, pero no es seguro. Lo único que sé es que le estaban operando.

Con la mirada perdida Lucía se sentó en el sofá y comenzó a responder todas las

preguntas como si fuera un robot. Su cabeza estaba ida y solo podía atender a una sola cosa: Sergei, grave en una cama de hospital. Grave porque la envolvió con su cuerpo cuando comenzaron los disparos. Grave, grave, grave...

Sasha volvió unos minutos antes de que terminasen la ronda de preguntas. En la hora que había estado fuera Lucía había experimentado un cambio drástico. Al entrar la vio encogida, asustada, preocupada y ojerosa y solicitó que cesase el interrogatorio de inmediato.

—¿Qué ocurre, Lucía?

Ella esperó a que la agente les dejase solos y sin miramientos preguntó:

—¿Qué ha pasado con Sergei?

Sasha sonrió. Empezaba a ver el motivo de su congoja.

—Tengo muchas cosas que contarte sobre él.

—Me han dicho que el disparo le perforó un pulmón.

—¿Un hemotórax? No, tranquila. Le dispararon en el hombro y le han intervenido, pero, aunque está en observación, se encuentra estable.

Lucía sintió que se le aflojaba el cuerpo y que toda la tensión acumulada se iba deshaciendo poco a poco. Inspiró todo el aire que pudo y lo soltó despacio. Era una gran noticia.

—¿Y qué era eso que sabes de él?

—Nos engañó a todos.

Lucía le miró sin comprender.

—¿Cómo? ¿Él es «el jeque»?

Sasha soltó una sonora carcajada, mientras negaba con la cabeza.

—¡Qué imaginación! No, no... Lo primero: no se llama Sergei, su nombre es Nikolái Petrovich Volkov, y lo segundo, es un agente especial de la SVR.

—¿Qué?

—La antigua KGB.

Los ojos de Lucía se abrieron desmesurados y tuvo que hacer esfuerzos para que

su boca no siguiera el mismo camino.

—¡Siéntate! Te contaré hasta donde sé.

—Antes de empezar, ¿te llamas Sasha?

Él cogió su tarjeta de identificación y acercándosela murmuró:

—Solo miraste las letras grandes.

Junto al escudo y la foto de carnet estaban sus credenciales.

—Enrico Giordano —leyó en voz alta y mirándole con estupor preguntó—: ¿Eres italiano?

—Mi madre es bielorrusa, mi padre milanés y yo nací en Roma. Anda siéntate antes de qué te dé un soponcio. Lucía, reacciona.

Lucía se sentó por fin, sin dejar de preguntarse si había algo de verdad en la experiencia que acababa de vivir.

—Si quieres puedes seguir llamándome Sasha.

—No, no, espero asimilarlo pronto. Intentaré llamarte Enrico. Ahora, suéltalo todo, ya veremos si soy capaz de digerirlo.

Él sonrió.

Ya no era el enfadado hombre del tren, ni el secuestrador amable que pretendía ayudarla. Ahora trabajaba para la policía y se le veía con una seguridad que desbordaba.

—En la DIA llevan tiempo detrás de Paolo. No me extenderé mucho, solo es necesario que sepas que es uno de los mayores tratantes de blancas de la zona de Nápoles. Vendía mujeres a proxenetas en todas partes del mundo y ha sido muy difícil detenerle. Es listo y muy escurridizo, siempre delega en terceros, pero cuando le encargaron tu secuestro tuvo que implicarse; lo que pagaban era demasiado sustancioso para que saliera mal. Eso nos dio la oportunidad, mis jefes tiraron de contactos y me metieron en la operación.

—¿Lo habéis hecho o escapó?

—Está detenido y de esta no saldrá impune.

—¿Y dónde entra Sergei?

—Espera, espera, no corras. Eso es algo más difícil de explicar. Todo fue tan rápido y tan en secreto que la DIA no sabía que la SVR estaba metida hasta el cuello, ni

tampoco al revés. Yo no tenía ni idea de quién era Nikolái y tampoco él conocía mi identidad. Así que puedes imaginar la sorpresa, sobre todo mía, cuando llegamos a la playa donde se iba a realizar en intercambio y nos encontramos con un grupo armado escondido entre los matorrales que intentó detenernos.

—¿Quién empezó el tiroteo no fue la policía?

—No, la bienvenida nos la preparó Nikolái. Era su gente la que estaba emboscada en la playa. Y mientras ellos nos interceptaban, nuestro héroe intentó continuar con el plan. Cargó contigo y se fue derecho hacia el helicóptero con la intención de hacerle creer al hombre del jeque que todo seguía según lo acordado, pero no contó con que la policía estaba a medio kilómetro de allí. Cuando yo di la orden y las sirenas comenzaron a sonar, los agentes descubrieron su posición y el pájaro voló antes de que llegaseis y pudiera detenerle.

—Y ¿quién le disparó? ¿Fuiste tú?

—¿Yo? No, no, yo no. A esa distancia no me hubiera atrevido, podría haberte alcanzado. Fue Paolo. Aunque aún no sabemos si quería matarte para eliminar a todos los testigos posibles o vengarse de Nikolái al saber que se la había jugado.

—¿Y las mujeres?

—Muy asustadas, pero sanas y salvas.

—Así que los dos teníais la misma misión.

—No realmente, los rusos iban sobre todo a cazar a Adem Demir, el hombre de confianza del jeque, nosotros a desarticular la banda de Paolo. Pero una vez metidos en el ajo, ni Nikolái podía permitir que se llevaran a las mujeres ni yo dejar que te raptasen a ti.

—No lo entiendo, ¿y por qué un Servicio de Inteligencia estaba interesado en mi liberación?

—No ha sido del todo así. Ellos querían a Adem Demir para llegar hasta el jeque, pero por temas de tráfico de armas. El tal Demir es un pájaro de cuidado y está metido en un montón de negocios sucios, pero a los rusos les llegó la noticia de que no estaba muy conforme con tu secuestro —en su país, la venta de mujeres se castiga con la pena capital y está muy mal visto— y desde la agencia esperaban presionarle para que los llevase hasta su jefe.

—Pues podría decirse que he tenido suerte.

—Qué poco confías en mí.

Ella sonrió con timidez.

—No quería decir eso.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó divertido.

—Hay cosas que todavía no me cuadran. ¿Cómo metieron a Sergei en la casa? Me dijo que no tenía nada que ver con el secuestro.

—Y era verdad. Los rusos interceptaron y detuvieron al mercenario que el jeque envió para cuidarte y Nikolái le sustituyó. Fue muy arriesgado porque no estaban al cien por cien seguros de que alguien conociera al tal Sergei. Físicamente se parecían, altos rubios, pero nada más.

«Nicolái» pensó Lucía, abstrayéndose durante unos segundos al caer en la cuenta de que sabía su verdadero nombre.

—¿Lucía?

—Sí, sí, voy despacio, aunque empiezo a entenderlo. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Era peligroso. Aun así, te vi tan destrozada que me arriesgué y hablé de más, aunque cuando me di cuenta del interés que tenías por Nikolái empecé a preguntarme si me habría equivocado.

«¿Interés? ¿De veras se me nota que tengo interés?».

—Voy a llevarte a un hotel, estás agotada y necesitas descansar.

Sin aviso, Lucía se echó a sus brazos y empezó a llorar, pero ya no por desesperación, sino con alivio. Habían capturado a los verdaderos maleantes y, aunque se sentía confusa y un tanto engañada, las dos personas en las que ella había encontrado algo de humanidad estaban en el bando de «los buenos».

Enrico la despertó cuando llegaron al hotel. Agotada, fue arrancar el coche de policía que les trasladaba y quedarse medio dormida.

—¡Vamos! Hemos llegado. Me quedo contigo hasta que lleguen tus padres. Te conseguiré algo de cena y... Quiero ver cómo recuperas la sonrisa, Lucía; todo ha terminado.

Mientras que Enrico hablaba con la agente de policía que les había acompañado,

ella se sentó en el cómodo sofá de la *suite* y apoyando la nuca en el respaldo se quedó pensativa con la mirada fija en el techo.

«Sergei, bueno, Nikolái no es un secuestrador. Es un hombre normal y podré verle mañana».

Una sonrisa tonta se le dibujó en la cara. Hasta ese momento no había sido consciente de quería volver a verle, charlar con él y ¿por qué no? Conocerle de verdad.

Cuando se abrió la puerta y aparecieron sus padres y su hermana, Lucía se levantó y a la carrera se echó en sus brazos. Hubo lloros, risas y abrazos y la emoción recorrió todo su cuerpo. Su vida volvía poco a poco a la normalidad.

Detrás de ella una tosecilla le hizo reaccionar. Enrico se acercó y se presentó, ofreciendo la mano educadamente a sus padres.

Carina se quedó un paso atrás y le observó, pero como no estaba demasiado acostumbrada a callarse lo que pensaba, cuando le tocó el turno de las presentaciones soltó:

—Mi hermana es una mujer con suerte. Si me hubieran secuestrado a mí, seguro que el poli infiltrado habría sido un orco.

—¡Carina! —reprendió Lucía.

—Es verdad, siempre te tocan los tíos buenos.

Enrico enrojeció hasta las pestañas, su castellano era de lo más académico y Carina había usado palabras que no eran del todo comprensibles para él, pero el sentido si lo pilló. Adelantando la mano para estrechar la suya y con una sonrisa bastante seductora le contestó despacio eligiendo bien las palabras:

—Si mi próxima misión consiste en raptar a una muchacha, te buscaré.

Con esa respuesta y su sonrisa, Enrico le cayó bien y se alegró de que su hermana hubiera podido contar con él. Aceptó su mano y le dio las gracias.

La madre de Lucía no paró de abrazarla y besarla ni un solo momento. Las lágrimas apenas le permitían hablar, pero su rostro reflejaba una inmensa felicidad. Su padre también estaba silencioso y, aunque se mantenía un poco al margen de la escena, miraba a su hija con gran cariño y con los ojos al borde del llanto.

Cuando Enrico y la agente se marcharon despidiéndose hasta el día siguiente, las

dos hermanas se metieron en su habitación y durmieron abrazadas después de estar hablando hasta las tantas.

El día amaneció soleado y Lucía abrió las ventanas de par en par, a pesar de las protestas de su hermana que aún estaba en la cama y se tapaba la cabeza con las sábanas mientras le rogaba que la dejara dormir unos minutos más.

Respirar aire fresco. Sentir el pulso de la ciudad.

No se había equivocado mucho en sus suposiciones y habían desembarcado en la isla de Malta; al otro lado de su ventana estaba La Valeta. Calles llenas de turistas ávidos de historia, monumentos en todas las esquinas, bullicio, vida... Estaba deseando bajar, deambular por sus callejuelas y perderse entre la gente.

Probablemente después de lo que había pasado sus padres no iban a permitir una excursión así, pero ella lo deseaba de veras. Lo último que quería de nuevo era volver a estar encerrada, aunque fuera por su bien.

Unos golpes en la puerta anunciaron la llegada del desayuno a la *suite* y cuando Lucía salió de su cuarto y escuchó las órdenes de su madre indicando donde podían colocar el carrito con los cafés y la comida, sintió que la felicidad la inundaba por completo. Corrió hasta ella y sin mediar palabra, la abrazó.

Cómo la había echado de menos.

Un par de horas más tarde, un coche de la policía pasó a recogerla. Aún debía responder a algunas preguntas antes de marcharse a casa, pero el ansia que sentía no era por volver a las dependencias policiales, era por saber de Nikolái.

«Nicolái».

Qué pronto se había acostumbrado a llamarle así. Todo lo que Enrico le costaba horrores de retener, el nombre de Nikolái parecía haberse tatuado a fuego en su mente.

Suspiró.

Esperaba que estuviera en condiciones de poder verle esa misma mañana.

Al mediodía, a Lucía se la comían los nervios mientras iba de camino al hospital.

Apretujados en el asiento trasero de aquel viejo taxi, Carina y Enrico conversaban a su lado entretenidos sin que ella les prestara ninguna atención. Ajena a sus acompañantes simulaba observar las calles al pasar, aunque iba perdida en sus pensamientos. ¿Qué le iba a decir? Se sentía ilusionada, aunque al mismo tiempo, tenía algo de miedo. ¿Y si para él lo ocurrido en el camarote no había sido nada?

En ese momento se dio cuenta de que no habría un pasamontañas que ocultase su rostro y de su boca salió un gemido. Enrico y Carina detuvieron su charla y la observaron. Lucía se dio cuenta y les miró forzando una bonita sonrisa.

Carina levantó una ceja mientras observaba con atención a Lucía. Para ella su hermana era transparente y todos aquellos tics: la distracción, el rítmico movimiento de una de sus piernas, el morderse el labio constantemente... Hacían que tuviera mucha curiosidad por conocer al secuestrador. Algo había pasado entre ellos; más que intuirlo, lo sabía.

A su llegada al hospital, Enrico se disculpó excusándose en que debía de hacer unas llamadas, le dijo a Carina que la esperaba en la cafetería y le dio a Lucía el número de habitación y el de su teléfono móvil, por si necesitaba localizarle.

A Lucía no se le escapó la mirada de Enrico cuando se disculpó por no acompañarla, estaba claro que quería dejarla sola para que hablara con Nikolái sin interrupciones, pero su hermana, a pesar de que el policía la invitó a un café y casi le cortó el paso con su cuerpo para que se fuera con él, no se dio por aludida y la siguió hasta el ascensor como un perrillo faldero.

Al llegar a la planta la mirada de Lucía se perdió en los números de las habitaciones y recorrió presurosa el pasillo hasta llegar a su destino. Pero al llegar se detuvo frente a la puerta, miró el número y su vista fue de nuevo al papel que tenía entre los dedos.

—¿Se puede saber qué estás esperando? ¿Quieres o no quieres entrar?

—No me metas caña, Carina, ya voy.

Golpeó con los nudillos y esperó. La sonrisa llegó a sus labios cuando reconoció la voz que le invitaba a pasar. Giró el picaporte y empujó con suavidad.

El tiempo se detuvo un instante.

—¿Nikolái?

—Hola, Lucía.

Su cara se avinagró en un segundo y, si en un primer momento se quedó parada en mitad de la puerta, no tardó en avanzar y entrar en la habitación hasta dar con los pies de la cama.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo has podido? —De pie en mitad del cuarto lo señaló con el dedo al tiempo que elevando la voz repetía—: ¿Cómo has podido?

—Lucía...

—Ni Lucía, ni leches ¡No puedo creerlo! ¡Te has estado riendo en mi cara!

—Lucía, no...

—Entiendo que al principio no me reconocieras, pero después de lo que te conté no creo que te resultara muy difícil sumar dos más dos.

—Te reconocí en el momento en que te vi bajar de la furgoneta y eso que llevabas un antifaz.

—¡Cállate! ¡Mentiroso! ¡Te has burlado de mí! Y lo que es peor... ¡Te has aprovechado de ello!

Con un cabreo monumental dio media vuelta y salió casi a la carrera al pasillo dejando con la palabra en la boca a Nikolái, que en vano la llamó para hacerle entrar en razón. Cuando la puerta se cerró, el hombre se dio cuenta de que había otra joven en la habitación, con el mismo pelo y ojos que la que había salido por piernas, y que parada en mitad del cuarto le miraba con la boca entreabierta por la impresión.

—¡Hola, Carina!

—¿Os conocíais?

—Fue hace mucho tiempo, nos vimos solo una vez en una discoteca en Alicante. Apenas hablamos.

La cara de Carina pasó de la sorpresa a la más absoluta estupefacción.

—Es coña, ¿no? ¡No puede ser! —Mientras hablaba se acercó despacio hasta que sus rodillas dieron con la cama. Desde allí le examinó con detenimiento—. ¿Tú eres el chico del Z? ¿En serio?

Nikolái abrió los ojos sorprendido y asintió.

—Veo que te lo ha contado.

—¿Qué si me lo ha contado? ¡Unas veinte mil veces! ¡Joder! ¡Estás buenísimo!

A pesar de lo contrariado que se sentía por la reacción de Lucía, Nikolái sonrió.

—¿Por qué no te sientas un momento? Necesitaré que me hagas un favor. ¿Carina?

—Sí, sí. Dime. Oye, estás muy pálido, ¿te encuentras bien? —preguntó mientras pasaba por al lado de la silla y se sentaba de lado al borde del colchón, a los pies de la cama.

—Me dispararon —murmuró mientras señalaba el vendaje del hombro—, pero estoy bien. Tu hermana... Tu hermana no me ha dado ninguna opción y yo necesito explicarme.

—No te preocupes. Ahora es la niña del exorcista, pero se le pasará. Lo pensará y sabrá que se ha pasado tres pueblos.

—¿Qué? Hablo bien español, pero mejor si me lo explicas.

—Qué está cabreada, pero cuando reflexione sobre todo esto se dará cuenta de que se ha excedido.

La puerta de la habitación se abrió en ese instante y entró un joven de unos veinticinco años, que se quedó parado al ver a Carina hablando con Nikolái.

Ella se giró para comprobar quién había entrado y su sorpresa fue en aumento al verle.

—¡Tú eres el chico del móvil! El que me paró en mitad de la calle y me puso el teléfono en la mano.

—Carina, te presento a mi hermano Mihail. Discúlpale, no habla mucho español.

Nikolái se dirigió a él en ruso y el joven se acercó a Carina, le ofreció su mano junto a una espléndida sonrisa y le estampó tres besos alternando mejillas. Tuvo que agacharse para hacerlo porque, al igual que su hermano era alto, aunque no tan corpulento. Además de su envergadura, compartía con Nikolái la sonrisa y el mismo tono azul intenso de sus iris.

Tras el saludo se quedó tan cerca de Carina que ella instintivamente se irguió poniendo algo más de distancia entre ambos, pero tras una parrafada en ruso del hombre postrado en la cama, Mihail se retiró a un rincón, eso sí, sin dejar de sonreír.

—Carina —murmuró Nikolái reclamando su atención, ya que los dos jóvenes se miraban como si no hubiera nadie más en la habitación—. Apunta mi número de teléfono

en tu móvil. Cuando salga del hospital pasaré la convalecencia con mi familia en Altea. Estaré cerca de vuestra casa y me gustaría poder haceros alguna visita. He de hablar con ella.

Ella sacó el móvil y se tomó nota.

—Tú, «tranqui». ¡Te avisaré! Lucía tiene un genio de mil demonios, pero en el fondo no es nadie.

—Gracias, Carina. Te lo agradezco de corazón.

—No tienes que agradecerme nada, entiendo tu situación. Y se te ve buena persona. En fin, ¡te llamaré! Cuídate mucho y no te pongas delante de las balas... Son lo peor.

Hizo el amago de ir a darle la mano, pero entre el gotero que llevaba en la derecha y la inmovilización del brazo izquierdo por el vendaje, acabó por despedirse agitando la suya. De camino a la salida no pudo evitar volver a mirar de arriba abajo al hermano que continuaba con una sonrisa de oreja a oreja apoyado despreocupadamente en la pared. Cuando cerró la puerta y se vio en mitad del pasillo, respiró en profundidad y se preguntó en silencio: «¿Qué les darán de comer en Rusia?». Tras esa reflexión le vino otra idea que murmuró en voz baja:

—Nikolái, ¿qué has hecho para poner así a mi hermana?

De camino al hotel, Lucía no quiso entrar en razón, enfurruñada en el asiento trasero no prestó atención a la conversación entre Carina y Enrico hasta que él se dirigió a ella para exclamar:

—¡Ya sé a quién me recuerdas! No sé cómo se llama, pero es una de esas *top model* que desfilan en una marca famosa de ropa interior.

—¿En Victoria Secret's? —contestó Carina en vista de que su hermana permanecía en silencio—. Ya sé de quién hablas y no eres el primero que se lo dice, Lucía tiene la cara más aniñada y los ojos más verdes, pero sí, le da un aire.

Lucía miró a uno y a otro y volvió a perderse en sus propios pensamientos. Estaba enfadada, muy enfadada, y en ese instante le daba igual parecerse a la famosa modelo o a un caballo de carreras. Le habían vacilado de mala manera.

Carina y Enrico lo intentaron de nuevo cuando llegaron a la puerta del hotel, pero Lucía, enfurruñada, no quiso ni oír de dar una vuelta por La Valeta, ni de ir a tomar algo con ellos. Solo quería bajar del taxi y quedarse sola en la habitación. Sergei, Nikolái, o cómo quisiera llamarse, le había tomado el pelo. Cómo se habría reído a su costa cuando ella con ojos soñadores le contó su pequeña historia con el chico del Z.

En esos momentos no recordaba, o más bien su ofuscamiento no le permitía recordar, que ese hombre la había protegido del indeseable de Yuri, que le había permitido hablar con su hermana y que la había escudado con su cuerpo para que no saliese herida. El ridículo que sentía por haberle contado su pequeño secreto superaba con creces todo lo demás. Quería volver al hotel y punto. Y eso fue lo que hicieron. La dejaron en la puerta y una vez la vieron esperando que se abriese el ascensor, Carina y Enrico aprovecharon para irse a tomar una cerveza.

Alicante, cuarenta y dos días más tarde.

La visión de una playa con el mar en calma da una tremenda paz. Si de noche la luna riela y deja una estela sobre el agua, durante el día, el sol saca ligeros brillos de cualquier onda sobre la superficie que parecen pequeñas sonrisas. En las primeras horas de la mañana, además, sin la multicolor estela de sombrillas formando una barrera ante el mar, el espectáculo es un poco más salvaje y hermoso y permite que la vista se pierda en el infinito sin distracciones, proporcionando una placidez difícil de explicar.

A Lucía siempre le había gustado levantarse temprano y salir a la terraza a admirar la calma de la playa desierta, la inmensidad del mar y los tonos anaranjados del cielo al amanecer. Pero desde hace algunas semanas, el tiempo que pasa allí a esas horas ha ido sumando minutos. El espectáculo consigue relajarla y le ayuda a recordar. Sus pensamientos van y vienen desde lo que ocurrió hace siete años en una discoteca, hasta lo que pasó, hace ahora mes y medio, en una habitación de hospital.

Carina estaba preocupada, su hermana había pasado por un trance terrible que marcaría su vida para siempre y, aunque había momentos en los que parecía la misma de antes, algo en ella había cambiado. Algunos días los pasaba ensimismada y sonriente, otros gruñona y con el ceño fruncido, y el resto... estaba pero no. Con cualquier excusa Lucía se quedaba en casa, aunque decía no tener miedo de salir a la calle, leía o simulaba que lo hacía, escuchaba música en su cuarto... Parecía haberlo superado, pero Carina sabía que ya nada era igual.

A los pocos días de su llegada a Alicante, Lucía tuvo que contarles a sus padres cómo había transcurrido su cautiverio —no todo lo sucedido, claro. Algunas cosas se las guardó para sí— y la familia pasó unos días terribles pensando en lo duro que habría sido aquello para su hija. Tuvo que ser la propia Lucía quien le quitara importancia, pero, aunque el secuestro parecía agua pasada, Carina estaba segura de que algo había sucedido con Nikolái. Ella había sido testigo de la reacción de su hermana el día que se encontraron en el hospital y, aunque no imaginaba qué podía haber ocurrido, era consciente de que era algo a lo que Lucía no dejaba de darle vueltas.

Como otras muchas mañanas, ese día Carina encontró a su hermana en la terraza. El sol ya estaba alto, pero ella continuaba allí. Mirando el infinito mar mientras pensaba en sus cosas.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo por la playa? Hace un día estupendo.

—No me apetece.

—¿Y si vamos en bici hasta El Campello?

—¿Qué tenemos ahora? ¿Doce años?

—Es que ya no sé qué hacer para que reacciones. Me preocupa verte así. ¿Por qué rechazaste la ayuda de un terapeuta? ¿No crees que sería bueno que visitases a alguien?

—Carina... El secuestro fue algo horrible, pero Sasha, quería decir Enrico, y Nikolái me suavizaron la peor parte. Aquello pasó. Y sí, soy más prudente al hablar con alguien desconocido en la calle y me fijo en las personas que me rodean, incluso de si alguien me sigue, pero, a pesar de que no pudieron detener al jeque, no me siento amenazada.

—Entonces es por Nikolái.

Cuando vio cómo Lucía se mordía el labio, Carina supo que había acertado de pleno.

Sonrió. Quizá había llegado el momento.

—¿No crees que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que dejes de estar enfadada con él? Hace más de un mes.

—Cuarenta y dos días, para ser exactos.

—¿Y?

Lucía la miró y Carina ya no vio en sus ojos el cabreo inicial, ahora era más bien resignación.

La joven abrió una de las hamacas plegables que estaban apoyadas en la pared, se sentó junto a su hermana y añadió:

—Reconozco que se está bien aquí, tienes una bonita vista con el mar al fondo — Suspiró—. Siempre me ha gustado esta terraza, pero de hoy no pasa. O hablas conmigo sobre lo que ocurrió entre Nikolái y tú o lo olvidas todo y te vienes a la playa. ¡Tú

decides! ¿Vas a contármelo? Si dejamos aparte el hecho de que está como un tren, a mí me parece un hombre amable, educado, encantador... ¿Se puede saber qué te hizo?

—Amable, educado, ¿encantador? Por favor, Carina, solo hablaste tres minutos con él.

Carina se recostó en la hamaca de al lado en un intento de que Lucía no le viese la cara. Desde hacía un mes —o cuarenta y dos días, para ser exactos—, Nikolái hablaba a menudo con ella, le llamaba o le escribía mensajes por el WhatsApp, y eso le había ayudado a tener una idea aproximada de qué tipo de persona era. Pero, lo que menos quería en ese momento era que su hermana descubriese el pastel.

—Está bien. ¡Tú ganas! —soltó de golpe Lucía, levantándose con prisas y poniéndose de espaldas a Carina con la vista perdida en el intenso azul del mar que tenía enfrente.

«Nicolái...».

—Algo en él me gustó desde el primer momento. Ya sé que suena bastante estúpido, pero me recordaba a alguien. —Se detuvo y pensó para sus adentros: «al chico del Z», negó y siguió hablando—. Es cierto que no pude ver su cara, siempre llevaba un pasamontañas, pero sus modales, sus gestos, su forma de mirarme... Me invitaba a confiar.

Se giró y la miró de frente.

—Esto que voy a contarte no quiero que lo sepan nuestros padres, ¿de acuerdo? —Carina asintió una sola vez, pero con energía—. Una noche, uno de los secuestradores, uno gordo y seboso que olía a alcohol y a sudor, se metió en mi cuarto. No creo que haga falta que te cuente qué buscaba. Nikolái le detuvo, me protegió, y a partir de entonces dejé de verle como a un hombre deshonesto y corrompido, y comencé a pensar en él como en alguien normal. Vale, lo sé, era un secuestrador, pero cada vez que le miraba me perdía en sus ojos y yo... —Negó y su rostro se entristeció de repente. Tardó un par de minutos en volver a hablar. Carina no dijo nada, estaba expectante—. Me dejé llevar cuando me regaló tu llamada y le besé. Y no puedo decir que fuera amor, no es eso, pero a partir de ahí me di cuenta de cómo me afectaba su proximidad, su mirada, su voz...

Mientras hablaba, Lucía parecía ausente, perdida en los recuerdos.

—Hermana, eso no es tan terrible. Te salvó, te cuidó, es lógico que tú te acercases a él, cualquiera en su sano juicio lo habría hecho.

—Espera, aún hay más. La última noche, cuando salimos de Formía en dirección a Malta, en el barco, yo... —tragó saliva—. Me acosté con él.

Así que eso era. Lucía había bajado las defensas y permitido que Nikolái las traspasara. Por eso ella le daba vueltas y más vueltas, y él no dejaba de llamar y preguntar por su hermana ni un solo día. La joven sonrió, ahora entendía.

—Esto se pone interesante, hermanita.

—¡Carina!

—Joder, es que estás muy seria.

—Al día siguiente él no mostró nada. Se convirtió en el frío secuestrador del primer día.

—Pero, hermana, ¡estabais en peligro!

—Lo sé, lo sé. Ahora lo sé. Pero en ese momento yo me sentí rechazada. Utilizada. Después en la playa, cuando le vi herido por protegerme yo...

—¡Vale, Lu! Todo eso ya pasó y tienes que entender que él estaba haciendo un trabajo y que tú vida y la suya corrían peligro.

Lucía continuó hablando, como si no hubiera escuchado a su hermana protestar.

—Cuando le vi en el hospital y le reconocí, me hirvió la sangre. Yo le había contado mi historia con el chico del Z, o sea, él, y pensé que se había reído de mí.

—¿Pero no te das cuenta de que no es así? Nikolái no podía hacer otra cosa.

Carina quería conseguir que su hermana rectificase, que comprendiera que la situación había obligado a Nikolái a tomar una decisión. Cuando la vio respirar hondo, supo que había sucedido. Y lo que Lucía dijo después se lo confirmó.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —respondió la joven con resignación—. Y ahora no dejo de pensar en ese día en el hospital. En mi estúpida y bochornosa reacción. Carina, me encontré con él hace siete años y tendría que ocurrir un milagro para que eso volviera a suceder. ¿No lo entiendes? Mi oportunidad pasó.

Carina no podía ocultar una espectacular sonrisa. Lucía se dio cuenta.

—Puedes reírte lo que quieras, lo tengo merecido. Cuando regresamos a Alicante y fui consciente de la tontería que había cometido, le busqué, puse una conferencia con Malta en un intento de disculparme, aunque fuera por teléfono, pero le habían trasladado y

no di con él. —Se encogió de hombros—. Se me pasará, solo necesito tiempo.

Carina continuaba sonriendo. Había llegado el esperado momento. Su hermana estaba preparada para enfrentarse a él. Solo tenía que plantearlo con naturalidad.

El nerviosismo hizo que su pie derecho comenzase a taconear en el suelo, tragó saliva y para no mirarla se centró en el horizonte, donde la línea del mar se encuentra con el cielo.

—¿Qué harías si le vieras? —preguntó intentando que su voz sonara despreocupada.

Lucía volvió a sentarse.

—Agradecerle cómo se comportó conmigo, lo primero. Debo parecerle una estúpida, mimada y desagradecida. Pero, sobre todo, me gustaría saber si lo que pasó entre nosotros en aquel oscuro y diminuto camarote del barco fue real. Yo lo sentí muy íntimo, pero no sé si él... Necesito averiguar si en aquel momento empezamos algo.

Carina ya no pudo reprimir su entusiasmo.

—Pues le llamamos. ¡Qué venga y habláis! Y lo que tenga que ser, será.

Lucía la miró con desconcierto.

—Hermana, ¿qué parte de «no conozco su dirección ni tengo su correo electrónico, ni sé su número de teléfono» no es comprensible? Quizá si consiguiera contactar con Enrico él podría averiguarlo para mí, pero a saber dónde estará.

Su discurso se vio interrumpido cuando el móvil de Carina se detuvo a pocos centímetros de su nariz. En la pantalla aparecía un número y debajo rezaba: «Nicolái, el macizo».

—Solo hay que rozar la pantalla, darle al botón verde y podrás hablar con él.

Lucía cogió el móvil con ambas manos y sin dejar de mirar el aparato preguntó:

—¿Lo has tenido todo este tiempo?

—No solo lo he tenido, hemos hablado a diario. Hasta he estado en su casa.

—¿Qué?

—Pues eso. Después de tu rabieta en el hospital, Nicolái me dijo que no quería perder el contacto y me dio su número de móvil. Hemos hablado a menudo y tengo que decir que no me llamaba para que le contase qué tal iba mi vida ni porque soy

simpatiquísima, lo hacía porque quería saber de ti. Sí estabas bien, si tenías pesadillas, si te habías recuperado del todo. —Carina sonrió al ver como su hermana aún tenía la boca abierta y los ojos como platos—. ¿Recuerdas que la semana pasada fui con unas amigas a ver el casco antiguo de Altea? Pues fue la excusa perfecta para ir a verle. Raquel y Gloria pueden confirmártelo. ¡Menudo chaletazo!

—¿Está en Altea? ¿Tan cerca? —Lucía llenó sus pulmones de aire antes de añadir —: ¿Fuiste a ver a Nikolái?

—En realidad, pasaba por allí. Fue una lástima que Mihail no estuviera en España.

—¿Quién es Mihail?

—Su hermano. El chico que esperó en la calle a que saliera de la academia de inglés para pasarme tu llamada. Es casi tan guapo como Nikolái. Lucía, ¿qué haces que no llamas?

La mirada de Lucía se tornó soñadora y, aunque no apartaba la vista del número que aparecía en la pantalla, murmuró:

—Creo que por una vez haré las cosas bien. Dame su dirección.

Se perdió tres veces antes de encontrar la calle y la casa —Altea Hills es una urbanización un tanto laberíntica—, y cuando por fin encontró el chalet se dio cuenta de que era la segunda vez que pasaba por la puerta.

Genial. No había sitio para aparcar cerca y tuvo que llegar hasta el final de la calle para encontrar un estacionamiento que se le antojó diminuto, pero que, cómo era el único disponible, tendría que servir.

Los nervios —y que el aparcamiento fuera pequeño—, hicieron que Lucía tuviera que realizar unas cuantas maniobras con el utilitario de su madre hasta conseguir meterlo en el hueco. Una vez aparcado, se miró en el retrovisor y resopló. Parecía una loca acalorada y desgredada. No podía presentarse así, menos mal que había sido precavida. Sacó de su maxibolso un pequeño neceser y se cepilló el cabello. Con una toallita húmeda se refrescó la cara y se retocó el labial.

Bien. Ahora tenía buen aspecto, aunque su estómago continuaba revuelto por los nervios, como si en realidad estuviera acudiendo a una primera cita.

«Lucía, es muy fácil», se dijo, «vas a salir del coche y llamar a esa puerta. Te disculparás por tu vergonzosa reacción y dejarás que él se explique. No tienes que hacer nada más».

Abrió la puerta, salió despacio y al cerrar contempló su reflejo en el cristal de la ventanilla. A pesar de sus horas de terraza su piel todavía no estaba bronceada porque no había pisado la playa, pero aquel vestido estilo ibicenco le quedaba muy bien. Quizá las sandalias de cuña eran un poco altas, pero se las había puesto a propósito, así no tendría que mirarle desde abajo. No es que con aquellos taconazos se pusiera a su nivel, Nikolái era muy alto, pero a pesar de tener la sensación de que iba haciendo equilibrios, se encontraba femenina y segura.

Estaba todavía parada junto al coche insuflándose ánimos cuando le vio llegar caminando a su casa desde el otro lado de la calle. Por instinto se agachó ocultándose tras el vehículo, pero le observó a través de los cristales.

«¡Vaya, un perro! Nunca lo habría imaginado».

Debía de regresar de pasear al animal. Se le veía bien. Caminaba a grandes

zancadas mientras agitaba un juguete de goma delante del cachorro y simulaba lanzárselo. Aparentaba estar totalmente recuperado.

Iba a salir de su escondite cuando la puerta del chalet se abrió y apareció una mujer con un bebé en brazos. Fue una reacción absurda, pero Lucía se agachó un poco más para no ser descubierta. Aun así, se percató de como el niño estiraba las manitas hacia Nikolái y este lo sujetaba por la cintura hasta levantarlo por encima de su cabeza.

La mujer le amonestó por coger al chaval y lo recuperó enseguida. Él, como respuesta, la tranquilizó moviendo su brazo como un aspa de molino y llevándose la mano al hombro herido, al que le dio unos golpecitos. Ella no quiso saber más y se metió en la casa y Nikolái la siguió. Cuando cerraron la puerta, Lucía intentó ponerse de pie, pero las rodillas le fallaron y acabó por sentarse en la acera.

«¡Está casado! ¡Incluso tiene un bebé!».

Aquellos pensamientos borraron su sonrisa. Enfrentarse a él y a su mujer cara a cara iba a ser demasiado duro. Regresaría, le llamaría desde su casa y le agradecería todo lo que hizo por ella a través del teléfono.

Sí, eso haría.

A pesar de haber tomado una decisión, tardó un buen rato en reaccionar —la desilusión había abierto una brecha muy grande—, aunque era consciente de que tenía que ponerse en marcha. Estaba lejos, sí, pero si alguien se asomaba a las ventanas del piso superior de la casa, la encontrarían allí sentada y se vería en un compromiso. Con un torrente de sentimientos contradictorios y un buen lío en su cabeza, se subió de nuevo al vehículo y acompañada de una incómoda sensación de angustia emprendió el camino de regreso.

Al llegar al apartamento de sus padres aparcó en la calle, pero no bajó del coche, se quedó allí pensando en lo tonta que había sido por ilusionarse. Otra vez había reaccionado mal, debía de haberse acercado y haberle dado un buen tortazo, igual eso le hubiera hecho sentirse mejor. Estaba casado y se había acostado con ella sin titubear. Menudo canalla.

Se le hizo de noche. Y en las dos horas que pasó en el interior del coche de su madre lloró, se rio de sí misma y sus neuras, y se prometió que debía olvidarle de una vez por todas y continuar.

Cuando le vio en el hospital... ¡Cómo había cambiado! Pero era él, el chico con el

que había fantaseado tantas y tantas veces, aunque mucho más hombre, más maduro y masculino. En fin, ya no tenía remedio. A ella le hubiera gustado mucho, muchísimo, que esta historia hubiese tenido otro final. Había ido hasta Altea con la intención de hablar con él y comprobar si las mariposas que tenía instaladas en el estómago cada vez que se miraba en sus ojos eran de verdad o una ilusión que ella se había creado, pero lo que había visto cambiaba por completo el rumbo que podría haber tomado su relación con él.

Arriba, en el apartamento, Carina miraba distraída el televisor. Tenía el móvil en la mano y lo revisaba a cada momento, esperando que su hermana diera señales de vida y que le contase qué tal le había ido. Pensaba que todo saldría bien porque intuía que si hablaban llegarían a entenderse, pero no podía evitar sentir cierta ansiedad por saber.

Cuando notó la vibración del aparatito entre sus dedos su sorpresa fue mayúscula. No era Lucía quien llamaba sino Nikolái.

—Hola, Carina. No quiero parecer ansioso, pero ¿no dijiste que tu hermana venía hacia aquí? ¿Le diste bien la dirección? ¿Crees que puede haberse perdido?

—¿Cómo? —casi gritó—. Salió de casa hace más de cuatro horas.

—No te pongas nerviosa. Igual no ha encontrado la casa o ha pinchado una rueda. Cogeré la moto y me daré una vuelta por la urbanización para buscarla.

—La he llamado un par de veces y no me ha contestado. Pensé que estaría contigo.

—Vuelve a intentarlo. Voy a salir, en unos minutos te llamo de nuevo.

A pesar del aplomo de las palabras de Nikolái, Carina se puso de los nervios. Si le había pasado algo a su hermana no podría perdonárselo.

Jamás.

Nikolái se alteró y eso no era habitual en él. Cogió una chaqueta ligera de cuero, comprobó que su móvil tuviera batería, lo conectó al manos libres de su casco y fue a buscar su moto.

¿Dónde estaría Lucía?

Por inercia, al pasar por el mueble de la entrada, cogió su Walther PPK y la guardó en el interior de su chaqueta. Se metió un par de cargadores adicionales en el bolsillo trasero del pantalón mientras se repetía una y otra vez que estaba exagerando, que aquello no iba a ser necesario. A punto estuvo de dejar el arma de nuevo en el cajón, pero un mal presentimiento...

Se la llevaba.

Una vez en el garaje, movido por su intuición y quizá la inercia de su profesión, cogió casi al azar algunas cosas: una linterna, una navaja multiusos, cinta americana, unas bridas y un par de grilletes. Lo metió todo en una bolsa y la sujetó al depósito.

Su hermano Mihail le vio en ese momento y aun sin saber de qué se trataba, cogió su casco para acompañarle. De nada sirvió el discurso y la negativa de Nikolái, estaba decidido a ir con él. Subió de paquete y comenzaron por dar una vuelta por la urbanización.

Mientras tanto Carina volvía a insistir con el número de su hermana. Un timbre, dos, tres...

«¡Vamos, Lucía! ¡Contesta!».

Por fin, tras varios tonos, una conocida y dulce voz le respondió.

—¡Hola, Carina!

—¿Se puede saber dónde estás?

—Pues no te lo vas a creer, pero estoy abajo, en la calle. Aparqué el coche de mamá y no tuve fuerzas para subir. Necesitaba pensar.

—¿Estás bien? —preguntó la joven mientras abría la doble cristalera para salir a la terraza y comprobar que su hermana estaba donde le había indicado.

Al ver el coche, respiró.

—Sí. No ha salido como esperaba, pero estoy bien. Ya estoy bien.

—¿Qué ha pasado?

—Carina. Nikolái está casado, hasta tiene un bebé.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Está casado.

Pero Carina ya no estaba pendiente de la conversación. De detrás de una furgoneta salieron dos hombres vestidos de oscuro que se aproximaron sigilosamente al coche donde estaba su hermana, escondiéndose tras los vehículos aparcados cerca. Sin tiempo para reaccionar y advertir a Lucía, observó con horror como la sacaban a rastras del coche tras ponerle algo en la boca que la dejó floja e inconsciente. La cargaron en brazos y la metieron en una furgoneta que tras un brusco frenazo paró junto a ellos.

Carina corrió. Corrió como nunca.

Bajó los peldaños de la escalera a tal velocidad que cuando llegó a la calle, la furgoneta estaba aún parada en el semáforo. Subió al utilitario de su madre y bendijo su suerte al encontrar las llaves en el contacto. Arrancó y se dispuso a seguirles.

Aún con el móvil en la mano y nerviosa a más no poder, intentó marcar el 112. No atinaba, le temblaban tanto los dedos que falló por dos veces el código de desbloqueo del teléfono. Cuando iba a probar una tercera vez, una llamada entrante hizo que su corazón diese un vuelco de alegría.

—¡¡Nikolái!!

Su voz sonó tan desesperada que el hombre supo nada más escucharla, que algo iba mal. Él no podía permitirse perder los nervios.

—Tranquilízate, Carina. Dime qué ocurre.

—Se la llevan. A Lucía. Eran dos, no he podido verles bien, pero te juro que ahora no voy a perderles de vista.

—Respira y empieza por el principio —se forzó a decir con una serenidad que no sentía.

—La llamé y ella me dijo que estaba abajo en la calle, que había vuelto de Altea y estaba en el coche. Me asomé justo a tiempo de ver cómo la sacaban a rastras y la metían en la parte trasera de un furgón.

—¿Dónde estás ahora?

—¡Les estoy siguiendo! Bajé corriendo y el coche de mi madre tenía las llaves puestas.

—Pues ahora escúchame. No te pongas nerviosa, dependo de ti para saber a dónde la llevan, ¿de acuerdo? Deja que pase algún vehículo entre el tuyo y la furgoneta. Se

prudente, mantén la distancia para que no tengan visión directa de tu coche y ve diciéndome qué dirección tomáis.

Carina frenó, dejó pasar a una moto y permitió que se alejasen un poco.

—Estamos saliendo de la playa, parece que vayamos a coger la circunvalación que rodea Alicante.

—De acuerdo. No cuelgues y sigue hablando. Voy a tu encuentro.

—¿Sabes qué tu voz tranquiliza? Hablas con una seguridad que asusta. ¿Haces esto todos los días?

—Es lo que intento, Carina. Tú solo pon el altavoz para que no te pare la policía, no excedas el límite de velocidad y conduce a una distancia razonable.

—No van deprisa. Es una «furgo» vieja. ¡Nicolái! ¡Nos desviamos! Definitivamente tomamos la circunvalación en dirección a Murcia.

—De acuerdo. Ahora te será más fácil seguirles. Descríbeme cómo es y dame su número de matrícula.

—¿No ibas en moto? ¿Tienes donde apuntar?

—No te preocupes, tengo buena memoria.

Carina le describió con pelos y señales el vehículo. Hasta le mencionó los roces que tenía en un lateral. Le dio el número y esperó.

—Lo estás haciendo muy bien.

—¿No crees que deberíamos de llamar a la policía?

—Luego. Sobre todo, no cuelgues, no quiero perderte. No te agobies por nada, yo me encargaré de todo.

Carina respiró hondo e hizo caso de todo lo que le iba indicando. Despacio, su ritmo cardíaco y el subidón de adrenalina fueron remitiendo, y poco a poco empezó a ser dueña de la situación. Al menos esa era su impresión. Aun así, no paraba de insuflarse ánimos y repetir para sí que Nikolái era un profesional y se ocuparía de todo. Ella solo debía obedecer y no cuestionar nada. Él parecía estar muy seguro y eso era tranquilizador.

Pasó un buen rato y la furgoneta tomó el desvío de la autovía que se dirigía a Cartagena-Torrevieja. Hacia el mar. Informó a Nikolái y la siguió a una distancia prudencial.

No le dijo nada para no asustarla, pero él empezaba a sospechar que iban hacia la costa, quizá a coger algún pequeño barco que les llevase hasta su destino final. Aunque oficialmente seguía de baja recuperándose de su herida, había mantenido contacto con sus superiores para saber en qué estado estaba la misión. Según la agencia, el árabe que había hecho el encargo tenía su barco fondeado en Marbella y era muy probable que hubiera decidido actuar a la desesperada para hacerse con Lucía. Con bastante seguridad podría afirmar que se dirigían hacia allí.

Antes de desviarse hacia las playas de la Mata, Carina se sobresaltó al ver una moto roja y enorme, y con dos ocupantes, frenar a mitad de adelantamiento y mantener la velocidad a su lado.

—¡Soy yo! Quiero que des media vuelta y te vayas a casa. Tu trabajo ha terminado.

—¡Y un cuerno! No pienso dejar ahí a mi hermana.

—Carina, sé razonable.

—Ni hablar. ¡Ehhh, vas a sacarme de la carretera!

—¡¡Carina!!

—¡NO! Si quieres me quedaré un poco atrás, pero por favor no hagas que dé media vuelta.

Nikolái resopló. La compañía de la joven complicaba las cosas, sin embargo, no era momento para discutir. Debía centrarse en Lucía.

—De acuerdo. Pararé en la próxima gasolinera para que mi hermano se baje de la moto. Le recogerás y te iré indicando por dónde has de ir. Pero cuando yo diga que pares, lo harás, ¿entendido?

Por unos instantes, la voz de Nikolái le sonó inflexible, dura, fría, pero al final había conseguido lo que quería; él había cedido y le había permitido seguir. Ella entendía su actitud, no quería que nada ni nadie le entorpeciera, pero ni en sueños iba a dejar a su hermana sola. Redujo la velocidad, respiró profundamente y a pesar de toda la tensión se obligó a tener esperanza.

Nikolái estaba al mando y todo iba a salir bien.

Vio las luces de la gasolinera y se pegó al margen derecho para coger el desvío. A lo lejos podía ver una figura esperando en el arcén que se estaba quitando el casco. Frenó

despacio y esperó a que subiera, pero tan pronto estuvo arriba, arrancó y volvió a la carretera.

—¡Hola! —dijo tendiendo su mano—. Mihail, ¿recuerdas?

Ella le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza.

—No mucho español, ¿ok?

—Ok, ok. ¿Nikolái? —dijo en voz alta para hacerse oír—. Tu hermano ya está en el coche, ¿qué hacemos ahora?

—Nos dirigimos a Torrevieja o quizá a las playas de la Mata. Desvíate hacia Guardamar para coger la N-332.

—De acuerdo.

Mihail observó el perfil decidido de Carina y le pareció admirable su actitud. Si supiera que su hermano estaba en peligro no sabría si sería capaz de actuar con tanta serenidad. Estaba nerviosa, eso era evidente, pero luchaba por mantener la cordura con una entereza digna de respetar.

En ese momento, Nikolái se enzarzó en una conversación en ruso con su hermano para darle pormenores de lo que quería que hiciera en caso de emergencia. Carina frunció el ceño y protestó.

—Ayudaría que hablaseis en español.

—Mi hermano no domina el idioma, le estoy explicando lo que debe hacer —replicó Nikolái—. Ten paciencia ahora hablaré contigo. ¿Ves ya la laguna salada? Deberías de tenerla a tu derecha.

—Sí, la veo.

—¿Has pasado ya por una rotonda?

—Sí.

—Pues en la siguiente desvíate hacia las urbanizaciones y continúa en dirección a Torrevieja por la carretera paralela a la nacional. Síguela y dobla en la primera bifurcación a la derecha, después la siguiente a la izquierda. Estarás entonces sobre el canal que abastece de agua salada a la laguna interior y al fondo verás el mar.

—Espera, espera. No tan rápido.

Nikolái volvió a repetirle las instrucciones y se aseguró de que ella las hubiera

entendido.

—¿Ves mi moto? Pues aparca al lado y quédate allí. Voy a colgar, he de hacer un par de llamadas, pero estaré cerca. Pase lo que pase confía en Mihail y no me llames. La furgoneta se ha detenido junto al agua, creo que están esperando a que llegue una lancha. Aparcad y esperad, ¿entendido?

Colgó antes de que pudieran responderle.

Carina siguió las indicaciones y estacionó junto a la moto. Al hacerlo se dio cuenta de que Mihail la miraba y al girar su rostro para enfrentarle fue consciente del espacio que ocupaba. Con él dentro, el coche se veía diminuto.

—¿No estás nervioso?

—Nikolái, bueno. Buen trabajador.

—¡Jau!

—¡Eh! Yo no tonto, solo no idioma.

—¡Vale! ¡Vale! Entendido.

Se sintió ahogarse allí dentro y echó mano de la maneta de la puerta para salir, pero un largo brazo la detuvo.

—No calle. Nosotros esperar.

—Lo que me faltaba.

Carina suspiró resignada. Desde donde estaban no veía nada, tan solo un edificio de apartamentos convertido en muro, pero bajó la ventanilla y le llegó la brisa cargada de sal. Estaban cerca, podía sentirlo. Aquella muralla de hormigón que tenían delante les ocultaba el pequeño brazo de tierra que se adentraba en el mar donde había aparcado la furgoneta. Empezó a asfixiarse. Una y otra vez se repetía que su hermana no estaba lejos y que no podía ayudarla porque estaba encerrada en su coche con un orangután.

Nikolái se había quitado el casco y caminaba pegado al edificio, intentado fundirse entre las sombras y no llamar la atención. A pesar de estar en los inicios del verano y en plena zona turística, no había gente paseando, pero tuvo miedo de que le descubrieran y se mantuvo en todo momento cerca de la pared, buscando un lugar desde donde pudiera observar la furgoneta sin ser visto.

Uno de los hombres había bajado del vehículo y estaba hablando por el móvil. Desde su posición veía a otro al volante, pero nada más. Por lo que había contado Carina eran tres: el conductor y otros dos. El tercero debía estar en la parte trasera con Lucía.

Una punzada atenazó su estómago. Si le habían hecho daño, lo iban a pagar.

Cuando el que había bajado para hablar por teléfono se sentó de nuevo junto al conductor y el coche se puso en movimiento, Nikolái corrió hasta la moto, hizo una seña a Carina y Mihail para que esperasen y desapareció persiguiendo a los secuestradores.

Carina acarició el llavero y casi se olvidó de respirar. En el instante en el que el teléfono sonó no perdió ni un segundo, puso el coche en marcha preparándose para salir tras ellos, pero Mihail la detuvo hasta terminar de escuchar las órdenes de su hermano.

—Vamos en dirección norte, hacia Guardamar. Seguramente buscan una zona en la costa con menos edificios y gente. No quiero que os mováis de ahí.

—Pero mientras haya edificios podemos acercarnos.

Él siseó. Entendía la postura de la joven, pero no podía permitir que un error pusiera en peligro su intento de rescate.

—Está bien, Carina, pero no os dejéis ver. —Cedió—. ¿Entendido?

—Sí.

Arrancó y muy despacio avanzó atravesando el pueblo, siempre paralelos al mar, intentando mantener la calma. Habían perdido la comunicación con Nikolái —él les había colgado otra vez—, pero intuía más o menos a la zona a la que se dirigían. Un poco más adelante había una pequeña franja costera sin edificios, un terreno escarpado mezcla de arena, tierra y bajo matorral. Las playas no eran de las más visitadas y más a esas horas. Como mucho encontrarían a alguien pescando y a alguna que otra pareja buscando intimidad.

Nerviosa, sin darse cuenta, dejó las casas atrás para adentrarse en un camino que se dirigía hacia el mar. Tan pronto como Mihail se dio cuenta, le tocó el hombro y negó con la cabeza, queriendo indicarle que no avanzase más y Carina detuvo el vehículo en un recodo, apagando el motor a la espera de nuevas órdenes.

Sin querer habían salido del pueblo y estaban parados en medio de una zona de bajo matorral. Justo lo contrario que les había pedido Nikolái.

Los dos se quedaron callados, pendientes de todo lo que pasaba a su alrededor y

cuando escucharon un motor y por el espejo retrovisor Carina vio la furgoneta a sus espaldas, supo que estaban en problemas. Los secuestradores debían de haber dado un rodeo antes de adentrarse en el camino, porque no era normal tenerles detrás. Se puso nerviosa sin saber muy bien qué hacer y justo cuando el corazón empezaba a hacérsele una pelota en la garganta, porque el coche comenzaba a rebasarles, Mihail se soltó el cinturón y se deslizó encima suyo para fundir sus bocas en un beso apasionado.

Más sorprendida que asustada, Carina intentó esquivarle, pero el cuerpo del joven la tenía aprisionada contra el respaldo de su asiento y solo pudo dejarse llevar. Fue un beso suave, lento y tierno que, por unos instantes, le hizo olvidar dónde estaba.

Cuando la furgoneta desapareció, Mihail se separó y la miró con curiosidad. Ella tenía los ojos muy abiertos y le devolvía la mirada un tanto espantada.

—No sospechan. Nosotros pareja.

El golpe de unos nudillos en el cristal les sacó del trance en el que se habían quedado los dos. Giraron sus cabezas al unísono para encontrarse a Nikolái, que subido a la moto y con el casco puesto les observaba con los brazos en jarras.

Carina bajó la ventanilla y él levantó la visera muy enfadado.

—¿Qué se supone que hacéis aquí? ¿No os dije que os quedaseis a cubierto? —dijo en voz baja a pesar del cabreo—. ¡Maldita sea! ¿Por qué habré tenido que permitir os venir?

Ninguno de los dos pudo contestar; no dio tiempo. Nikolái bajó de nuevo la visera del casco y muy despacio y con las luces apagadas, avanzó un poco más. Dejó la moto tras unos arbustos y continuó a pie.

Estaban cerca de la playa, se sentía la brisa pegajosa por el salitre del agua de mar. El suelo ya empezaba a cambiar de tierra a arena y los matorrales donde ocultarse comenzaban a escasear. Nikolái se movió con rapidez amparado en la oscuridad y celebró para sus adentros ir vestido de oscuro. Aun así, tuvo la prudencia de buscar los ángulos muertos de los retrovisores de la furgoneta para que no le vieran.

Aquel debía de ser el punto de encuentro. Pronto aparecería alguna lancha que les transportaría hasta un barco mayor.

En el coche, Carina y Mihail miraban de frente a la nada, enfrentándose a un silencio incómodo. Los dos tenían muy presente la proximidad del otro. Ese beso que

habían compartido, aunque apenas había durado unos segundos, les había llevado muy lejos de allí.

Nicolái sacó el arma y la sujetó con las dos manos. Se acercó con sigilo y cuando escuchó abrirse la puerta del copiloto —que bajaba del coche para dirigirse a la parte trasera—, rodeó el vehículo por el lado contrario hasta llegar a la ventanilla del conductor.

Tuvo suerte. El hombre estaba distraído encendiéndose un cigarro y no le vio venir. Abrió la puerta con rapidez y le noqueó con la ayuda de la culata de la pistola antes de que pudiera reaccionar. Se giró rápido y apuntó hacia el final del vehículo temiendo que sus compañeros hubieran podido oírle a pesar del romper de las olas, pero al ver que no era el caso, avanzó despacio hasta la parte posterior.

La puerta trasera estaba abierta y Nikolái se acercó con prudencia. Se agachó, miró por debajo y al ver los pies de uno de los secuestradores con el cuerpo girado hacia el interior, aprovechó la oportunidad y la cerró con fuerza, no una, sino dos veces, consiguiendo que el hombre cayera desmadejado al suelo, aullando de dolor.

Fin de la sorpresa.

El tercero de los asaltantes, alertado por los gritos de su compañero, intentó sacar el arma que llevaba en el bolsillo, pero no pudo reaccionar a tiempo, la silueta de un hombre corpulento con un casco de moto puesto, le apuntaba por la puerta entreabierta. No mediaron palabra, al hombre no debían de pagarle tanto como para jugarse la vida y levantó las manos en seguida.

A un gesto de Nikolái salió con ellas en alto y en el momento en que puso los pies en el suelo recibió un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente.

Les desarmó y, aunque ardía por buscar a Lucía, siguió el protocolo. Sacó unas bridas del bolsillo de su chaqueta —cada vez más agradecido por haber dejado que su instinto le hubiera permitido estar preparado— y les inmovilizó de pies y manos. Cuando por fin entró al furgón, Lucía, atada, amordazada y con una capucha en la cabeza, se esforzaba por hacerse una pelota en un rincón.

Se quitó el casco, guardó la pistola y se acercó sin tocarla.

—¿Lucía?

Ella se reapretó contra la pared.

—Lucía, cariño, escucha mi voz.

Con suavidad retiró el capuchón y la observó. El interior estaba en penumbra y hasta que no vio reconocimiento en sus ojos no se atrevió a acercarse; no quería asustarla más. Pero al ver como comenzaba a llorar, le retiró la cinta adhesiva que le cubría los labios y con mimo le acarició la mejilla dejando que ella recuperase el aliento.

Estaba bien, a pesar de tener los ojos irritados por el llanto y el contorno de su boca enrojecido a causa del adhesivo que hacía las veces de mordaza. Lucía estaba bien y la tentación de abrazarla y besarla fue tan fuerte que tuvo que apretar los puños para evitar lanzarse sobre ella.

—¿Sergei?

—Sí, pequeña, sí —dijo sin caer en rectificar que él no era Sergei, sino Nikolái—. No tenemos mucho tiempo. Tenemos que irnos, ¿puedes andar?

—¡Estás aquí! —murmuró con devoción sin ser consciente de lo que él le decía.

—Sí, estoy aquí.

Lucía tenía las manos unidas por unas bridas, pero no habían protegido la piel de sus muñecas y las magulladuras y arañazos hicieron gruñir a Nikolái. Al tiempo que las cortaba con cuidado con los alicates de su multiusos, le revisó los antebrazos en busca de pinchazos.

Ella al darse cuenta murmuró con voz entrecortada:

—Estoy bien, estoy bien. Un poco mareada, pero bien. Me pusieron un pañuelo en la boca con algo que me dejó atontada.

Nikolái levantó su mentón para obligarla a mirarle, sacó la linterna y observó la reacción de sus pupilas. Ella protestó y puso sus manos ante la cara para evitar la luz.

—Tenemos que irnos, Lucía —repitió—. ¡Ya!

No fue duro, aunque sí autoritario y ante la orden ella intentó incorporarse, pero su cuerpo parecía no obedecerle del todo. Nikolái la tomó en brazos y la sacó del vehículo sin demasiado esfuerzo mientras protestaba murmurando entre dientes que la notaba más delgada.

Una vez fuera no pudo evitar estrecharla contra su pecho, mientras caminaba dejando el mar a sus espaldas, y sentir un alivio intenso al comprobar que estaba viva y bien. No la había visto desde aquella mañana en el hospital, cuando ella fue a visitarle y,

aunque Carina le había dado noticias casi a diario, estaba ansioso por tenerla delante. Aunque no hubiera imaginado jamás hacerlo en una situación así.

Avanzó rápido hasta llegar al camino por donde había venido y en el momento en que vislumbró el pequeño vehículo, escuchó el ruido de las puertas al abrirse y vio a Carina correr hasta donde ellos se encontraban.

Lloraba y reía en silencio y cuando llegó a su lado, casi saltó sobre su hermana.

Con pesadumbre por cesar de sentir el calor de su cuerpo, la dejó con suavidad en el suelo para que se abrazasen y se sintió feliz por verlas así. Al final había sido buena idea dejar que Carina les acompañase, para Lucía era reconfortante tener a alguien conocido a su lado.

—Me gustaría que Mihail os acompañase de vuelta a casa y se quedase con vosotras hasta que todo haya acabado —interrumpió Nikolái.

Lucía deshizo su abrazo y le miró desencajada.

—¿Tú no vienes?

—No puedo dejarlo a medias. Si lo hago nunca terminará.

Ella se desentendió totalmente de su hermana y se aferró con las dos manos a su antebrazo.

—Pero estás solo.

—No lo estaré. He hecho unas llamadas y un equipo de apoyo está a punto de llegar. Ve con ellos a casa, cuando todo esto termine enviaré un mensaje al móvil de Carina.

—¿Hacemos algo? ¿Quieres que llamemos a la policía? —preguntó ansiosa Carina.

—Yo me encargo de eso. No os preocupéis.

Lucía soltó sus dedos despacio, imágenes de aquella hermosa mujer y su hijo vinieron a su mente y sin querer una lágrima desbordó su ojo derecho y se deslizó por el pómulo. No había mucha luz, pero aun así se giró para que él no la viera.

Nikolái le dio instrucciones en ruso a su hermano, le entregó las llaves de la moto y antes de que nadie pudiese objetar nada más, desapareció en la oscuridad.

Mihail, al ver cómo Lucía oscilaba temblorosa, la sujetó por los hombros y en un

intento de tranquilizarla le habló, aunque sin darse cuenta lo hizo en su ruso natal. A ella no pareció importarle, se desplomó sobre su pecho y se dejó confortar por él.

Con la ayuda del joven, Carina llevó a Lucía hasta el coche. Estaba tan destrozada que parecía no poder moverse por sí misma y, mientras la hermana menor le sujetaba la puerta, con suavidad, Mihail la ayudó a sentarse el asiento del copiloto.

Para Lucía pasar dos veces por aquello había sido demasiado, aunque en esta segunda ocasión el impacto había sido mayor; ya sabía a qué iba y lo que podría sucederle, y había sentido verdadero terror. Gracias a que apareció Nikolái.

Nikolái.

Que no les acompañase y se quedara para finiquitar aquello contribuyó a que ella se creyera de algún modo culpable. Volvía a estar en peligro y ya le habían herido una vez por protegerla; no quería imaginar cómo se iba a sentir si le pasaba de nuevo algo malo.

Con Lucía ya en el coche, Mihail le pidió con toscas palabras a Carina que llevase cuidado y condujese despacio. Ella se limitó a asentir. Se sentía feliz de tener a su hermana de vuelta, pero la tensión acumulada en las últimas horas le estaba pasando factura y empezaba a encontrarse agotada. Sin protestar, se deslizó en el asiento del piloto y arrancó el motor, aunque esperó a que Mihail recogiera el casco de su hermano y lo dejase en el interior del vehículo.

Con él como escolta iniciaron el camino de regreso.

Lucía estaba deshecha. No podía dejar de darle vueltas a lo sucedido en las últimas horas.

Al recuperar la consciencia y ver que la historia se repetía, que volvía a estar atada de pies y manos y con una cinta adherida sobre la boca, sintió un desgarró interno que la dejó en estado de *shock*. Fueron dos horas horribles. Estuvo tan en tensión que cuando escuchó los golpes y puñetazos no imaginó que era alguien que acudía en su ayuda, solo pensó que había llegado de algún modo el final. Y cuando Nikolái le quitó la capucha, le costó creer que todo había terminado bien.

Mecerse de nuevo entre sus brazos, aunque solo había sido un instante, le había hecho recordar muchas cosas: un beso de juventud, una mirada intensa, la pasión de sus caricias mientras hicieron el amor, despertar con la mejilla sobre su pecho... Con tan solo el azul de su mirada, Nikolái había conseguido avivar un sentimiento que ahora Lucía

luchaba por extinguir.

Estaba casado.

No tenía ningún derecho a pensar en él.

Llegaron al apartamento y Carina obligó a Mihail a guardar la moto en la plaza de *parking* vacía de sus padres y a entrar en la casa. Él, a su modo, les había explicado que pretendía quedarse haciendo guardia en el coche.

Lucía sonrió un poco al verlos discutir. Ella, diminuta frente al chaval, se crecía y no le dejaba ni replicar, y él se mordía la lengua y ante la falta de fluidez en el idioma, apretaba los labios y claudicaba.

¿Qué pasaba entre ellos? Casi podría jurar que era todo lo contrario a lo que parecía. Ahí había *feeling*.

Al final Carina no pudo salirse con la suya, a pesar de que insistió lo indecible para que Mihail ocupase el dormitorio de sus padres. Él se tumbó en el sofá y fue imposible moverle de allí. Le dio igual que los pies sobresaliesen por el extremo, cogió todos los cojines cercanos y se acomodó lo mejor que pudo a pesar de las protestas de la joven.

Lucía los dejó discutiendo y se metió en su habitación para tumbarse sobre el colchón. Se había bebido una tila, obligada por su hermana que esa noche era el diablo en persona, pero no pudo conciliar el sueño. Miles de imágenes habían vuelto para quedarse. Algunas eran perfectas, otras... Otras no podían evitarse. La vida es la que es, no podemos escondernos de la realidad.

Después de dar vueltas y más vueltas en la cama, a eso de las cuatro de la mañana, se levantó y evitando hacer ruido —no pretendía despertar a Mihail que parecía dormir a pierna suelta— cruzó el salón para salir a la terraza. Necesitaba la brisa del mar, el ruido suave de las olas y la tranquilidad de los sonidos nocturnos.

—¡Vaya! No soy la única que no puede dormir. ¿Qué haces aquí?

—Montando guardia. El orangután se ha dormido.

—Carina... —amonestó Lucía.

La cara que puso su hermana al volverse a mirarla no tuvo precio.

—¿A qué es mono? —dijo ahogando un suspiro.

—¿Mono? Hace un momento era un orangután.

—Es que es muy grande —protestó al mismo tiempo que intentaba esconder una sonrisa.

Un suspiro de lo más exagerado se escuchó en mitad de la noche.

—¡Ay, Lucía! No imaginas cómo besa.

—¿Te ha besado? ¡¿Cómo que te ha besado?!

Carina la miró y asintió un par de veces una mirada del todo bobalicona.

—Fue accidental, pero sí, sucedió. En la persecución nos separamos de Nikolái y me metí por un camino. La urgencia por estar cerca de ti era tal, que me adelanté a los secuestradores. No podrías imaginar la cara que se me quedó cuando vi la furgoneta por el retrovisor; venía justo por el camino donde estábamos parados. ¡Menudo susto! Pero Mihail reaccionó rápido, se desabrochó el cinturón de seguridad, me rodeó con sus brazos y me besó. El conductor de la furgoneta solo vio a una pareja que se había colado en un camino apartado a meterse mano.

Lucía observaba la expresión risueña de su hermana y sonrió a su vez. Carina, ensimismada, continuó hablando:

—Lo malo es que no habla casi nada de castellano, parece un arapahoe. ¿Será muy complicado el ruso? —preguntó suspirando.

—Hermanita, hermanita, te han pillado.

—Nada más lejos. Aparte de que apenas logramos entendernos él es insensible a mis encantos. —Sin mediar más palabras Carina se fundió en un abrazo de oso con su hermana—. No vuelvas a irte con los malos, ¿me oyes? Nunca, nunca más. Quise morirme cuando vi que te sacaban del coche, yo...

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pasó de la risa al llanto en un santiamén al tiempo que apretaba el abrazo.

—Fuiste muy valiente, Carina.

—¿Valiente? Ni siquiera atinaba a marcar el número de emergencias. Menos mal que Nikolái llamó. Qué seguridad transmite cuando habla. Gracias a él pude controlarme y

seguir la furgoneta. No te quiero ni contar a la velocidad que bajaría desde Altea, me encontró nada más tomar el desvío hacia Torrevieja.

—¿Has recibido algún mensaje?

—Nada aún y lo peor es que acabo de darme cuenta de que con todo este lío no hemos llamado a papá y mamá.

—Mejor no les digamos nada por el momento, deja que disfruten de su crucero en paz. ¿Por qué no te acuestas, Carina? Déjame el móvil y duerme un rato. Has bostezado tres veces en la última frase.

—Ya, pero seguro que cuando me meta en la cama los ojos se me abrirán como platos. No sé cómo Mihail ha podido dormirse. Su hermano por ahí, a tiros con los secuestradores y él durmiendo como un bebé. —Al ver la cara de Lucía supo que había metido la pata—. Seguro que está bien, Lu. Sabe lo que hace.

Lucía le quitó el móvil y se encaminó hasta la barandilla y Carina, que la conocía de sobra, la dejó a solas. Cruzó el salón de puntillas, aunque no pudo superar la tentación de pararse un segundo a mirar a Mihail.

Era guapo, muy guapo. Y besaba muy bien.

Suspiró y se dirigió a su cuarto.

En la terraza Lucía se abrazó en un intento de sentirse mejor, pero no lo consiguió. El frío que sentía no lo provocaba la brisa marina, provenía de la incertidumbre que llenaba su interior.

Miró de nuevo la pantalla del móvil. Nada.

Presentía que iba a ser una noche muy larga.

Amanecía, el sol aún no había despuntado, pero las luces naranjas comenzaron a aparecer sobre el horizonte formando una fina línea púrpura entre el agua y el cielo. Lucía continuaba en la terraza con el móvil entre las manos preguntándose por qué algo tan hermoso le hacía sentir tan triste.

Al final se había visto obligada a entrar y coger una rebeca —el frescor matinal a la orilla del mar, aunque sea junio, te destempla el cuerpo—, pero tras comprobar que Mihail y Carina dormían, había vuelto al exterior para no perderse el espectáculo del amanecer.

Volvió a concentrarse en el aparatito que aún continuaba dormido entre sus manos y le dieron ganas de agitarlo para ver si con ello podía obligarlo a despertar.

«¡Maldita sea! ¡Di algo, Nikolái!».

Y como si hubiera salido de un largo letargo, el móvil emitió un zumbido.

Un mensaje.

Se apresuró a activar el código para acceder al chat mientras el corazón le daba golpes en el pecho. Lo sentía martillar con la misma fuerza con la que una pelota de tenis golpea sobre un frontón.

—Voy de camino a Málaga. Si todo va bien, esta noche estará solucionado.

Carina, cuida de tu hermana. Volveré a llamar.

Un abrazo, Nikolái.

Se apresuró a contestar, quizá pudiera recibir su llamada.

—Soy Lucía, ¿puedo llamarte?

No hubo nuevo mensaje, pero una tonadilla pegadiza comenzó a sonar indicando

que tenía una llamada entrante. Los torpes dedos casi no atinaban a encontrar el círculo verde para contestar.

—¿Nicolái?

—Hola, Lucía —respondió él con voz serena—. ¿Cómo estás?

—Aterrada al pensar que podría ocurrirte algo por mi culpa.

—No pienses eso. Es mi trabajo.

—Sí, si hubiese sido valiente y me hubiera dirigido a ti en Altea, si no me hubiese quedado sola en el coche...

—No, no... Si estaban detrás de ti, habría sucedido igualmente, solo que de otro modo, y al menos así he podido intervenir y buscar una solución. Pero no hablemos de eso ahora, ¿sigue mi hermano con vosotras?

Lucía asintió sin ser demasiado consciente de que él no podía verla.

—Necesito hablar un momento con él —continuó.

—Nicolái, yo quiero pedirte disculpas por lo que te dije en el hospital, yo...

Él la interrumpió.

—Referente a lo que pasó entre tú y yo, prefiero tenerte cara a cara y no que sea por teléfono. Cuando vuelva tendremos esa conversación.

—Yo...

—Lucía, me lo debes. No volverás a escabullirte, no si puedo evitarlo.

El sonido de una profunda respiración le indicó que Nikolái intentaba serenarse, así que no quiso insistir en nada más. Él tenía razón: no era momento ni lugar.

—Sé que va a sonar absurdo, de sobra sabes cuidar de ti mismo, pero quiero pedirte que lleves cuidado y que no arriesgues más de lo necesario. Te paso enseguida con tu hermano.

Ella no pudo ver su cara, pero la sonrisa que esbozó Nikolái al escuchar eso de sus labios fue espectacular. Que pensara en él de ese modo, que se preocupase, le hizo pensar que había algún tipo de esperanza.

—Lucía, hazme una perdida desde tu móvil para que guarde el número. En cuanto pueda te llamaré. No dudes que volverás a verme, tenemos una conversación pendiente.

Lucía se sintió algo mejor. No podía evitar el estrés que le producía pensar que iba a estar en peligro, pero sonrió. Había prometido que hablarían y lo decía con tanta seguridad que tenía que creerle.

Se giró para entrar en la casa y su sorpresa fue encontrar a Mihail con el semblante muy serio en la puerta de la terraza. Había escuchado sonar el móvil, pero al ver que era una conversación privada se había quedado al margen.

—Quiere hablar contigo —murmuró mientras le tendía el aparato y entraba al salón.

Con el estómago aún revuelto se sentó a esperar que terminasen, mientras a través del gran ventanal observaba a Mihail caminar en círculos con el teléfono pegado a la oreja.

Salvo el color de ojos, su estatura y su sonrisa, los dos hermanos no compartían nada más. Nikolái era rubio, Mihail moreno y tenía los rasgos mucho más dulces. Quizá podía deberse a que era más joven, o tal vez a que hubiera salido a otra rama de la familia.

Mientras le contemplaba, Lucía recordó que Nikolái le había contado que su madre había fallecido y que su padre se casó de nuevo. Podría ser que Mihail fuese hijo del segundo matrimonio, de ahí las diferencias. Aun así, no podían negar que eran hermanos. Su manera de moverse al hablar, de gesticular y esa forma de mirar bajando el mentón y sonriendo de medio lado eran idénticas. No era de extrañar que Carina se sintiera atraída por él, tenía mucho atractivo.

Él entró, se sentó junto a ella y le devolvió el aparato.

—No preocupes —dijo—. Kolya fuerte y sabio.

—¿Kolya?

—Nicolái, Kolya. Kolya, Nikolái. Mismo nombre.

Lucía le miró esbozando una sonrisa. Le reprochaba a su hermana que se riese de su media lengua española, pero es que era muy gracioso escucharle.

Él se puso serio para preguntar:

—¿Puedo quedar aquí? Vosotras solas y mi hermano quiere que yo con vosotras.

—Claro que sí, Mihail. Hasta que todo esto termine te quedas aquí.

—Misha.

Ella le miró sin entender.

—Mihail, serio. Misha, mejor. Más amigos.

—¿Eres el osito Misha? —preguntó una voz femenina desde la puerta.

La cara de Mihail fue de pocos amigos cuando se giró para mirarla. Aquella niña no hacía más que tomarle por tonto y estaba empezando a hartarse. Poco le importaba que su hermano hablase de ella maravillas y dijera que era simpática y divertida. Poco le importaba que tuviera el mismo tipazo, pelo y ojos de su hermana y poco le importaba... Bueno, de eso no estaba tan seguro, porque el beso que le dio en el coche le había dejado descolocado y lo que él, con toda la intención, había comenzado para que no les descubriesen, le había afectado más de lo que le apetecía confesar.

Se levantó y si en un primer momento se dirigió hacia la puerta, al acercarse a Carina lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos para salir a la terraza.

—¡Qué! No me mires así. Para una cosa que entiende, tenía que ser esa.

—Pero, Carina, ¿por qué actúas así?

Ella se abrazó, se encogió y poniendo morritos acabó reconociendo con voz de niña pequeña.

—Me gusta y no sé cómo acercarme a él. Pasa de mí.

Lucía se levantó, fue hacia ella, la sujetó por los hombros y la condujo hasta la puerta de la terraza.

—Ya tardas en pedirle disculpas.

—¿Para qué? No se va a enterar de nada.

—¡Carina!

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

Avanzó rápido unos pocos pasos, pero cuando estuvo a poca distancia del hombre que de espaldas y ajeno a todo, miraba el azul del mar, se quedó parada. Él debió de escucharla porque sin volverse, giró la cabeza hasta que ella entró en su visión periférica, pero no dijo nada y no se movió.

—Oye, yo... Quería pedirte disculpas. Si te ha molestado algo de lo que dije quiero que sepas... que sepas que lo siento.

Mihail soltó una parrafada en su lengua natal sin siquiera dignarse a mirarla.

—¡Vale, lo pillo! —replicó Carina—. Tú no me entiendes, yo no te entiendo. Fin de la discusión.

Ella se dio la vuelta y con la cabeza gacha metió la mano para separar la cortina que ondeaba mecida por la brisa y poder así entrar al salón. Una manaza se detuvo en su hombro y la inmovilizó. Carina tragó saliva al mirar aquellos largos dedos. Aquella mano hizo que fuera consciente de lo pequeña que era comparada con Mihail.

—Carina... —murmuró una voz junto a su pelo.

Ella se giró para encararle y al ver que él sonreía y le tendía la mano en un gesto conciliador se sonrojó. Cuando le correspondió, la corriente eléctrica que recorrió su cuerpo le hizo encoger los hombros como si hubiera tenido un escalofrío. Disimulando, se soltó para colocar sus dedos a modo de visera y protegerse de un sol que ya había aparecido y amenazaba con un día radiante y despejado.

—¿Desayuno? ¿Tú hambre?

—¿Tú india también?

La sonrisa que se dibujó en la cara de la joven fue espectacular. Sin añadir nada, lo agarró del brazo y le arrastró hasta la cocina.

Lucía los miraba divertida y si no hubiera sido porque no podía parar de imaginar los peligros en los que podía verse envuelto Nikolái, se hubiera reído con ganas ante el lenguaje corporal de su hermana. Desde luego, si Mihail no se daba cuenta de que Carina estaba total y absolutamente fascinada era porque estaba ciego o no quería «ver», porque si ella capturaba sus miradas embobadas y sus sonrojos al verse descubierta, para él deberían de ser más que evidentes.

Desayunaron, pero a pesar de las bromas y la compañía, el tiempo se detuvo para Lucía, que no dejó de mirar una y otra vez la pantalla de su móvil. Siguiendo las indicaciones de Nikolái le había hecho una pérdida para que él tuviera su número, a lo que siguió un mensaje que de forma escueta decía: «Te tengo», pero a partir de ahí no había registrado ninguna comunicación más.

Se habían levantado demasiado temprano y después de recoger la cocina, las manecillas del reloj se negaron a moverse con normalidad. Sin saber qué hacer para que el tiempo transcurriera más rápido, acabaron por convertirse en zombis que deambulaban en silencio por la casa.

A media mañana, Carina, intentando animarlos un poco, preguntó:

—¿Bajamos a la playa?

Como Mihail puso cara de extrañeza, ella pensó que no le había entendido e hizo una pantomima de natación y tomar el sol, a la que él respondió tocando su camiseta y negando, indicando que sus ropas no eran las adecuadas. Como un ciclón, Carina se metió en la habitación de sus padres y volvió pocos segundos después con un par de bañadores que puso en sus manos antes de empujarle en dirección al cuarto de baño.

Cuando la puerta del servicio se hubo cerrado, la joven arrastró dos sillas y las encaró hacia allí, invitando a su hermana a que se sentase y contemplara junto a ella el espectáculo.

—He cogido los que he visto más pequeños. El pase de modelos va a ser digno de contemplar.

—¿El rojo que he visto era de cuando papá estaba en el equipo de waterpolo?

No hizo falta respuesta. A su hermana no le cabía la sonrisa en la cara y Lucía no pudo menos que echarse la mano a la frente y negar al tiempo que le regañaba:

—¡Estás cómo una cabra!

Escucharon la puerta abrirse y Carina puso un dedo sobre sus labios indicándole a su hermana que se callase, pero cuando se giró, lo que vio le dejó sin habla a ella también.

Mihail se asomó un tanto tímido, pero realmente no tenía por qué. El ceñido bañador le quedaba como un guante; vestido no aparentaba tener ese pectoral tan tonificado y definido ni ese cuerpo de atleta. En sus manos llevaba la segunda opción de Carina que se apresuró a devolver mascullando entre dientes:

—Pequeño.

Carina tartamudeó para decir:

—No, no importa. Ese te que... te queda muy bien.

«¡Ay, mi madre! ¿Qué les darán de comer en Rusia?», pensó mientras se llevaba la mano al pecho; tenía la sensación de que le faltaba el aire para respirar.

Tras superar el impacto, la joven volvió a la carga y regresó al dormitorio de sus padres a por una camiseta y un par de chanclas.

Encontró una blanca sin estrenar y mientras el joven se calzaba, ella con un

rotulador indeleble escribió en la parte delantera:

«MADE IN RUSSIAN»

Cuando él vio el garabato sonrió con timidez y se la metió por la cabeza sin protestar.

—¿Bien? —preguntó con ella puesta.

—No respire fuerte que igual la revientas. Pareces un portero de discoteca, pero estás guapo. ¡Anda vamos! —girándose hacia su hermana añadió—. Lucía no puedes quedarte aquí, en la playa el móvil también tiene cobertura. ¡Vamos!

Ella protestó, pero al final entre los dos la sacaron del apartamento y, aunque se respiraba un ambiente tenso, consiguieron pasar una mañana agradable y tranquila sentados en la orilla de la playa. Las hordas de turistas aún no habían llegado —era pronto para la verdadera invasión, el verano acababa de comenzar— y pudieron disfrutar de la calma que proporciona pasear por la arena mientras las olas te bañan los pies.

Una vez de vuelta, Mihail demostró sus dotes culinarias —otra cosa más en la que los dos hermanos se parecían— y comieron juntos, como si se hubieran erigido en familia. El humor del joven, su predisposición y su deficiente castellano les hizo pasar un buen rato. Cada vez se sentían más cómodas con él.

Por la tarde, sin embargo, la incertidumbre les pasó factura y aunque intentaron ver la televisión y jugar a las cartas para no estar sentados en el sofá mirándose las caras, se notaba que los tres estaban pendientes de que sonase alguno de los teléfonos.

Ya eran las once de la noche cuando el móvil de Lucía emitió un zumbido, lo que hizo que todos se quedasen mirando el aparatito sin que nadie se atreviese a tocarlo. Mihail y Carina se volvieron hacía Lucía que estaba congelada sin saber qué hacer, pero que reaccionó tras un pellizco de su hermana.

De forma escueta, el mensaje decía:

—*Todo ha terminado. Nos veremos mañana por la mañana.*

—¿Y ya está? —protestó Carina mientras le arrebatava el móvil a su hermana—.
¿No dice nada más?

Lucía se encogió de hombros y aunque recuperó el teléfono con la intención de responder, durante unos instantes dudó en hacerlo. Al final se decidió y escribió:

—¿Estás bien?

La respuesta fue inmediata.

—Claro, solo que no puedo llamaros ahora. Hablaremos mañana.

Carina fue la primera en reaccionar. Se levantó de un salto y se abrazó a su hermana dando grititos de alegría. Después hizo lo mismo con Mihail, solo que con él se quedó cortada a mitad de abrazo, cuando fue consciente de lo que estaba haciendo. Intentó soltarse y dar un paso atrás, pero no lo consiguió. Aquellos largos brazos le correspondieron y la levantaron del suelo para dar una vuelta en redondo que la dejó sin respiración.

Se relajaron y a partir del mensaje, la atmosfera del apartamento cambió. No sabían mucho, pero todo había acabado y lo más importante, Nikolái estaba bien.

Hasta la media mañana del día siguiente no volvieron a tener noticias de Nikolái. Cuando sonó el móvil de Lucía, a ella casi le dio un ataque al corazón.

—¿Nicolái?

—¡Hola! Estoy entrando en Alicante, si me dais la dirección...

Lucía se la dio y le preguntó dónde estaba exactamente para calcular lo que tardaría en llegar. Tras una escueta respuesta, Nikolái colgó.

«¡Veinte minutos! ¡Llega en veinte minutos! ¡¡Le veré en veinte minutos!!».

Carina sonreía, ver a su hermana en aquel estado de pánico ante el esperado encuentro le llenaba de alegría.

—Lu, Lu. ¡Relájate! Durante todo el tiempo que estuviste secuestrada seguro que no te vio hecha una princesa. Recién levantada tienes una pinta horrible. —La mirada de odio que le devolvió su hermana hizo que estallase en carcajadas—. ¡Vale! ¡Vale! No la tienes. Eres muy guapa, hermanita, no te preocupes.

Mihail se contagió de las risas de las hermanas y ellas disfrutaron viéndole reír. En realidad no sabían hasta qué punto él entendía sus conversaciones. Era evidente que sí les seguía el hilo, aunque de vez en cuando sus respuestas parecieran ir por otros derroteros.

La llamada de Nikolái organizó un pequeño alboroto que solo duró unos minutos, enseguida acabaron los tres colgados de la barandilla de la terraza sin dejar de mirar la calle. No importaba que estuviera cerca el mediodía y cayera un sol de justicia, ni por un momento pensaron en esperar dentro.

Cuando un taxi dobló la esquina y se metió en el acceso a la urbanización, Carina comenzó a dar saltitos de alegría y sin confirmar si era o no Nikolái, salió corriendo del apartamento dejando la puerta abierta. Mihail la alcanzó en dos zancadas y Lucía se quedó allí, petrificada, alisando con sus manos unas perneras de pantalón inexistentes; llevaba unos *shorts* muy cortos.

Nicolái bajó del vehículo y Carina, que salió como un cohete del bloque de apartamentos, se colgó de su cuello como si le conociera de toda la vida. No le dio tiempo ni a que se quitase las gafas de sol.

—¿Vienes desde Málaga con un taxi?

—Tenía prisa por llegar.

Los hermanos se abrazaron, pero mientras lo hacían Nicolái miró a su alrededor buscando a alguien más. Carina llamó su atención y levantó el índice, y subiendo y bajando un par de veces su mano, señaló hacia arriba.

A pesar del cansancio y de las ojeras que denotaban que no había dormido casi nada en un par de días, su rostro se iluminó al ver a Lucía en el balcón.

La joven que tenía a su lado le indicó por donde entrar y subir y cuando se disponía a ir tras él, Mihail la retuvo poniéndole la mano sobre el hombro, mientras preguntaba algo en ruso a su hermano. Este se volvió y le respondió en el mismo idioma y ella, solo pudo mirar a uno y a otro como quien sigue, de campo a campo, la pelota de tenis en un partido.

Al ver su cara, Nicolái le aclaró:

—Mi hermano dice que le gustaría dar contigo una vuelta en moto. Quiere que le enseñes los alrededores.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿En moto?

Nicolái sonrió.

—Sí, en moto.

Mihail, se colocó detrás de su hermano —fuera de su campo de visión— y mirando a Carina le señaló, para después señalar hacia arriba.

—En moto... —murmuró Carina mientras asentía. Comprendía la maniobra, lo que buscaba Mihail era darles intimidad y de sobra sabía que su hermana la necesitaba. No necesitó ningún pretexto más, caminó arrastrando los pies hasta la puerta del vestíbulo del edificio que comunicaba con el garaje. Bajó los cuatro peldaños que la llevaban hasta el aparcamiento privado y, aunque nadie le escuchaba, de nuevo repitió con voz lastimera:

—En moto...

Mihail sacó del bolsillo las llaves y con una sonrisa deslumbrante subió los peldaños a la carrera, adelantando a su hermano, para recoger los cascos y una chaqueta por si ella tenía frío. Entró a toda pastilla, le dio un sonoro beso en la mejilla a Lucía, que se había quedado parada como un *ninot* de cartón piedra junto a la entrada del piso, cogió rápidamente sus cosas y salió por piernas, arrollando a su paso a Nikolái que en ese momento acababa de llegar.

En el garaje, Carina estaba parada delante de lo que a ella le parecía un diablo rojo sobre dos ruedas.

En su rostro se evidenciaba la ansiedad. Mucha ansiedad. Toneladas de ansiedad. Aquel bicho parecía potente y peligroso, hecho para correr, para competir. Demasiado para una primera vez.

—DUCATI —leyó en voz alta al mirar el depósito—. 1199 PANIGALE —continuó mientras recorría con sus dedos el adhesivo donde el modelo de aquel demonio lucía reluciente.

—¡Mierda! ¿Cómo se supone que voy a subir yo ahí arriba? —se preguntó a sí misma en voz alta.

Escuchó pasos a su espalda y se giró para encontrar a un sonriente Mihail que paró en seco al ver su expresión.

—¿Miedo? —preguntó con cautela—. ¿Tú no moto antes?

—Borra esa sonrisa de medio lado de tu cara grandullón, cómo pases de sesenta te capo.

—¿Capo?

Ella siseó al tiempo que hacía un movimiento con el dedo intentando simular el corte de un cuchillo a la altura de sus genitales. Él comprendió.

—Capo... —repitió Mihail en voz baja—. Carina, yo despacio —prometió poniendo el puño en su pecho como si hiciera un juramento—. Yo despacio —repitió.

Le tendió el casco y la chaqueta casi como una oferta de paz, se puso el suyo rápidamente y estaba colocándose los guantes cuando se dio cuenta de que ella se hacía un lío con la cinta y el cierre. Los dejó sobre el sillín y le ayudó. Y eso les mantuvo cerca uno del otro durante un minuto que fue eterno y que hizo que se pusieran nerviosos los dos.

Mihail bajó con parsimonia las estriberas traseras y se subió con soltura, quitando el caballete y dejando la moto lista para salir.

Carina tragó saliva. Primero miró la moto, estudiando por un momento cómo iba a subir en ella. Puso el pie en el estribo y apoyó la mano en la parte trasera para ayudarse, pero en seguida Mihail la detuvo. Con un gesto le pidió que se apoyase en él y no en la motocicleta. Ella obedeció y al hacerlo comprendió que así era más fácil, que su hombro era más estable que aquel mínimo lugar donde ella tenía que sentarse.

Una vez arriba lo primero que pensó era que debía de parecer un pollo sobre el palo de un gallinero. Iba encogida, casi en cuclillas, y lo primero que buscó fue algo donde agarrarse atrás, pero no encontró nada. Intentó rodear con sus brazos a Mihail para apoyarse en el depósito, pero eso la dejaba acostada sobre su espalda y en una posición muy precaria. Tenía la impresión de que iba a caer.

Él le tomó las manos y con ellas rodeó su cintura, apretando al hacerlo, intentando mostrarle que debía de cogerse fuerte de allí. Carina tuvo un escalofrío al sentirle bajo sus dedos, pero el pánico era tal que respiró profundamente y se sujetó con firmeza.

Cuando Mihail se inclinó sobre el depósito para asir el manillar y ponerla en marcha, ella tuvo que dejarse caer sobre su espalda y agradeció el haber aceptado ponerse la cazadora. De no haberlo hecho sus pechos, que estaban aprisionados contra su cuerpo, habrían quedado separados solo por el tejido de las camisetas y la parte de arriba de su bikini. La chaqueta no es que fuese mucho, pero era una barrera más. Apretando los dientes, se sujetó como un koala a su madre y dejó caer su peso sobre él. Mihail no podía verla —¡gracias a Dios!—, pero estaba roja como un tomate. Aquello se sentía demasiado íntimo y de nuevo Carina se revolvió intentando cambiar la postura. Para hacerlo soltó un poco las manos, pero él repitió el gesto volviendo a tomarlas y enlazándolas de nuevo a su cintura.

Girando la cabeza lo que pudo, Mihail se levantó la visera y le dijo:

—No soltar.

Y ella cerró los ojos y se abrazó a él. Sintiendo aquel contacto como algo que a pesar de la vergüenza y los nervios, quería disfrutar.

Nikolái se paró ante la puerta entreabierta al ver a Lucía muy seria en mitad del

pasillo.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Claro —murmuró ella apartándose para darle paso.

Traspasó el umbral y se quedó a su lado. Muy cerca. Tentado estuvo en abrazarla y besarla, pero la vio tan rígida que no lo hizo. Sin embargo, al mirarla con detenimiento supo que de alguna forma se estaba conteniendo. Su rostro decía todo lo contrario. Estaba contenta, feliz... Su cara lucía una bonita sonrisa.

—Estás bien.

—Lucía, todo ha terminado. Son muy buenas noticias, no tendrás que preocuparte nunca más por el jeque y sus secuaces.

La joven le observó mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el respaldo de una silla y, si en un primer momento le sorprendió verle con ella puesta —hacía demasiado calor—, al ver que sacaba una pistola del bolsillo interno comprendió.

Nikolái, al ver dónde se fijaba su mirada, tuvo la necesidad de aclarar:

—Está descargada.

Y procedió a dejarla sobre el aparador.

Lucía no podía apartar los ojos del arma y él, muy consciente de ello, se apoyó sobre el mueble tapándole con el cuerpo su visión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella por fin.

—No puedo contarte mucho porque ha sido una misión un tanto extraoficial. No había nadie de la agencia por la zona y se tuvo que subcontratar a dos mercenarios que viven en Torre Vieja y Marbella. No hemos conseguido arrestar al árabe, de momento, pero hay alguien muy influyente de mi país que está colaborando con el gobierno. Le tienen bien cogido.

—¿La mafia rusa?

—Es una colaboración especial complicada de explicar. —Nikolái lo dejó a medias y ella entendió que no podía decirle mucho más—. Por cierto, tendrás que declarar. He intentado mantenerte al margen, pero no va a ser posible.

—Eso no me preocupa, de verdad. Hablaré con quien sea. Lo importante es que todo haya acabado y tú... tú estés de vuelta —respondió ella—. Me alegro muchísimo.

Estarás deseando volver a casa... con los tuyos.

Nicolái la miró despacio. No se le escapó el tono con el que Lucía pronunció la última frase, le dio la impresión de que había un doble sentido allí.

—¿Con «los míos»?

—Sí, tu familia: tu mujer y tu hijo. Deben de estar esperándote —murmuró Lucía entre dientes girando la cabeza para dejar de mirarle—. Los vi anteayer, cuando estuve en la puerta de tu casa. Tú esposa es guapísima y el niño se parece mucho a ti.

Estaba tan tensa que, cuando notó los dedos de Nicolái entrelazarse con los suyos, su cuerpo dio una sacudida involuntaria. Él sonrió para inmediatamente después ponerse serio. Tirando de su mano en dirección al salón dijo:

—Siéntate. Tenemos que hablar.

Ella se resistió a hacerlo. Los nervios la mantuvieron en pie.

—No es necesario que me des explicaciones.

—Es más que necesario. Desde que saliste corriendo del hospital estoy deseando tener la oportunidad de hacerlo y si no hubiera sido porque tu hermana me pedía más tiempo, yo habría venido mucho antes. Lo primero, aclarar algo, Irina no es mi esposa. No estoy casado.

—Pero da igual que no lo estéis, sois pareja, tenéis un niño.

—¿Quieres dejarme terminar? Si Iván se parece tanto a mi es porque es mi sobrino, hijo de mi hermana «gemela».

Lucía se sonrojó hasta el nacimiento del cabello, miró hacia el suelo y dio un paso atrás para dejar más distancia entre los dos. Quizá su razonamiento había sido un tanto precipitado, pero los había visto tan familiares, tan hogareños que sin querer su juicio se había nublado.

—No me conoces, Lucía, pero si yo hubiera tenido pareja no me habría comportado contigo como lo hice. Solo es mi palabra, lo sé, pero me gustaría que me creyeses porque nunca habría hecho algo así.

Nicolái acertó distancias y volvió a tomarla de la mano.

—Vamos siéntate, deja que te cuente mi versión de la historia. Llevo pensando en cómo hacerlo desde que saliste corriendo de aquella habitación de hospital.

—De eso hace ya más de un mes.

—Cuarenta y cuatro largos días. —Sonrió—. Pero antes de lo que sucedió en Italia quiero hablarte de algo que pasó mucho antes, exactamente hace siete años. Tú me contaste tu versión, ahora tendrás que escuchar la mía.

Lucía sonrió un poco y la respuesta de Nikolái fue una tierna caricia en su mejilla con las yemas de sus dedos. Arrastró una silla y se sentó frente a ella.

—En agosto de 2005 vine a pasar el verano a la nueva casa que mis padres habían adquirido en Altea. Ya te dije que mi madre murió, pero mi padre volvió a casarse y cómo su nueva esposa echaba de menos a su familia, compraron una casa aquí. —Lucía le miró interrogante y él le explicó—: Mi madrastra, la madre de Mihail, es española. Ella fue quien insistió en que viniese a Alicante a operarme de la vista.

—Por eso ahora no llevas gafas —murmuró Lucía, que desde que le tenía sentado frente a ella se encontraba hechizada y perdida en aquel intenso azul.

—¡Shhh, sin interrupciones! —dijo con cariño—. Déjame terminar.

Cuando volvió a tener toda su atención, prosiguió:

—La noche en la que empezó todo yo había salido a dar una vuelta por la ciudad y siguiendo a un grupo de gente de mi edad me metí en un club. Me apetecía tomar una copa tranquila, nada más. Pero, cuando me senté en la barra a pedir, alguien hizo que saltaran todas mis alarmas. En la pista, acompañada de una amiga y de dos chavales que debían de estar de Erasmus vi a la mujer más preciosa con la que hubiera podido soñar.

En ese punto hizo una pausa sin dejar ni un solo segundo de mirar a Lucía. Ella tuvo que ladear la cabeza y centrarse en respirar. Tenía la boca seca y el corazón en la garganta.

—Me costó decidirme —prosiguió Nikolái—, por aquel entonces yo no hablaba casi nada de español, pero al final fue como un imán, me levanté y sin saber cómo, llegué a su lado. Y cuando ella se giró y me sonrió pensé que había muerto y que, por un milagro, estaba a las puertas del cielo. Para mí fue increíble que, además, me siguiera hasta la barra, aunque quizá lo hizo porque llevaba un par de copas encima. —Como Lucía frunció el ceño, él aclaró—: No iba borracha, solo tranquila y relajada y con la chispa justa para sentirse atrevida. Durante unos minutos nos miramos como tontos y sin saber cómo, ocurrió. El destino quiso que por unos breves instantes la tuviese entre mis brazos y que, todavía hoy, recuerde cómo si fuera ayer aquel beso que compartimos.

—No volviste al club.

—Me operaron al día siguiente y aunque tuve un postoperatorio corto, lo primero que me dijeron fue que nada de locales con humo y salidas nocturnas. Aun así, cuando pude conducir, me paseé algunas noches recorriendo la zona, pero no tuve mucho éxito.

Ella no pudo hablar, se limitó a asentir mientras le miraba embobada.

—Cuando aquel día, mientras cenábamos, me contaste que mis ojos azules te recordaban a alguien, yo no pensé en mí. ¿Cómo iba a imaginar que me recordarías? Pero al nombrar el local..., ¿no te diste cuenta de que me atraganté?

—Ya, pero...

—¡Shhh, quiero terminar! Volvamos a 2005. Por aquel entonces yo ya era militar, tras la operación me ficharon para la Spetsnaz y comencé a viajar constantemente. Regresé al verano siguiente, y al siguiente... Cada vez que pisaba Alicante mis pensamientos insistían en recordarme aquella noche, pero nunca volví a verte y después, pasó el tiempo y empecé a pensar que eras una quimera, así que dejé de buscarte.

—¿Spetsnaz?

—Una unidad de Fuerzas Especiales.

Los ojos de Lucía se agrandaron. Algunas cosas cobraban sentido. Por eso Nikolái tenía esa aura de estar por encima de todo, esa serenidad que aparentaba siempre.

—Sigue.

Mihail detuvo la motocicleta en los accesos de Playa Paraíso en Villajoyosa. Él pretendía que Carina le enseñase la zona, pero ella se había aferrado a su espalda y no había pronunciado palabra en todo el viaje, así que no tuvo más remedio que poner rumbo a una parte de la costa que no le fuera del todo desconocida.

Se sentía fatal. No pretendía hacerle pasar un mal trago. Pensó que una pequeña excursión en moto haría que se conocieran un poco más y le daría a su hermano un buen margen de tiempo para hablar con Lucía. Al principio, Nikolái no le había contado mucho de lo ocurrido, pero un buen día se sinceró y terminó por relatarle toda la historia y hacerle partícipe de sus sentimientos. Sabía que su hermano necesitaría tomarse algo de tiempo y

pensó que llevarse a Carina e invitarla a comer fuera era una buena opción. Aunque no podía imaginar que un simple paseo iba a resultar algo tan horrible.

—Si tú no querer volver conmigo, yo llamar taxi.

Ella se levantó la visera ahumada y lo miró. Él se había quitado ya el casco y su flequillo oscilaba revoltoso con la brisa marina.

—Seré sincera contigo: casi ni me he enterado. Ir agarrada a tu musculosa tableta se ha llevado gran parte de la sensación de vértigo del camino. Seguro que soy la envidia de muchas chicas que ahora mismo matarían por haber estado abrazadas a tus abdominales.

La cara que puso Mihail dejó a Carina desencajada. Sus labios formaron una sonrisa lenta que los dejó en un mohín muy deseable.

—¿Me has entendido? ¿Lo has hecho?

Él la miró divertido y se quitó los guantes despacio antes de responder.

—Madre española. Yo hablo mal porque nunca... ¿Interés? Pero entiendo bastante.

Carina sintió que sus mejillas se enrojecían casi hasta el punto de ebullición y como el aire abandonaba sus pulmones para no querer volver a entrar. Por unos instantes, no supo dónde meterse y esa angustiada sensación, lejos de mejorar, se incrementó cuando él se acercó y comenzó a desabrocharle el cierre del casco.

—Tú también gustas —dijo mientras le levantaba el mentón con sus dedos para obligarla a mirarle.

Cuando lo consiguió, le guiñó un ojo y preguntó:

—¿Coca-Cola? ¿Cerveza?

«Whisky doble» pensó Carina mientras rezaba pidiendo que se iniciara el Armagedón y que un rayo caído del cielo la fulminase allí mismo.

Al final decidió no decir ni media, tan solo girar sobre sí misma e irse derecha al chiringuito que, instalado sobre la arena, prometía bebidas fresquitas. Las necesitaba. Sentía un calor interior que no iba a ser fácil de sofocar.

Durante el trayecto no pudo evitar sentir una mirada clavada en su espalda. ¿Podía ser más bocazas?

—Cuando me ofrecieron esa misión me pareció sencilla —murmuró Nikolái—. Viajar a Nápoles, a uno de nuestros pisos francos, y esperar a que la banda de Paolo llegase a la zona. Lo único que tenía que hacer era vigilarles. El problema apareció en el momento en que, por un chivatazo, conocimos a ciencia cierta su plan. Todo se precipitó y nos obligó a cambiar de estrategia y, aunque la idea era muy arriesgada, me ofrecí para suplantar al verdadero Sergei. Reconozco que tuve suerte, aquello podía haber salido muy mal, pero gracias a la ayuda de un tercero mi participación no fue cuestionada ni un segundo. Una vez dentro, mi trabajo debía limitarse a capturar a Adem Denir, él nos llevaría hasta el jeque, pero cuando se abrió la furgoneta y vi tu melena rubia... Supe que iba a tener que improvisar.

—¿Me reconociste?

—Claro. —Tomó aire y continuó—. Al principio intenté aterrorizarte para que estuvieras callada y no dieras problemas, pero el primer día fue horrible. Cada vez que entraba a tu cuarto veía tu rostro hinchado por las lágrimas y tu pequeño cuerpo temblando ante mi presencia, y yo solo quería gritarte: No tengas miedo, Lucía. ¡Soy yo!

Nikolái buscó sus manos y Lucía no le rechazó.

—La noche que Yuri se coló en tu cuarto... —En ese punto apretó los dientes, pero respiró profundamente y siguió hablando—, me juré a mí mismo que no cometería un nuevo error. Tu seguridad estaba por encima de todo y no fui capaz, no pude continuar asustándote y me convertí en el peor secuestrador del mundo. Intenté que comieras bien, te llevé revistas y tus libros para tenerte entretenida, dejé que hablaras con tu hermana ¿y qué conseguí? ¡Qué intentases matarme con aquella sartén! ¿Qué crees que hubiera hecho en ese momento contigo un secuestrador de verdad? —Negó con la cabeza para añadir—: No imaginas el calor que da el pasamontañas y lo incómodo que es, pero no podía mostrarme. Había una remota posibilidad de que me reconocieras y eso podría haber resultado muy peligroso. Si Paolo hubiera descubierto que conocías mi identidad... Lucía, en el hospital te enfadaste muchísimo cuando te diste cuenta de quién era yo, pero ¿eres consciente de lo que arriesgué? Si me hubieran descubierto nos habrían matado. ¡A los dos! Aun así, te di una pista. Lucía, ¿recuerdas lo último que te dije en el barco?

Ella asintió. Una mueca triste deformó su boca y sus ojos se tornaron vidriosos.

—En aquel momento no lo pillé. Estaba demasiado alterada para darme cuenta. Además, no dejabas de repetir que siempre terminabas tus misiones, que no empezabas la siguiente hasta haber finalizado la anterior, ¿cómo iba yo a imaginar...?

—Mi misión era capturar a Adem Denir, pero también sacarte de allí. ¿Cómo no iba a terminarla?

—Lo imaginé después —respondió Carina—. Una vez en casa, con calma, le di mil vueltas, pero en aquel momento todo sucedió muy rápido y yo estaba bajo mucha presión. Cuando te vi en el hospital no pensé, simplemente me sentí engañada y me ofusqué. Creí que te habías burlado de mí.

—No me burlé de ti, Lucía.

—Ya, pero en ese momento mi corazón estaba mil pasos por delante de mi cerebro. Fui tan tonta y tan niña como para ilusionarme por volverte a ver y solo podía pensar que me habías engañado.

Nikolái sonrió.

—¿Crees que me reí de ti? ¿En serio lo piensas? Lucía, casi mato de una paliza a Yuri. No sé ni cómo pude detenerme. Cuando le vi intentando violarte me hirvió la sangre hasta tal punto que solo podía pensar en destrozarle. Y después... después me comían los celos cada vez que te veía sonreírle a Enrico. ¡El muy cabrón! ¡Se deshacía en atenciones contigo! Ahora estoy seguro de que lo hacía para provocarme, pero faltó muy poco para que le rompiera la nariz junto a sus malditas gafas de marca. —Hizo una pausa con la mirada perdida en unos recuerdos que estaban muy recientes en su pensamiento—. La noche de tu traslado a la playa donde se haría el intercambio... Por un momento, pensé que yo te gustaba, que podíamos tener una oportunidad. Pero cuando me llamaste por su nombre mientras hacíamos el amor...

—¡Alto! ¿De qué estás hablando?

—Me llamabas Alex —exclamó con angustia en la voz—. ¿Sabes cómo me sentí al escuchar su nombre en tus labios?

La cara de Lucía mostraba una incomprensión total y su voz tembló al decir:

—¡Tú me dijiste que buscara un nombre! ¡Uno que no tuviera nada que ver con el secuestro!

—Sasha es diminutivo de Alexander.

Los ojos de Lucía se abrieron como platos y en ese punto ella comprendió el dolor del rostro que tenía delante.

—¿Es eso cierto?

—¿No lo sabías?

—¡No! ¿Cómo iba a saberlo? Yo te llamé Alex porque me recordaste a un personaje de un libro.

—¿A un personaje de un libro?

—¿Recuerdas la novela que llevaste a mi cuarto? La que cogiste de mi maleta.

Nikolái titubeó antes de decir:

—El título era algo así como... ¿*Besar un ángel*?

—Sí. *Besar a un ángel*. Pues su protagonista se llama Alex y, la verdad, no se parece en nada a ti, pero en aquel momento tú llevabas un pasamontañas y yo solo podía ver que eras un tipo ruso y enorme.

—No fastidies.

En la cara de Lucía se dibujó una pícaro sonrisa; Nikolái no ocultaba que sí sentía algo por ella.

—Entonces, ¿fue verdad? Lo que hubo entre nosotros aquella noche ¿fue real?

—Claro que sí. Nunca fingiría ni mentiría en algo así. No fue solo sexo, Lucía. Para mi tener a la chica del Z entre mis brazos fue algo que jamás habría imaginado —se detuvo un momento como reflexionando sus palabras y las rectificó—, bueno, en realidad lo he imaginado cientos de veces, pero jamás pensé que la realidad superaría con creces lo que yo había idealizado.

De nuevo aquella mirada hechicera hizo que Lucía, casi sin darse cuenta, estirase el cuello para colgarse de sus labios dejando sobre ellos un beso tímido y ligero. Al separarse se encontró frente a una sonrisa deslumbrante, de esas que llegan hasta los ojos y que hacen que un rostro se vea enormemente feliz y relajado.

—¿Siempre tienes que besarme primero? —protestó Nikolái—. ¿No puedes dejar que por una vez lleve yo la iniciativa?

Ella se sonrojó e intentó poner distancia entre ellos, pero unos brazos fuertes como barras de metal se lo impidieron.

—¡Lucía, mírame! ¡Es broma! Puedes besarme cuantas veces quieras. Aunque quiero que seas consciente de que te arriesgas a que te lo devuelva.

Nicolái se acercó despacio por si encontraba rechazo, pero al ver que su boca se abría y le recibía con ganas intentó por todos los medios a su alcance dejar una huella en sus labios que ella no pudiera borrar. Una marca que quedase allí para siempre.

Para Lucía, ese segundo beso fue el que le hizo reencontrarse con el chico del Z. Durante unos segundos casi pudo verse allí, en el club, rodeada de gente y envuelta en el sonido de la música, pero esa sensación fue efímera. En cuanto Nicolái profundizó el beso, todo a su alrededor quedó en un universo paralelo. El tic tac del reloj colgado en la pared, el ruido de los coches en la calle, el sol que entraba a raudales por las ventanas, el bullicio de la gente que regresaba de la playa para ir a comer... Todo desapareció. Todo menos la protección de sus brazos, su ternura, su cálido aliento, su fuerza contenida, la pasión que encendió sus sentidos, el calor que invadió su cuerpo... Todo a su alrededor se esfumó, todo, menos ese beso.

Con una frente apoyada en la otra, los dos necesitaron de un par de minutos en silencio para recuperarse de todas las sensaciones que habían explotado en su interior. Y cuando se separaron para mirarse a los ojos, Lucía se incorporó un poco de su asiento y metió la mano en el bolsillo de sus *shorts*. Sacó algo oculto en el puño y lo depositó en la palma de Nicolái.

—Eso es tuyo. Lo encontré en el suelo del camarote y tuve que esconderlo para que no lo viese Paolo. Lo cogí esta mañana porque yo...

Nicolái se quedó atónito mirando el sobrecito metálico precintado que Lucía había puesto entre sus dedos. Tardó unos pocos segundos en asimilar lo que ella le estaba proponiendo, pero cuando levantó la vista y la miró, no tuvo dudas. Ella estaba casi más aturdida que él y miraba sorprendida el envase como si acabase de darse cuenta de lo que aquello significaba.

—¿Lucía?

—Mis padres están fuera —murmuró ella encogiéndose de hombros.

Él, cerrando su mano como si pensase que lo que tenía en su palma pudiera escapar volando, se levantó, la cogió en brazos y con la voz rota por el deseo, preguntó:

—¿Dónde está tu habitación?

La dejó sobre la cama con suavidad y se demoró admirando su rostro y recorriendo su contorno con las yemas de sus dedos, como si intentase retener en la memoria aquellos enormes ojos verdes que le observaban. Tomó todo el aire que pudo y con cierta dificultad dijo:

—Si tardo tres minutos en darme una ducha rápida, ¿estarás aquí cuando vuelva? Llevo toda la noche de viaje y necesito...

—Tres minutos, ni uno más.

Nikolái voló hasta el baño, se quitó la ropa de cualquier manera y no dio tiempo a que el agua atemperase, tan pronto como el líquido salió por el rociador de la ducha, él ya estaba debajo y buscaba nervioso algo que hiciera espuma. Las primeras gotas de agua helada le hicieron estremecerse y blasfemar entre susurros en su ruso natal, pero sentía tal urgencia por tenerla entre sus brazos que intentó darse toda la prisa posible.

Lucía asomó la cabeza por la puerta —ahora que conocía su rostro, se moría de ganas por ver todo lo demás—, y se quedó embobada al ver aquella silueta masculina desdibujada tras la cortina de la ducha.

Entró y cerró.

De primeras se quedó allí, apoyada sobre la madera, y si en un primer momento pensó si aquello no sería precipitarse, después sus ojos se fijaron en el envase plateado que él había dejado sobre el lavabo y su visión le hizo recordar lo ocurrido en el camarote del barco. Sonrió con picardía y empezó a quitarse los pantalones. Ahora no podía excusarse pensando en que era por las circunstancias. Ahora estaba segura.

De un tirón se sacó la camiseta, lo que le alborotó el cabello. Echó la cabeza atrás, la agitó y se sintió sexy y en cierto modo, poderosa. Respiró profundamente, descorrió la cortina de la ducha con decisión y se abrazó a su cintura desde atrás. Soltó una de las manos y agitó ante su cara el envase del preservativo mientras que deslizaba la otra por su piel, acariciando su abdomen, bajando en misión de exploración hasta alcanzar el vello púbico, donde unos dedos fuertes llenos de jabón la pararon en seco.

En un primer momento Nikolái se sorprendió, tan concentrado estaba que ni siquiera se había dado cuenta de que en aquel baño había alguien más, pero no intentó zafarse de su abrazo. Cerró los ojos y se dejó acariciar, Aunque al sentir que aquella mano descendía en picado, la detuvo. Si le tocaba solo un segundo, acabaría antes de empezar.

—Lucía —susurró con voz áspera.

Se giró para enfrentarla y al encontrarse una cara ilusionada, la invitó a que entrase en la ducha con él. Cuando la tuvo a su lado la acorraló sin tocarla, solo con pequeños movimientos de su cuerpo. Después no se atrevió a moverse, se quedó quieto esperando su reacción.

—Quiero verte, Nikolái. Quiero... verte.

Inspirando con fuerza para mantener el deseo a raya, dio un paso atrás y dejando sus brazos caídos a los lados del cuerpo permitió que ella admirase su desnudez.

Si había perdido algo de masa muscular por la inactividad a causa de la herida para ella fue imperceptible. Su torso continuaba mostrando bien definidos todos y cada uno de los músculos abdominales, los pectorales, los oblicuos... La tentación le golpeó con intensidad y no pudo evitar adelantar su mano abierta para rozarle con los dedos y sentir el tacto de su piel.

Él permaneció inmóvil, aunque de forma involuntaria iba tensando sus músculos al paso de aquellos dedos. Y mientras Lucía exploraba, no dejó de observarla. Con devoción, ella recorría sus aristas y contornos, descubría sus cicatrices y memorizaba su cuerpo. Un dedo se detuvo unos segundos en la vieja herida de bala para después subir hasta la otra, la que tenía en el hombro, la que le habían infringido por protegerla. Ensimismado en sus ojos, la vio sorprenderse, dudar, arriesgarse, lanzarse y excitarse.

Ella no salía de su asombro. En la oscuridad del camarote lo había sentido perfecto, pero la realidad superaba sus expectativas, era magnífico. Y estaba ahí, a un paso. Tosco como un animal salvaje y a la vez elegante, peligroso, atrayente. Decenas de gotitas recorrían su cuerpo esculpido a una velocidad vertiginosa y Lucía no podía evitar desear ser una de ellas, para deslizarse, recorrerle y descubrirle por completo de la cabeza a los pies.

La temperatura templada del agua le hizo darse cuenta del calor que sentía en su rostro y sin necesidad de mirarse en espejo supo que sus mejillas estaban sonrojadas. En parte por el deseo, pero también por el nerviosismo de tener a un hombre así, totalmente desnudo, a pocos centímetros de distancia.

Nikolái ofreció su mano con palma hacia arriba y ella apretó los labios al ver como esta avanzaba hasta quedar a pocos centímetros de su cintura. Con inquietud mal disimulada, depositó allí el pequeño paquete y como movida por un resorte, la mano se cerró atrapando el envoltorio junto con las puntas de sus dedos.

En ese punto, el mundo se detuvo.

Y Lucía cerró los ojos al sentir como su piel se erizaba con el roce de otro cuerpo.

La mano libre de Nikolái la rodeó para apretarla en un suave abrazo, mientras se agachaba para depositar un tímido beso sobre su hombro.

—¿Quieres esto, Lucía? ¿De veras lo quieres?

Ella tartamudeó un poco al decir:

—Sí, ¿y tú?

Nikolái rio.

—Creo que yo no puedo esconderlo.

Era cierto, el deseo en su cuerpo era muy visible.

Ella le miró a los ojos y sonrió feliz. Él recogió su sonrisa al vuelo y la guardó en su corazón.

Había poco espacio para los dos. Así que la giró poniéndola de espaldas a él y la empujó contra la pared ayudándose del peso de su cuerpo. En esa posición, mientras que con una mano le acariciaba los senos, la otra comenzó a jugar con su sexo.

Lucía gimió, cerró los ojos y se dejó llevar por sus caricias y, poco a poco, sintió que su cuerpo se deshacía moldeado por las manos de Nikolái, pero, aunque aquello era increíble, a la vez estaba incómoda; necesitaba tocarle, sentirle, corresponder de algún modo lo que él estaba haciendo para verla disfrutar. Se revolvió para quedar frente a frente y besar aquellos labios, y sus manos se aferraron a su miembro en un intento de hacerle tocar el cielo, pero lo que consiguió fue un leve rechazo y un torrente de palabras ininteligibles.

—No te entiendo.

Nikolái primero se disculpó por haber hablado en ruso, después tradujo:

—Digo que, si me tocas, no aguantaré mucho; me trastornas, Lucía.

Ella levantó la cabeza y le observó. Su cara estaba desencajada como si sintiera dolor. Tenía la frente fruncida, los ojos de un tono oscuro e intenso, la boca entreabierta e inspiraba y exhalaba despacio, como si con ello quisiera calmarse.

No pudo evitarlo, con la yema de un dedo, Lucía acarició con suavidad la piel de su rostro en un intento de dulcificar su ceño y después, como sumida en un trance, delineó

de extremo a extremo su labio superior. La respuesta fue inmediata, Nikolái cerró los ojos lentamente, disfrutando de aquel pequeño roce como si sentirlo fuera lo más importante del mundo.

Ella sonrió al ver su ahora plácida expresión y con la mano libre, recuperó el envase precintado que momentos antes había dejado en la mano de Nikolái y que él había depositado en una repisa lateral junto al champú. Lo puso contra su pecho y susurró:

—Pues no aguantes.

Él abrió los ojos y sin dejar de mirarla, lo tomó de entre sus dedos. Rasgó el precinto ayudándose de sus dientes y se lo puso con celeridad. Pero, a pesar de estar listo, se tomó su tiempo para apoyar las manos en la pared, a cada lado de los hombros de Lucía.

En esa postura, le mantuvo la mirada hasta que ella empezó a impacientarse.

—¿A qué estás esperando?

Aquellas cuatro palabras hicieron que Nikolái esbozase una sonrisa un tanto malévola que desapareció cuando sus ojos fijaron un objetivo y su cuerpo se movió despacio para alcanzarlo. Se agachó y capturó un pezón entre los labios. Escuchó un suave gemido y volvió a sonreír satisfecho. Solo habían estado juntos una vez, pero recordaba cómo Lucía había reaccionado ante aquello. Esperaba poder volver a repetir la hazaña.

Y lo logró. Vaya si lo hizo.

Para ella todo en la habitación se redujo a ese ligero contacto, ese mordisqueo rítmico y sutil que consiguió dejarla sin fuerzas y que la obligó a apoyarse en la pared para no caer. ¿Cómo podía algo tan nimio tener tal efecto? Puede que la excitación de él fuera más evidente que la suya, pero al parecer en cuestión de control ganaba por goleada.

Cuando Nikolái lo soltó ella parecía dormida, pero al sentir como él se incorporaba, levantó sus brazos y se colgó de su cuello para corresponderle con un beso.

—Me gusta besarte bajo la lluvia —murmuró Lucía mientras degustaba aquellos labios. Su voz se escuchó tan ronca que ni ella misma se reconoció.

—Cuando terminemos te gustarán muchas otras cosas.

—¡Fanfarrón!

—Ya lo verás.

Nikolái la volvió a apoyar contra el muro y comenzó a lamer y besar su cuello, sus

clavículas, el contorno de sus senos... y su cintura. Ella, al anticiparse a lo que estaba por llegar apretó las rodillas de forma involuntaria. Él se acuclilló y metió entre sus muslos la nariz y con suaves caricias, consiguió que ella cediera y le diera acceso a su sexo. Cuando comenzó a trabajar con su boca, Lucía tuvo que apoyarse sobre sus hombros con las dos manos; sus rodillas se deshacían y ya no eran capaces de mantenerla en pie. El cúmulo de sensaciones que experimentó hizo que intentase apartar a Nikolái cuando sintió que rebasaba la frontera donde estalla el placer, pero él no despegó la boca de su piel y, por supuesto, tampoco se detuvo. Cambió el ritmo, pero no frenó en su empeño por llevarla al límite. Solo paró cuando fue consciente de que el cuerpo de Lucía había explotado en mil pedazos al llegar al éxtasis.

Se puso de pie y la abrazó, mientras ella aún temblaba. Y con una parsimonia que a Lucía se le antojó provocadora, la levantó e hizo que ella le rodease con las piernas a la altura de sus caderas.

A pesar de la postura la penetró despacio gracias a la fuerza de sus brazos y al sentirse por completo en su interior, la llevó de nuevo hasta la pared para que tuviera un punto de apoyo y pudiera abandonarse al placer. Y ocurrió, Lucía cerró los ojos y se olvidó de todo.

Igual que en su primer encuentro, Nikolái comenzó a moverse despacio como si quisiera analizarlo y memorizarlo al detalle. A cada envite paraba, observaba sus reacciones y volvía a empezar. Y cuando ella se enfrentó a sus límites y alcanzó de nuevo el clímax, él culminó y apoyó su frente sobre la pared, por encima de su hombro. Estaba exhausto, pero sacó fuerzas de Dios sabe dónde para mantener el tipo y no caer desplomado.

En silencio, respiraron al unísono hasta que sus corazones se tranquilizaron. Y cuando la cadencia se hizo más lenta, Nikolái atrajo con delicadeza la cabeza de Lucía contra su pecho, y allí se quedaron durante un largo minuto mientras el agua seguía deslizándose caprichosa por todos los recovecos de su piel.

Carina sorbía con fuerza por la pajita el granizado de limón. Ya no quedaba líquido, pero absorta en el hombre que caminaba hacia ella, no cesó en su empeño de exprimir el refresco.

Mihail se sentó a su lado y agitó con fuerza la cabeza, haciendo que de su pelo mojado miles de gotitas saladas volasen en todas direcciones.

—¿No te bañas? —preguntó usando por casualidad el tiempo verbal correcto—. Está muy buena.

Carina le miró de reojo y continuó haciendo ruido mientras apuraba el granizado sin decir nada. Él le quitó el vaso y se colocó ante ella, apoyando una mano a cada lado de sus caderas, con la cara muy cerca.

Muy cerca.

—Aprendo rápido. ¿Me enseñarás bien español?

—¡Claro!

—Lo necesito para decir que bonita eres y que me gustas.

—Lo bonita que eres y lo que me gustas —corrigió Carina sin mirarle mientras que su cara se ponía de todos los colores.

—¡Mmm! —murmuró mientras sus labios salados acariciaron su boca—. Lo bonita que eres y lo que me gustas —repitió con dulzura.

—¡Mihail!

—¿Qué? —preguntó él casi asustado por el tono de apremio con el que ella había dicho su nombre.

—No podemos besarnos, apenas nos conocemos.

—Carina...

—¿Qué? —dijo ella con un hilillo de voz.

Mihail apoyó su frente en la de ella antes responder:

—Tu y yo despacio, pero es verdad que me gustas.

—¿Lucía?

Por toda respuesta, Nikolái obtuvo un ronroneo. Lucía seguía con la mejilla apoyada en su pecho. Sus grandes ojos verdes permanecían cerrados y la cadencia de su respiración era muy plácida.

Satisfecha, tranquila y feliz.

La había sacado de la ducha y estaban en su habitación, tumbados desnudos sobre la cama.

Los dedos del hombre separaban los mechones mojados de su rostro.

—Lucía, tenemos que hablar. Esto no puede volver a ocurrir.

Ella abrió los ojos sorprendida y giró la cabeza lo justo para conectar con su mirada.

—No puedes volver a utilizarme de ese modo. Haces lo que quieres conmigo — protestó fingiendo exageradamente al darle a su voz una inflexión de disgusto.

Lucía sonrió en un primer momento, pero con rostro serio se puso de lado y se apoyó sobre el codo para levantar la cabeza y verle bien.

—No creas que eres el único que tenía cosas por decir, ahora me toca a mí.

Se mojó los labios con la lengua mientras pensaba cómo empezar y con ese pequeño gesto consiguió que el pulgar de Nikolái recorriera su boca de extremo a extremo y rematase su toque con un beso dulce.

—No me distraigas, por favor —protestó mientras él sonreía—. Deja que te lo cuente. —Se aclaró la voz y comenzó—: Cuando eras Sergei, yo... Aquello fue una verdadera locura. Las primeras horas fueron horribles, desconocía si iban a darme una paliza o matarme, si querían drogarme o violarme, no sabía qué iba a pasar. Y en medio de todo ese caos emocional apareciste tú desbordando seguridad y aplomo. Dabas miedo, sí, pero te convertiste en alguien en quien me podía apoyar. Me habían raptado, estaba asustada, mi futuro no podía ser más incierto y tú me deslumbraste. Igual que el chico del Z. A pesar de todo lo malo que me rodeaba, al mirarte solo podía pensar en qué tipo de persona serías, en qué cosas te harían sonreír y... —Su rostro mostró cierta angustia— ...

sin pensarlo demasiado me lance a tus brazos.

—¡Shh! No digas nada más, Lucía. Lo que pasó aquella noche no fue premeditado, simplemente ocurrió y fue fantástico, no tienes que darle más vueltas. Los dos lo deseábamos. Con respecto al secuestro, sé que fueron momentos malos, pero entiende que yo no podía decirte nada. Quería evitarte cualquier peligro, cuanto menos supieras, mejor.

—Enrico no pensó igual que tú.

—¿Cómo?

—No me dijo quién era en realidad, pero me confesó que iba a sacarme de allí —murmuró dejando vagar su mirada hasta el techo de la habitación—. Y yo, a pesar de eso, confiaba más en ti que en él.

—Mi pequeña, Lucía —murmuró contra su pelo mientras apretaba su abrazo—, fuiste muy valiente.

Ella le miró.

—Quiero seguir hablando, no he terminado. —Él calló y esperó—. Hasta que no pasaron unos días después de verte en el hospital yo no fui consciente de lo que había sucedido. A fuerza de repasar una y otra vez lo ocurrido, me di cuenta de que, además de las gracias, te debía una disculpa. Te busqué. Llamé al hospital, pero te habían trasladado y te perdí la pista.

—No era una disculpa lo que yo necesitaba, ni tampoco tu agradecimiento, solo que me dieras la oportunidad de hablar y aclararlo todo. —Nikolái tragó saliva y con una voz que de repente recuperó gran parte de su acento eslavo, mientras ocultaba por unos instantes la mirada, preguntó—: Dime, Lucía. Antes dijiste que al verme, pensaste que te gustaría saber qué tipo de persona soy, ¿todavía quieres conocerme?

—Soy vulnerable al azul de tu mirada. No sé qué tienes, pero no me puedo resistir a ti.

—Esa no es la respuesta, Lucía, lo que yo quiero saber es si después de todo lo que ha pasado, ¿aún quieres saber qué me hace reír?

Ella sonrió con timidez y respondió moviendo afirmativamente la cabeza.

—Creo que ya te conozco —aseguró— de alguna forma lo siento aquí —murmuró con la mano en el corazón—, pero sí, quiero saberlo, quiero saberlo todo. Quiero saber

qué te gusta comer, qué cantas mientras te duchas, qué trocitos de mi piel prefieres tocar, qué murmuras cuando te enfadas, si prefieres el muslo o la pechuga... —Suspiró—. Sí, aún quiero saber qué te hace reír.

La sonrisa que se formó en la boca de Nikolái fue espectacular.

—Tendremos tiempo, te lo aseguro, no pienso desaparecer.

La rodeó con sus brazos demostrando una infinita ternura y ella se perdió envuelta en aquel poderoso cuerpo. Contra su cadera notó lo excitado que estaba todavía, pero si aquella parte de su anatomía estaba ansiosa por tenerla, él no lo mostraba en absoluto; sus caricias eran delicadas y afectuosas.

—¿Cómo puedes ser tan grande, fuerte y tosco y a la vez tan dulce?

Él se separó con rapidez, lo justo para poder mirarla a los ojos.

—¿Te sientes insegura? ¿Crees que te haré daño?

Ella ganó posiciones y volvió a enterrarse en su cuerpo.

—Al contrario, transmites seguridad, aplomo y a la vez mucha ternura. Es verdad que eres enorme y que pareces rudo, pero nunca me he sentido más protegida que entre tus brazos.

Cuando Nikolái despacio comenzó a acariciarla, sin aviso alguno, Lucía se desembarazó de su abrazo, saltó de la cama y corrió hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado—. ¿Dónde vas?

No entendió su respuesta, cuando ella respondió ya estaba demasiado lejos y su voz sonó como un murmullo.

Lucía entró como un vendaval en el dormitorio de Carina y comenzó a abrir y cerrar cajones.

—¿Dónde los has escondido, hermana?

Tras un par de minutos frenéticos se paró en medio de la habitación y giró sobre sí misma. Debía serenarse y pensar como Carina o no los encontraría nunca. Sus ojos fueron a parar a la cómoda y allí se detuvieron en un cerdito hucha que su hermana había decorado con piedras de cristal que imitaban diminutos diamantes.

—¡Te pillé, hermanita!

En dos zancadas y un micro segundo llegó hasta el cerdito, le quitó la tapa goma

que cerraba su panza y sacó cuatro envases precintados de papel metalizado.

Con una sonrisa traviesa volvió a la carrera al dormitorio para encontrarse a un Nikolái un tanto descolocado que se había sentado al borde de la cama esperándola.

Lucía sonrió.

—Mi cama parece enana contigo encima.

El rostro de Nikolái se ensombreció, pero su semblante cambió radical cuando Lucía se sentó a horcajadas sobre sus muslos y le enseñó los pequeños paquetitos que llevaba en el puño.

—Nikolái... —susurró en voz baja—. Di algo en ruso.

— Матрёшка^[i], водка^[ii], икра^[iii], балалайка^[iv] ...

Ella rio. Lo tumbó de espaldas sobre el colchón y se apoyó en su pecho para mirarle de cerca como aquella noche en el club. Su imagen, con sus gafas de pasta, los pantalones cargo y el polo de marca, se hizo nítida en seguida en su mente. Había pasado mucho tiempo desde aquel día y él había cambiado, pero las ganas de conocerle continuaban intactas. Llevaba deseando tener esa oportunidad desde hacía mucho y ahora que estaba al alcance de sus dedos no la iba a dejar escapar.

—Di algo en ruso... que sea sexy. —protestó.

Las carcajadas de Nikolái no se hicieron esperar.

EPÍLOGO.

Febrero de 2013.

La llave se atascó en la cerradura y Lucía tuvo que estirar con fuerza para conseguir abrir la puerta. Cuando logró su objetivo se detuvo, necesitaba respirar hondo antes de empujarla y entrar.

Milán.

Allí fue donde todo comenzó.

Nueve meses antes ella había estado parada en ese mismo lugar —solo que en aquel momento no le dio tiempo más que a echar un vistazo— y tan solo recordaba un sofá blanco de piel, el mismo que ahora se mostraba ante sus ojos. Sintió un escalofrío y se abrazó, pero no pudo evitar que el vello se le erizase y que un ligero temblor se propagase por todo su cuerpo de la cabeza a los pies.

Unos brazos la rodearon desde atrás a la altura de su talle e involuntariamente se sobresaltó y dio un pequeño grito.

—¡Shhh! Soy yo. Si no me hubieras dejado pagando al taxista y con todas las maletas en la calle, habría estado aquí para abrir la puerta contigo.

—Tenía que hacerlo yo, Nikolái. Necesitaba saber si podía enfrentarme a esto sola.

Él se quedó callado respetando ese primer instante y no pudo evitar pensar en el papel que él había jugado en todo aquello.

Si hubiera podido librarla del mal trago —esos días de cautiverio junto a una panda de indeseables—, lo habría hecho, pero las órdenes eran las órdenes y había mucho en juego. No se sentía culpable de lo ocurrido pero sí un tanto responsable, sobre todo cuando como ahora notaba temblar el cuerpo de Lucía contra el suyo.

En los ocho meses que llevaban juntos habían hablado del secuestro muchas veces y todavía hoy, Nikolái se sorprendía de que Lucía le hubiese dado la oportunidad de entrar en su vida. Al principio él se había justificado en el peligro para explicarle que no pudo

decir nada sobre su identidad, pero con el tiempo empezó a dudar de si había hecho lo correcto, si mantenerla engañada y asustada había sido la mejor opción. Y en momentos como ese, cuando comprobaba cómo le había afectado su secuestro, cuando la sentía titubear o temblar, maldecía el haberla obligado a pasar por todo aquello. Lucía le eximía cualquier responsabilidad y le trataba como a un héroe, pero Nikolái estaba convencido de que la heroína era ella. Su valiente Lucía. La mujer que había querido regresar a Milán para comprobar si podía pegar los trozos rotos de su inseguridad y seguir después con su vida.

Nikolái apretó un tanto su abrazo y se agachó para colocar mejilla contra mejilla. Aspiró su perfume y le besó la sien. Fue la forma que encontró para decirle que estaba ahí y que podía contar con él.

Tras su reencuentro, Lucía y Nikolái habían continuado viéndose, afianzando su relación, compartiendo sus vidas anteriores, contándose sus secretos... Dando pasos pequeños.

A mitad de agosto, cuando pasaron unos días en Ibiza que Lucía aprovechó para enseñarle la isla, él descubrió su vínculo con las playas y el amanecer. La primera noche que durmieron juntos en aquel coqueto hotel, despertó al notar el vacío a su lado en la cama y se la encontró en el balcón esperando los primeros rayos de sol. Su rostro era tan feliz, mostraba tanta paz, que no se atrevió a salir a su lado por miedo a romper el hechizo; lo encontró fascinante. Y allí, contemplándola con ese porte tan sereno y confiado mientras las luces anaranjadas teñían el horizonte, Nikolái se hizo una promesa. Él no era de comprar flores o bombones, ese tipo de detalles se le olvidaban, pero esto era distinto. Si aquello que acababa de comenzar entre los dos seguía creciendo, buscaría las playas más exóticas, agrestes y salvajes y cada vez que tuvieran días de vacaciones le regalaría un amanecer, un momento igual a ese. La sonrisa le barrió la cara cuando empezó a contar las que recordaba de sus viajes y se dio cuenta de que tendrían lugares qué visitar durante muchos años. Ojalá que Lucía quisiera vivirlos a su lado.

Y sí, él había pospuesto su promesa por eso mismo, porque ella se lo había pedido. Podrían haber estado en cualquier playa del mundo, pero su proyecto tendría que esperar porque estaban allí, dónde comenzó todo. Quizá era una buena forma de empezar desde cero.

Decidida a salvar ese último escollo, Lucía se deshizo de sus brazos, dio un paso adelante y tesa como un palo le echó un vistazo al salón. Todo continuaba igual, tal cual lo recordaba, aunque ahora parecía más luminoso y espacioso que aquella primera vez.

Nikolái, tras darle unos segundos de libertad, la rodeó de nuevo con sus brazos y se agachó para besarle con suavidad el cuello. Ella sonrió con timidez y mientras hinchaba de aire sus pulmones, satisfecha por haberlo conseguido, se dejó caer sobre él.

Cerró los ojos.

Qué bueno era aquello. Estaba allí, en Milán. El chico del Z ya no era tan chico, pero estar con él era un sueño cumplido y no podía sentirse más feliz.

Nikolái esperó con paciencia a que fuera ella quién dijera algo, aunque al ver que no lo hacía, con una voz juguetona que solo intentaba romper el muro que Lucía estaba construyendo a su alrededor, se pegó más a su cuerpo y le susurró:

—Señorita Ribera, esto es un secuestro, o me entrega usted ahora mismo su corazón o no saldrá con vida de esta.

Ella se giró despacio con los ojos cargados de recuerdos.

—¿Es usted Sergei, el secuestrador?

Él la soltó unos instantes, la miró con ternura y unió índice y pulgar de ambas manos para colocarlos ante sus ojos simulando una especie de antifaz.

—¿No me reconoces?

Ahora Lucía sonrió abiertamente.

—Si no hubiera sido por el pasamontañas nunca lo habría hecho. ¿Ha venido a llevarme?

Nikolái la atrajo hasta su cuerpo y la rodeó de nuevo con sus brazos.

—Lucía, Lucía... Ven aquí, mi amor. Nunca dejaré que nadie te lleve.

Ella se aferró a su cintura. A su lado había conseguido que poco a poco esa angustia a lo desconocido que no quería reconocer fuera remitiendo, que su dependencia de los demás fuese cada vez menos necesaria y que se sintiera fuerte y volviera a ser la Lucía de antaño. Nikolái le había enseñado a defenderse, a estar alerta, a no tener miedo... Había logrado que volviera a tener confianza y que deseara vivir con todas sus fuerzas afrontando casi cualquier cosa. Pero lo verdaderamente importante era que se había convertido en una parte de su vida a la que no estaba dispuesta a renunciar.

—Ven —murmuró ella dando un paso atrás y tomando su mano—, vamos a cotillear qué tal es el apartamento, la primera vez que estuve aquí no tuve la oportunidad de verlo. Y además, quiero elegir dormitorio. Cuando lleguen Carina y Mihail quiero que

todas mis cosas ya estén en los armarios, no te imaginas lo sargento que puede llegar a ser mi hermana y lo persuasiva que es cuando le gusta algo que es tuyo.

—Aún faltan dos días para que aparezcan y solo vienen a pasar el fin de semana.

—¿Te molesta que les haya invitado?

—Para nada. Ya sabes que tu hermana me cae muy bien y también me gusta pasar tiempo con mi hermano. —Tiró de la mano que ella había tomado y volvió a encerrarla entre sus brazos—. Pero ahora la casa es toda nuestra. Podemos probar las camas y ver cuál nos gusta más. Pensándolo mejor... —hizo un leve gesto con la cabeza para señalar—, podríamos empezar por este sofá.

Ella se recreó en el blanco impoluto y recordó que había estado ahí sentada junto a Paolo y Enrico. Frunció un poco el ceño. Quizá sería bueno tener recuerdos nuevos.

Lo miró de arriba abajo e intentó que su respuesta sonase a regañina.

—Eres un caso. No hemos cerrado ni la puerta y ya estás pensado en «eso».

—En «eso» llevo pensando desde que salimos de casa de tus padres esta mañana. Vamos, Lucía, solo un besito y te prometo que voy a por las maletas y te preparo la cena.

—Chantajista.

—Umm, ¿eso es un sí?

Lucía rio y se colgó de su cuello. Por supuesto que era un sí.

En el rellano, una mujer mayor de porte aristocrático que salía de su domicilio con la intención de dar un paseo se encontró el descansillo lleno de maletas y la puerta del piso de enfrente entreabierta. Por fin habían vuelto a alquilar el apartamento, después de lo que pasó creyó que nunca volvería a tener vecinos.

Con curiosidad estiró el cuello y presenció como una pareja joven conversaba en mitad del salón colgados el uno del otro como si nada más existiera a su alrededor.

Vio como la joven se giraba y aprovechó para saludarla con la mano, pero ella estaba tan pendiente de él que no se dio ni cuenta.

«¡Ah! El amor...», suspiró.

La mente de la anciana se llenó de recuerdos.

A ella también se la habían comido con los ojos cuando era joven y bonita; también la habían abrazado, acariciado con suavidad y venerado como si fuera una diosa. Y, sí, ella habría respondido de igual forma, riendo a carcajadas mientras su amante le mordisqueaba el cuello.

Y por supuesto, también le habían besado así.

Bueno, así, así...

Se sonrojó y miró hacia el suelo sin saber dónde meterse. Aquello iba a más y ella estaba allí parada como una cotilla cualquiera.

En fin, no tenían pinta de que ir a ninguna parte, parecían haber llegado para quedarse, ya se metería en el papel de buena vecina y les saludaría más tarde.

FIN.

AGRADECIMIENTOS y NOTAS.

Esta novela estuvo durante algún tiempo bajo el sello de La Selección y desde aquí quiero seguir agradeciendo a su equipo haberme dado la oportunidad, sin conocerme, de entrar en la familia de Ediciones B. Fue muy importante para empujarme en mi decisión de perseverar y seguir aprendiendo. Ahora, una vez recuperados los derechos, caminará sola como autoeditada, pero nunca podré olvidar lo que supuso que una editorial me abriera sus puertas.

En 2015, la primera que vez que vio la luz «*¿Aún quieres saber qué me hace reír?*», les di las gracias desde este rincón a dos mujeres que estuvieron implicadas brindándome su ayuda y hoy quiero volver a mencionarlas, aunque por otros motivos, y es que Marisa y Lidia se han convertido en personas muy especiales para mí porque aparte de los libros, compartimos muchas otras cosas.

Sois únicas, chicas, alejando el mal fario y dando ánimos y consejos (¿Verdad, Lidia? *Be water my friend...* ha sido siempre y será uno de los mejores, de esos que tenemos que recordar de vez en cuando para afrontarlo todo y no perder la ilusión). Creo que ya sabéis que os quiero, pero por si acaso lo dejo escrito aquí para la posteridad.

En esta nueva edición quiero también darle las gracias a una persona que me puso sobre la pista de una playa. María Ángeles, gracias, sé que piensas que no hiciste nada, pero las fotos que me enseñaste hicieron clic y me ayudaron a decidirme con la portada.

También agradecerle a Sonia su ayuda y sus ánimos y a P.G. y a Javi, con quienes tengo magníficas conversaciones sobre el mundo de los libros.

Y por último, quiero daros las gracias también a todos los que habéis decidido darme una oportunidad leyendo esta historia. Espero que os haya gustado y que, al menos, haya conseguido haceros pasar un buen rato.

Si queréis saber más sobre mi trabajo, os invito a que paséis por mi blog:

<https://mcsark.wordpress.com/>

Gracias a todos.

NOTAS.

[\[i\]](#) Matrioshka.

[\[ii\]](#) Vodka.

[\[iii\]](#) Caviar.

[\[iv\]](#) Balalaika.